



ANT

XIX

258



BIBLIOTECA
DE
NOVELAS ESCOGIDAS.



BIBLIOTECA

DE

NOVELAS ESCOGIDAS

R-91319

DOS
CUARENTA Y CINCO,



novela escrita en francés

por

ALEJANDRO DUMAS,

y traducida al castellano.



TOMO III.



CADIZ:—1847.

Imprenta de José María Ruiz,
PLAZA DE LAS VIUDAS NUMERO 100.

CLASSE
QUARTA T. I. I.

ALFONSO DUMAS

TOMO III

T. I. I.

Imprenta de José María Ruiz
CALLE DE LAS VIRTUS NUMERO 109



CAPITULO I.

LOS VECINOS DE PARIS.

MR. de Mayenne, de quien tanto se ocupaban en el palacio del Louvre, y que se curaba bien poco de ello, salió del palacio de Guisa por una puerta falsa, y calzado de botas y espuelas y á caballo, como si acabara de llegar de un viaje, se dirigió al Louvre acompañado de tres hombres, tambien á caballo.

Advertido de su venida M. de Epernon, mandó anunciar al rey su visita.

Enterado tambien por su parte M. de

Loignac, habia pasado segundo aviso á los Cuarenta y cinco. Y segun se habia convenido, quince de ellos se hallaban en las antecámaras, quince en el zaguan y catorce en el cuartel. Decimos catorce, porque habiendo recibido Ernauton, como ya se sabe, una comision especial, no estaba incluido en el número de sus compañeros.

A pesar de estas disposiciones, como el acompañamiento de M. de Mayenne no inspiraba temor alguno, la segunda escuadra de los Cuarenta y cinco obtuvo la autorizacion necesaria para entrar en el cuartel.

M. de Mayenne, introducido en la cámara de S. M., se presentó con respeto, y el rey le acogió afectuosamente.

—¡Hola! ¡hola! Primo mio, le dijo Enrique, ¿conque habeis venido á visitar á Paris?

—Sí, señor, contestó Mayenne; he creido que en nombre de mis hermanos y en el mio debia recordar á V. M. que somos sus mas fieles súbditos.

—Eso se sabe tanto, repuso el rey, que dejando á parte el placer que me ocasiona vuestra visita, podiais haberos ahorrado la

molestia del viaje. Por lo tanto, se me figura que otra es la causa de vuestra venida.

—Señor, temia que se hubiese alterado vuestra benevolencia respecto á la casa de Guisa, á consecuencia de los estraños rumores que nuestros enemigos circulan de un tiempo á esta parte.

—¿Que rumores? preguntó el rey con aquella especie de candor que le hacia tan temible para sus mayores amigos.

—¡Cómo! añadió Mayenne desconcertado, ¿nada ha llegado á los oidos de V. M. que sea desfavorable para nosotros?

—Primo mio, repuso el rey, sabed de una vez para siempre que á nadie consentiria yo que hablase mal de los Guisas; y como todos saben esto mismo, al parecer mucho mejor que vos, resulta que nadie se atreve á desplegar sus labios, señor duque.

—En ese caso, señor, dijo Mayenne, no me pesa haber venido, ya que he tenido el honor de ver á mi rey y de conocer sus favorables disposiciones, aunque confieso que tal vez ha podido ser inútil mi precipitacion.

—¡Oh, duque! París es una ciudad muy buena, de la cual se saca provecho en todas épocas.

—Es cierto, señor, pero mi obligación me llama á Soissons.

—¿Que obligación, duque?

—La del servicio de V. M.

—Bien, bien, Mayenne; proseguid como habeis comenzado, porque yo sé apreciar y reconocer como debo la conducta de mis servidores.

El duque se retiró sonriéndose, y el rey volvió á entrar en su gabinete frotándose las manos.

Loignac hizo una seña á Ernauton, quien habló al oído á su criado, y acto continuo siguió á los cuatro caballeros.

El criado se dirigió á las caballerizas en tanto que Carmainges continuaba á pié su ronda.

No podia perderse la pista de M. de Mayenne, supuesto que la indiscrecion de Perducas de Pincorney habia hecho conocer en París la llegada de un príncipe de la casa de Guisa. Al espacirse esta noticia, los buenos ciudadanos de la liga habian empeza-

do á salir de sus casas y á presentarse en público para seguir las huellas de su jefe.

Fácil era conocer á Mayenne por sus anchas espaldas, su redondeado talle y espesa barba.

—Habíanle, pues, seguido hasta las puertas del palacio del Louvre, y en ellas le aguardaban los buenos ciudadanos para acompañarle hasta su morada.

En vano Mayneville procuraba separar á los mas celosos diciéndoles:

—No tanto entusiasmo, amigos míos, no tanto entusiasmo. ¡Voto al chápiro! ¿No conocéis que vais á comprometeros?

El duque llevaba un séquito de dos cientos ó trescientos hombres por lo menos cuando llegó al palacio de San Dionisio, en el cual habia fijado su domicilio.

Ernauton, por consiguiente, pudo enterarse de todos los movimientos del duque, sin que nadie pudiese abrigar la menor sospecha.

En el momento en que el duque volvía el rostro para saludar á su comitiva, creyó reconocer en uno de los caballeros que saludaban al mismo tiempo que él, al que

acompañaba ó servia de protector al paje que había entrado por la puerta de San Antonio, y que tanta curiosidad había manifestado respecto al suplicio de Salcedo.

Casi al mismo tiempo, y no bien hubo desaparecido M. de Mayenne, atravesó una litera por medio de la multitud: Mayneville se acercó á ella, separóse una de sus cortinas, y, merced á un rayo de luna, Ernauton reconoció al paje y á la dama de la puerta de San Antonio.

Mayneville y la dama se dirigieron cuatro palabras, la litera desapareció bajo los arcos del palacio de San Dionisio, seguida del primero, y cerráronse las puertas.

Un instante despues apareció Mayneville en el balcon principal, dió las gracias en nombre del duque á los ciudadanos de Paris, y como era ya tarde, les invitó á que se retirasen, á fin de que la maledicencia no pudiese sacar el menor partido de aquella reunion.

Todos se alejaron al escuchar sus palabras, á escepcion de diez hombres, que siguieron al duque hasta el interior del palacio.

Ernauton se separó también, ó, mejor dicho, fingió separarse, en tanto que los demás se dispersaban.

Los diez elegidos que habían quedado eran los diputados de la liga enviados al duque de Mayenne para felicitarle por su llegada, y también para que se decidiese á hacer que su hermano se presentase en París.

En efecto, aquellos dignos vecinos de la ciudad á quienes anteriormente encontramos rennidos en el palacio de Guisa, aquellos excelentes conspiradores que no carecían de imaginación, habían combinado en sus asambleas preparatorias multitud de planes, á los cuales solo faltaban la sanción y el apoyo de un jefe con quien pudiesen confiar.

Bussy Leclerc acababa de anunciar que tenía ya adiestrados á los frailes de tres conventos en el manejo del arma, y que había alistado además quinientos ciudadanos; en una palabra, que podía contarse con un efectivo disponible de mil hombres.

Lachapelle-Martreau se había entendido con los magistrados, con los clérigos y con el populacho de París: podía por consiguiente ofrecer á la liga consejos y brazos; los

primeros representados por doscientas gollillas, y los segundos por doscientas cotas de arqueros.

Brigard disponia de los mercaderes de la calle de los Lombardos, de los pillos de los mercados, y de todos los vecinos del barrio de San Dionisio.

Crucé dividia con Lachapelle-Martreau la adhesion de los procuradores, y ademas representaba á la universidad de Paris.

Debalde ofrecia todos los marineros y empleados del Sena, refuerzo peligroso que formaba un contingente de mas de quinientos hombres.

Louchar se hallaba á la cabeza de quinientos chalanes de caballos, que eran católicos furiosos.

Un peltrero que se llamaba Pollard, y un salchichero, cuyo nombre era Gilberto, presentaban quinientos carniceros y tocineros de la ciudad y de los arrabales.

Maese-Nicolás Poulain, el amigo de Chicot, ofrecia todo, y á todo el mundo.

Considerándose el duque ya seguro en su estancia, escuchó con paciencia estas revelaciones y dijo:

Admiro verdaderamente las fuerzas de la liga, pero no veo el objeto que sin duda venis á proponerme.

Maese-Lachapelle-Marteau se dispuso al momento á pronunciar un discurso en tres partes; era hombre prolijo, y nadie ignoraba esta circunstancia; de modo que Mayenne se estremeció.

—Acabad pronto, le dijo.

Bussy-Leclerc cortó la palabra á Marteau y exclamó:

—Deseamos un cambio de cosas; somos los mas fuertes, y por lo tanto, queremos obtenerlo: esto es corto, claro y preciso.

—¿Pero cómo esperais conseguir ese cambio? le preguntó el duque.

—Paréceme, contestó Bussy-Leclerc con una franqueza que podia pasar por audacia en un hombre de tan baja condicion, que siendo de nuestros jefes el proyecto de la *union*, á ellos y no á nosotros corresponde indicar el plan.

—Señores, dijo Mayenne, decís muy bien: el objeto y el ataque deben ser indicados por los que tienen el honor de ser vuestros jefes; pero me encuentro en el caso

de repetiros que el general es el único juez del momento en que debe empeñarse la batalla, y aunque vea sus tropas armadas y decididas, no dará la señal mientras crea que no debe hacerlo.

—Pero es el caso, monseñor, replicó Crucè, que la liga tiene prisa, como ya lo hemos manifestado.

—¡Prisa! ¿Y de qué? preguntó el duque.

—De llegar.

—¿A dónde?

—A su objeto, porque nosotros tambien hemos concebido nuestro plan.

—Eso es otra cosa, dijo Mayenne, si tenéis vuestro plan, nada debo añadir.

—Suponemos, sin embargo, que nos daréis vuestra ayuda.

—Sin duda alguna, con tal que ese plan nos agrade á mi hermano y á mi.

—Probablemente os agradará.

—Sepamos, pues, en qué consiste.

Los de la liga se miraron unos á otros, y dos ó tres de ellos hicieron señas á Lachapelle-Marteau para que hablase.

Este se adelantó como si solicitase del duque el permiso necesario para explicarse.

—Hablad, le dijo Mayenne.

—Hé aquí el plan, monseñor, contestó Marteau: nos ha ocurrido á Leclerc, á Crucé y á mí; lo hemos meditado detenidamente, y su resultado no puede menos de ser seguro.

—Al hecho, caballero Marteau, al hecho.

—Hay muchos puntos en la ciudad en los cuales estriba, por decirlo así, toda la defensa de la misma; por ejemplo, el grande y el pequeño Chaletet, el palacio del Temple, la municipalidad, el Arsenal y el Louvre.

—Verdad es, dijo el duque.

—Todos esos puntos están cubiertos por guardias fijas, muy fáciles de sorprender, por lo mismo que no pueden sospechar el peligro de un ataque brusco.

—Tampoco niego eso, dijo el duque.

—Con todo, la ciudad se haya defendida así mismo por el comandante de las rondas con sus arqueros que se pasean por todas partes.

—Hé aquí, pues, lo que hemos imaginado. En primer lugar debemos apoderarnos de dicho jefe, que vive en el callejon

de Santa Catalina: este golpe puede ejecutarse sin ruido, porque aquel sitio es muy solitario y está separado del centro de la ciudad.

El duque meneó la cabeza y dijo:

—Por desierto y distante que esté, no es fácil, como se os figura, forzar una buena puerta, ni tampoco se disparan veinte arcabuzazos sin que se oigan.

—Ya hemos previsto esa dificultad, monseñor, dijo Marteau; uno de los arqueros de la ronda es de los nuestros, y por consiguiente iremos dos ó tres á eso de media noche á llamar á su puerta: el criado la abrirá y avisará á su amo que S. M. quiere hablarle. Esto nada tiene de particular, supuesto que una vez al mes, poco mas ó menos, llama el rey á dicho jefe para pedirle informes y para encargarle expediciones nocturnas. Una vez abierta la puerta, entrarán diez marineros, de los que viven en el barrio de San Pablo, y despacharán al comandante de las rondas.

—Es decir que lo degollarán.

—Precisamente, monseñor: hé aquí, pues, interceptadas las primeras órdenes para la

defensa. Verdad es que los vecinos pacatos y los hombres políticos pueden llamar la atención de otros magistrados, de otros funcionarios públicos; tenemos por ejemplo al señor presidente, al señor de O., al señor de Chiverny y al señor procurador Laguesle; ¿pero qué importa? Penetraremos en sus casas al mismo tiempo, porque la noche de San Bartolomé nos ha enseñado cómo se hace esto, y les trataremos lo mismo que al jefe de la ronda.

—¡Oh! exclamó el duque, á quien el proyecto parecia ya demasiado grave.

--Entonces será ocasion de recurrir á nuestras fuerzas, debiendo ballarnos disfrazados en todos los barrios, á fin de acabar con los herejes religiosos y con los herejes políticos.

—Todo eso está perfectamente amasado, señores míos, dijo Mayenne, pero todavía no me habeis explicado si tomareis del mismo modo y en un momento el Louvre, verdadera plaza fuerte, en la que velan sin cesar numerosas guardias y caballeros. El rey, por muy tímido que le supongamos, no se dejará degollar como el jefe de la ronda;

empuñará la espada y.... al cabo es el rey; su presencia hará mucho efecto entre los ciudadanos, de modo que tendreis que batiros.

—Hemos llegado cuatro mil hombres para la expedicion del Louvre, gente toda que no quiere lo bastante al Valois para que su presencia produzca en ellos el efecto que decís.

—¿Y creéis que con eso habrá bastante?

—Sin duda, porque seremos diez contra uno.

—¿Y los suizos? Hay cuatro mil, señores.

—Ciertamente; pero están en Lagny, y Lagny dista ocho leguas de París; por consiguiente, aun suponiendo que el rey pueda avisarles, dos horas para los mensajeros que sin duda irán á caballo, y ocho para los suizos, que tendrán que hacer el viaje á pié, son diez horas, de modo que llegarán á tiempo para que se les detenga en las barreras, porque durante esas diez horas nos haremos dueños de la ciudad.

—Perfectamente; sea como decís, admito todo eso, supongo que degollais al jefe de la ronda, que destruis á los herejes poli-

ticos, que desaparecen las autoridades de la ciudad, que no encontrais el menor obstáculo á vuestros designios: decidme ahora lo que pensais hacer.

—Formaremos un gobierno de hombres honrados como nosotros, dijo Brigard y con tal que nos vaya bien en el comercio, que tengamos asegurado el pan para nuestras mujeres y para nuestros hijos, no desearemos otra cosa. La ambicion hará tal vez que algunos pretendan ser nombrados comisarios de barrio, alcaldes ó comandantes de alguna compañía de la milicia. Pues bien, monseñor, seremos todo eso, si es necesario, pero nada mas, porque no servimos para otra cosa; ya veis, por lo tanto, que no somos muy exigentes.

—Señor Brigard, dijo el duque, hablais discretamente: conozco que sois hombres honrados y que no consentireis mezcla alguna en vuestras filas.

—¡Oh! no, no, esclamaron muchas voces: el buen vino ha de ser puro.

—Perfectamente; eso se llama hablar; veamos ahora. Decidme, señor subpreboste, ¿hay muchos baraganes y pueblo malo en la isla de Francia?

Nicolás Poulain que hasta entonces no se habia puesto en evidencia, dió un paso adelante.

—Ciertamente, monseñor, los hay de sobra.

—¿Podeis decirnos poco mas ó menos á qué número asciende ese populacho?

—Aproximadamente, sí.

—Veamos pues.

Poulain empezó á calcular por los dedos.

—Ladrones, de tres á cuatro mil; ociosos y mendigos, de dos mil á dos mil quinientos; rateros, de mil quinientos á dos mil; asesinos, de cuatrocientos á quinientos.

—De modo que tenemos de seis mil á seis mil quinientos tunantes destinados á la horca. ¿A qué religion pertenecen?

—¿Qué decis, monseñor? le preguntó Poulain.

—Deseo saber si son católicos ó hugonotes.

Poulain se echó á reir.

—Son de todas las religiones, monseñor, ó por mejor decir, de una sola: su dios es el oro, y la sangre su profeta.

—Todo eso está muy bien en cuanto á

materia de religion: ¿pero qué diremos en cuanto á politica? ¿Son de la liga ó partidarios del navarro?

—Son bandidos y pillos.

—No supongais, monseñor, dijo Crucé que seamos capaces de aliarnos con esa gente.

—De ningun modo lo supongo, y eso es lo único que siento.

—¿Y por qué lo sentís, monseñor? preguntaron con sorpresa algunos individuos de la diputacion.

—Porque es preciso que comprendais, señores, que esos tunantes sin religion, sin opiniones fijas, y que por consiguiente no fraternizan con vosotros, al ver que en Paris no hay magistrados, ni fuerza pública, ni autoridad real, ni freno alguno que los contenga, se darán al saqueo, de vuestros almacenes mientras os esteis batiendo, y al de vuestras casas en tanto que os balleis en el Louvre: unas veces se reunirán á los suizos contra vosotros, otras estarán con vosotros contra los suizos, de modo que siempre serán los mas fuertes.

—¡Cáspita! digeron los diputados mirándose unos á otros.

—Se me figura que esto es bastanté grave para que pensemos en ello. ¿No os parece así, señores? dijo el duque. En cuanto á mi, es cosa que me llama la atencion, y trataré de buscar un medio de evitar tan grande inconveniente: porque vuestro interés es antes que el mio; esta es la divisa de mi hermano y la mia.

Los diputados le contestaron con un murmullo de aprobacion.

—Ahora, señores, permitid que un hombre que ha corrido veinte y cuatro leguas á caballo sin descansar de dia ni de noche se retire á dormir algunas horas: aquí no hay el menor peligro, al menos por ahora; pero lo habria de seguro si vosotros comenzaseis el ataque: creo que no pensais en ello.

—De ningun modo, señor duque, respondió Brigard.

—Está muy bien.

—Solo nos resta, monseñor, despedirnos humildemente de vos, hasta que tengais á bien convocarnos para una nueva reunion.

—Se verificará lo mas pronto posible, caballeros, dijo Mayeune; retiraos tranquilos,

pues os llamaré mañana, ó pasado mañana lo mas tarde.

Y separándose de ellos, les dejó admirados de su rara prevision, que habia descubierto un peligro, en el cual ninguno habia pensado.

Pero no bien hubo desaparecido, cuando se abrió una puerta secreta y una muger se presentó en la sala.

—¡La duquesa! esclamaron los diputados.

—Si, señores, yo misma soy, y vengo á sacaros de apuros.

Los diputados, que conocian su resolucion, pero que al mismo tiempo temian su entusiasmo, se acercaron á ella.

—Señores, añadió la duquesa sonriéndose, Judith sola hizo lo que no pudieron hacer los hebreos: yo tambien tengo mi plan.

Y presentando á los de la liga dos blancas manos, que los mas galantes se apresuraron á besar, se fué por la misma puerta que habia dado paso á M. de Mayenne.

—¡Vive Dios! esclamó Bussy-Leclerc retorciéndose el bigote y siguiendo á la duquesa; esta muger es el verdadero jefe de la familia.

—¡Dios mio! murmuró Nicolás Poulain enjugándose el sudor que habia empezado á correr por su frente, desde el momento en que vió á Mme. de Montpensier; quisiera estar enteramente ageno á todas estas intrigas.



CAPITULO II.

EL HERMANO BORROMEÓ.

SERIAN las diez de la noche poco mas ó menos, cuando los diputados se retiraban bastante contritos, separándose unos de otros segun iban acercándose á las calles en que respectivamente vivian, y despidiéndose con toda política.

Nicolás Poulain, que habitaba en el barrio mas distante, se dirigió á él solo por haber quedado el último, y reflexionando en la situacion dudosa que le habia obligado á lanzar la exclamacion que dá principio al último párrafo de nuestro capítulo anterior.

En efecto, aquel día había sido para todos, y particularmente para él, muy fecundo en acontecimientos.

Entraba, pues, en su casa temblando por lo que acababa de oír, y diciéndose á sí mismo que si la *sombra* había tenido por conveniente comprometerle á denunciar el complot de Vincennes, Roberto Briquet nunca le perdonaría el no haber revelado el plan de campaña tan sencillamente desarrollado por Lachapelle-Marteanu delante de M. de Mavegne.

Cuando mas absorto se hallaba en sus pensamientos en medio de la calle de la Pierre-au-Real, especie de callejon angosto que daba paso á la calle nueva de Sainte-Mery, vió correr Nicolás Poulain en sentido opuesto al en que él caminaba á un hombre con hábito de fraile benedictino, que llevaba arremangado hasta las rodillas.

Le era, pues, preciso hacerse á un lado, porque de ningun modo podían pasar por el callejon dos personas de frente.

Nicolás Poulain esperaba que la humildad monástica le cedería la derecha, porque al fin él era hombre de armas tomar;

pero nada de esto sucedió: el fraile corria como un ciervo herido, y con tal arranque, que hubiera derribado una pared si se le hubiese opuesto al paso; de modo que Nicolás Poulain, aunque de mala gana, no pudo hacer otra cosa que evitar su encuentro para no sufrir un violento choque.

Entonces comenzó entre ambos, en aquel estrecho paso encajonado entre altos edificios, la fastidiosa evolucion de dos hombres indecisos que quieren avanzar á un tiempo, que procuran evitarse y que á pesar de sus esfuerzos se encuentran siempre de cara.

Poulain empezó á jurar, el monje á maldecir, hasta que este, menos sufrido al parecer que aquel, le agarró por medio del cuerpo para arrimarlo á la pared.

En aquel conflicto, y cuando ya iban á llegar á las manos, se reconocieron.

—¡Hermano Borromeo! exclamó Poulain.

—¡Maese Nicolas Poulain! gritó el fraile.

—¿Como os vá? le preguntó el primero con aquella cordialidad y admirable mansedumbre tan propia de los ciudadanos de París.

—Muy mal, muy mal, respondió el segundo que no se calmaba tan pronto, porque, por vos me he detenido demasiado y llevo prisa.

—¿Qué demonio de hombre sois! observó Poulain. ¡Siempre belicoso como un romano! ¿Pero á dónde diablos os dirigis corriendo á estas horas? ¿Qué ha sucedido? ¿está ardiendo el priorato de los benedictinos?

—No por cierto; he ido á casa de la duquesa para hablar á Mayneville.

—¿Qué duquesa?

—Se me figura que solo hay una en cuya casa puede hablarse á Mayneville, dijo Borrromeo, quien desde luego habia creído poder contestar categóricamente al subpreboste, porque este podia en todo evento expiar sus pasos, pero que á pesar de todo no queria ser demasiado comunicativo con el curioso.

—Corriente, replicó Nicolas Poulain. ¿Qué ibais á hacer en casa de la duquesa de Montpensier.

—Es muy sencillo, dijo Borrromeo buscando una respuesta especiosa en su imaginacion: la duquesa ha manifestado deseos

de que nuestro reverendo prior dirija su conciencia en el confesonario: el prior ha aceptado desde luego; pero un escrúpulo de conciencia le obliga á negarse. La entrevista debia verificarse mañana, y debo advertir á la duquesa, de parte de D. Modesto Gorenflot, que no cuente con él.

—Muy bien, mi querido hermano, pero se me figura que por aquí no vais muy derecho que digamos al palacio de Guisa; al contrario, creo que os dirigis precisamente en sentido opuesto.

—Ciertamente, repuso Borrromeo, supuesto que vengo de él ahora mismo.

—¿Y á dónde os dirigis?

—Me han dicho que la duquesa ha ido á visitar al duque de Mayenne, que ha llegado esta noche y habita en el palacio de San Dionisio.

—Es verdad, dijo Poulain; el duque y la duquesa se encuentran en el palacio de san Dionisio; pero compadre, ¿á qué fin os haceis conmigo el disimulado? Por lo regular nunca se encargan al tesorero las comisiones del convento.

—¿Y por qué no, cuando se trata de una princesa?

—Supongo que vos, confidente de Mayneville, no dais mucho crédito á esas confesiones de la jóven duquesa de Montpensier.

—¿Y en qué he de creer segun eso?

—Que diablo! Vos conoceis la distancia que hay desde el priorato hasta el centro del camino, pues me la habeis hecho medir. Cuidado, hermano, porque me decis tan poco que me obligareis á creer demasiado.

—Y hareis muy mal, maese Poulain, porque os digo todo cuanto sé. Lo único que ahora deseo es que no me detengais mas tiempo, porque es fácil que no encuentre á la duquesa.

—La podreis ver en su palacio cuando se retire á él, y aun deberiais haberla esperado.

—¡Oh! tambien me alegraré de ver al paso al duque de Mayenne.

—Id pues.

—Porque ya lo conoceis; si llega á entrar en casa de su querida me será imposible atraparle.

—Eso es hablar, y ahora que sé la persona que buscáis, os dejo en paz: adios, pues, y buena fortuna.

Borromeo, al ver el paso libre, dió las buenas noches á Nicolas Poulain y emprendió de nuevo su carrera.

—Vamos, vamos, parece que todavía hay algo de nuevo, murmuró Nicolas Poulain viendo desaparecer entre las sombras el hábito del benedictino; ¿pero que necesidad tengo yo de saber lo que pasa? ¿Voy tomando gusto por ventura al oficio que sigo por fuerza? No lo permita Dios.

Y sin mas ni mas se fué á acostar, no con la calma de una buena conciencia, sino con la tranquilidad que nos presta en todas las posiciones del mundo, por falsas que sean, el apoyo de un hombre mas fuerte que nosotros.

Durante este tiempo, Borromeo proseguia su camino con una celeridad que le daba esperanzas de recobrar el tiempo perdido.

Conocia, en efecto, las costumbres del duque de Mayenne, para lo cual tenia sus razones, que no habia querido manifestar á Maese-Nicolas Poulain.

Lo cierto es que llegó sudando y sin aliento al palacio de San Dionisio en el momento en que, despues de haber hablado

el duque con su hermana de los grandes negocios que les ocupaban, iba á separarse de ella para visitar á aquella dama de la Cité que tan mala pasada habia jugado á Joyeuse.

Ambos hermanos, despues de muchos comentarios respecto á la acogida del rey y al plan de los diez, se habian convenido en los hechos siguientes:

El rey no concebía sospechas, y por lo tanto cada dia era mas fácil combatir su poder.

Era indispensable organizar la liga de las provincias del Norte, en tanto que el rey abandonaba á su hermano y no hacia caso del rey de Navarra.

Entre estos dos últimos enemigos, el duque de Anjou era el único temible por su ambicion; en cuanto á Enrique de Navarra, se sabia por buenos espías que solo se ocupaba en galantear á sus tres ó cuatro queridas.

—Paris está preparado, decia en alta voz el duque de Mayenne.—Pero su alianza con la familia real daba mucha fuerza á los hombres politicos y á los verdaderos realistas;

era, pues, preciso esperar una ruptura entre el rey y dichos aliados, ruptura que el carácter inconstante de Enrique debía provocar en breve.—Así pues, añadía Mayenne, ya que nada nos apura, esperemos.

—Por mi parte, decía la duquesa, necesitaba diez hombres esparcidos en todos los barrios de París para sublevar la ciudad después del golpe que medito; he encontrado esos diez hombres, y no pido más.

En esto se ocupaba, cuando Mayneville entró de improviso anunciando que Borromeo quería hablar al duque.

—¡Borromeo! exclamó el duque sorprendido. ¿Qué significa eso?

—Monseñor, es aquel sujeto que me enviasteis de Nancy cuando pedi á V. A. un hombre de acción y de ingenio.

—Ya me acuerdo, os contesté que un hombre reunía ambas cualidades, y sin detención os envié al capitán Borroville. ¿Ha cambiado por ventura de nombre y se llama ahora Borromeo?

—Sí, monseñor, ha cambiado de nombre y de uniforme: se llama ahora Borromeo, y es fraile benedictino.

—¡Borroville fraile!

—Sí, monseñor.

—¿Y con qué objeto ha hecho esa locura? El diablo debe alegrarse mucho si llega á conocerle bajo la capucha.

—¿Me preguntais por que ha sentado plaza de fraile?—La duquesa hizo una seña á Mayneville.—Ya lo sabreis mas tarde, monseñor, porque ese es un secreto; entre tanto escuchad al capitan Borroville ó al hermano Borrromeo si os parece mejor.

—Sí, sí, dijo la duquesa de Montpensier, porque esta visita me dá á mí algun cuidado.

—Tambien á mí, si he de decir la verdad, añadió Mayneville.

—Ea pues, hacedle entrar sin perder momento.

En cuanto al duque, vacilaba entre el deseo de escuchar al mensajero y el temor de faltar á una cita de su querida.

Miraba por consiguiente á la puerta y al reloj.

La primera se abrió, y dieron las once en el segundo.

—¡Hola Borroville! exclamó el duque sin

poder contener la risa, á pesar de su mal humor. Bien disfrazado estais, amigo mio.

—Monseñor, dijo el capitan, creed que no me encuentro á gusto con este hábito endemoniado; pero en fin, lo que es preciso es preciso, como decia vuestro padre el duque de Guisa.

—Tened presente, Borroville, dijo M. de Mayenne, que no he sido yo quien os ha metido en él; por consiguiente no os quejéis de mí.

—No, monseñor, todo ha sido obra de la señora duquesa; pero tampoco me quejo de ella, ya que estoy aqui para servirla.

—Gracias, capitan; veamos lo que teneis que decirnos á estas horas.

—Lo que desgraciadamente no he podido decirnos antes, monseñor, porque tenia á todo el priorato espiando mis pasos.

—Pues bien, hablad.

—Señor duque, dijo Borroville, el rey envia refuerzos al duque de Anjou.

—¡Bah! replicó Mayenne, ya conocemos este estribillo, pues hace tres años que nos lo están cantando.

—Lo que es ahora podeis creer de todo punto la noticia.

—¡Como es eso! dijo Mayenne moviendo la cabeza como un corcel que se encabrita.

—M. de Joyeuse ha salido para Rouen hoy mismo, es decir, anoche á las dos de la mañana; debe embarcarse en Dieppe y llevar tres mil hombres á Amberes.

—¿Y quién os ha dicho eso, Borroville?

—Un hombre que ha marchado á Navarra.

—¡A Navarra! ¿Tal vez con alguna comision para Enrique?

—Sí, monseñor.

—¿Y quién le envia?

—El rey y con una carta.

—¿Qué clase de hombre es?

—Se llama Roberto Briquet.

—¿Qué mas?

—Es grande amigo de D. Modesto Gorenflot.

—¿Es cierto eso?

—Como que se tutean.

—¿Y decís que va de embajador del rey?

—Estoy seguro de ello, pues desde el priorato ha enviado á buscar al Louvre sus credenciales, y un fraile ha sido el encargado de esta comision.

—¿Quién es ese fraile?

—Nuestro bravo Santiaguillo Clemente, el mismo que habeis visto en el priorato, señora duquesa.

—¿Y no os ha enseñado las credenciales? preguntó M. de Mayenne.

—Monseñor, no se las ha entregado el rey, pues las ha remitido al mensajero en una carta por conducto seguro.

—Es preciso apoderarnos de esa carta.

—Sí, sí, es preciso, repitió la duquesa.

—¿Como no habeis pensado en ello? añadió Mayneville.

—Y tanto como he pensado, pues he querido que acompañase al mensajero un hombre de mi devocion, una especie de Hércules; pero Roberto Briquet ha desconfiado de él, y no ha querido admitirlo.

—Debiais haber ido vos mismo.

—Imposible.

—¿Por qué?

—Porque me conoce.

—Como fraile sí, mas no como capitán.

—Eso es lo que no sabemos, porque el tal Roberto Briquet tiene el ojo muy listo.

—Dadme sus señas.

—Alto, seco, todo su cuerpo se compone de nervios, de músculos y de huesos; es astuto, burlon y taciturno.

—¡Ah! ¡ah! ¿Qué tal maneja la espada?

—Como el que la ha inventado, monseñor.

—¿Y su rostro?

—Se parece á todos los rostros cuando él quiere.

—¿Decís que es amigo del prior?

—Desde que este era simple monje.

—Me asalta una sospecha, murmuró Mayenne arrugando las cejas: yo la aclararé.

—Obrad con presteza, monseñor, porque ese tuno debe caminar de prisa.

—Borroville, dijo Mayenne, vais á marchar á Soissons, donde está mi hermano.

—¿Y el priorato, monseñor?

—Se me figura, contestó Mayneville que bien sabreis forjar un cuento á D. Modesto, ya que este cree cuanto le decís.

—Pondreis en conocimiento de M. de Guisa, prosiguió Mayenne, todo cuanto sabeis acerca de la comision de M. de Joyeuse.

—Está bien, monseñor.

—Te olvidas de la Navarra, hermano, observó la duquesa.

—No por cierto, supuesto que me encargo de ella, repuso Mayenne: Mayneville, mandad que me ensillen un caballo.

Y añadió en voz baja:

—¿Vivirá todavía? Si, si; debe vivir.



CAPITULO III.

CHICOT LATINO.

SEGUN recordarán nuestros lectores, luego que marcharon los dos jóvenes mensajeros del rey, prosiguió su camino con paso rápido: mas no bien hubieron desaparecido aquellos en el valle que forma el costado del puente de Jubisy sobre el Orge, cuando Chicot, que tenia, al parecer, como Argos el privilegio de ver por detrás, y que no divisaba ya á Ernauton ni á Sainte-Maline, se detuvo en el punto culminante de un cerro, examinó el horizonte, los fosos, el llano,

los matorrales, el río, todo, en fin, hasta las nubes que se deslizaban oblicuamente por detrás de los grandes olmos del camino, y seguro de que nadie podría estorbarle ni espiarle, se sentó junto á un foso con la espalda apoyada contra un árbol, y empezó lo que el llamaba su exámen de conciencia.

Tenia dos bolsas de dinero, porque ya habia notado que la bolsita que le habia entregado Sainte-Maline contenia, además de la carta real, ciertos objetos redondos y suaves que se asemejaban mucho al oro ó plata acuñada.

Aquella bolsita era un regalo verdaderamente regio, pues tenia dos EE. bordadas primorosamente por ambos lados.

— Es linda, dijo Chicot mirándola atentamente, y no puedo menos de confesar que el rey se ha portado conmigo de la manera mas espléndida. ¡Su nombre, sus armas! Nadie hay mas generoso ni mas estúpido tampoco. Decididamente no puede hacerse carrera de él.

— Pardiez, continuó Chicot, si de algo me admiro es de que ese rey escelente y bondadoso no haya hecho bordar tambien en la

bolsa la carta que me ha mandado llevar á mi cuñado y mi recibo. ¿Para qué nos hemos de incomodar? Todos hacen hoy alarde de ser políticos; pues politiquemos como todo el mundo. ¡Bah! Aun cuando asesinen á ese pobre Chicot, como han hecho con el correo que ese mismo Enrique enviaba á Roma para M. de Joyeuse, seria un amigo menos y nada mas, y los amigos son tan comunes en los tiempos porque atravesamos, que bien podemos prodigarlos. Es preciso confesar que Dios elige mal cuando elige. Veamos ahora el dinero que hay en el bolsillo, y luego nos ocuparemos de la carta.

—Cien escudos.... Precisamente la misma suma que he pedido prestada á Gorenflot.... ¡Magnificencia y munificencia de Enrique!

—Poco á poco, no le calumniemos; pues aquí sale un paquetito.... Oro español.... Cinco piezas de á ocho, á saber: veinte luises.... Vamos, vamos, hé aquí un proceder delicado que prueba que el rey sabe hacer bien las cosas, y á no ser por su cifra, y las flores de lis bordadas, que me parecen superfluas, le enviaria un beso en alas del viente-cillo que sopla. Por otra parte, este bol-

sillo me incomoda mucho, porque los mismos pájaros que pasan por encima de mi cabeza son capaces de figurarse que soy un emisario real y burlarse de mí ó de denunciarme á los demás viajeros, cosa que no me gustaria mucho.

Chicot vació el bolsillo en el hueco de la mano, sacó del suyo el saquillo de tela de Gorenflot, y metiendo en él todo el dinero junto, dijo á los escudos:

—Bien podeis estar juntos, hijos míos, porque al fin todos sois de la misma tierra.

Sacando en seguida la carta, metió en el bolsillo una piedra, apretó los cordones y lo arrojó, como si lo disparase con una honda, al medio del rio, que serpenteaba bajo el puente.

El agua brilló; dos ó tres círculos rompieron su tranquila superficie, y el bolsillo fué á perderse en los abismos.

—Esto ha sido para mí, dijo Chicot; trabajemos ahora para Enrique.

Entonces cojió la carta que habia dejado en el suelo para lanzar la bolsa al rio con mas violencia.

Pero al mismo tiempo vió que se acerca-

ba por el camino un asno cargado de leña. Conducíanlo dos mugeres, y el animalito caminaba con paso tan firme, como si en vez de leña estuviese cargado de reliquias.

Chicot ocultó la carta bajo su ancha mano y les dejó pasar.

Viéndose ya solo, rompió el sello de la carta con imperturbable tranquilidad, como si solo se tratase de un pliego de procurador. Cogió en seguida el sobre, que estrujó entre las manos, así como el sello, y todo corrió la misma suerte que el bolsillo.

—Ahora, dijo Chicot, examinemos el estilo.

Desdobló la carta y leyó lo siguiente:

"Mi muy querido hermano: aquel profundo cariño que os profesaba nuestro muy querido hermano y rey difunto Carlos IX, habita todavía bajo las bóvedas del Louvre y ocupa por entero mi corazón."

Chicot hizo un saludo.

"Por eso me repugna ocuparme de asuntos tristes y desgraciados; pero hoy os persigue la suerte, y así no vacilo al comunicaros ciertas cosas que solo se dicen á los amigos valientes y experimentados."

Chicot saludó de nuevo.

"Además, tengo gran empeño en persuadirlos del interés que me tomo, porque en ello vá el honor de mi nombre y del vuestro, hermano mio."

"Nos parecemos tanto en este punto, que ambos estamos rodeados de enemigos. Chicot os lo explicará."

—*Chicotus explicabit*, dijo Chicot, ó mas bien *evolvet*, lo cual es infinitivamente mas elegante.

"Vuestro servidor el señor vizconde de Turena está escandalizando diariamente á vuestra córte; no quiera Dios que yo me meta en vuestros asuntos privados, á no ser que lo requieran vuestro bien y vuestro honor; pero vuestra esposa, á quien con gran sentimiento llamo mi hermana, debia tomarse este cuidado por vos, y en mi lugar, y ya sabeis que no lo hace."

—¡Oh! ¡oh! dijo Chicot continuando sus traducciones latinas: *Quæque omittit facere*.

—Esto es muy duro.

"Os encargo, pues, hermano mio, que las inteligencias de Margarita con el vizconde de Turena, tan estrechamente ligado con

nuestros comunes enemigos, no den resultados vergonzosos ni perjudiciales á la casa de Borbon. Dad un buen ejemplo, en cuanto os asegureis del hecho, y aseguraos del hecho en cuanto Chicot os explique mi carta."

—*Statim atque audiveris Chicotum litteras explicantem.* Prosigamos, dijo Chicot.

"No seria conveniente que se concibiese la menor sospecha respecto á la legitimidad de vuestra herencia, punto precioso en que Dios no me permite pensar porque estoy condenado hace mucho tiempo á no revivir en mi posteridad.

"Los dos cómplices, que como rey y como hermano os denuncio, se reunen casi siempre en un castillejo cuyo nombre es Loignac: su pretesto es la caza, y dicho castillo es ademas un foco de intrigas, á que no son estraños los Guisas, porque no ignorais, mi querido Enrique, con qué estraño amor persiguió mi hermana al de Guisa y á mi mismo hermano el duque de Anjou, cuando yo llevaba este titulo y él era duque de Alenzon."—*Quo et quam irregulari amore sit prosecuta et Henricum Guisium et germanum meum etc....*

"Os abrazo, querido hermano mio, con todo mi corazon, os recomiendo que sigais exactamente mis consejos, y os aseguro de que siempre me tendreis pronto para ayudaros en todo y para todo. Entre tanto os envio por consejero á Chicot, que es hombre que lo entiende."

—*Age, auctore Chicoto.* Perfectamente; ya soy consejero del reino de Navarra. ¿Qué es lo que ahora sucederá? Allá lo veremos.

"Vuestro afectisimo etc. etc."

Acabada la lectura de la carta, Chicot ocultó la frente entre las manos exclamando:

—Hè aquí, segun creo, una perfecta comision, que prueba evidentemente que, como dice Horacio Flaco, por huir de un peligro se dá en otro mayor:

Pues señor, mas quiero que me persiga el duque de Mayenne.

Y con todo, si esceptuamos ese maldito bolsillo bordado, cuya invencion no puedo perdonar, la carta revela no poca astucia.

En efecto, aun cuando Enrique estuviese formado de la pasta con que se elaboran los mejores maridos, la tal carta seria suficiente para malquistarle con su muger, con

Turena, con Anjou, con los Guisas y con la España. En efecto, para que Enrique de Valois esté también informado en el Louvre de lo que pasa en Pau, en la corte de Enrique de Navarra, es preciso que tenga allí algún espía, y este espía intrigará mucho contra mí.

Además, esta carta vá á proporcionarme grandes disgustos si por casualidad encuentro á un lorenés, á un español, á un bearnés ó á un flamenco bastante curioso para preguntarme qué es lo que voy á hacer en Bearne.

Seria yo poco previsor sino me dispusiese desde ahora á evitar el encuentro de algunos de esos curiosos.

Sobre todo, ó yo me engaño mucho ó es imposible que el nunca bien ponderado hermano Borrromeo deje de prepararme alguna emboscada.

Segundo punto: ¿qué es lo que ha pretendido Chicot cuando ha solicitado una comision cerca del rey Enrique?

Su objeto era vivir tranquilo.

Pues bien, Chicot vá á malquistar al rey de Navarra con su muger.

No es esta la mision verdadera de Chi-

cot, quien al introducir la guerra doméstica entre tan poderosos personajes, vá á hacerse enemigos mortales que le impedirán llegar á la edad dichosa de 80 años.

Pues bien, tanto mejor, nadie puede vivir á gusto sin ser jóven.

En cuyo caso mas vale esperar una puñalada del duque de Mayenne.

No, no; todas las cosas son relativas en este mundo, segun la divisa de Chicot.

Chicot, pues, proseguirá su viaje.

Pero Chicot es hombre y tomará sus precauciones. En consecuencia, solo llevará consigo dinero, á fin de que si matan á Chicot, solo lo pague su pellejo.

Chicot vá á dar la última mano á lo que ha comenzado, es decir, que vá á traducir desde la cruz á la fecha esa hermosa epistola en latin y á aprenderla de memoria, aunque ya sabe las dos terceras partes; en seguida comprará un caballo: porque, á la verdad, desde Juvisy hasta Pau es preciso echar muchas veces el pié derecho delante del izquierdo.

Pero antes de hacer esto, Chicot romperá la carta de su amigo Enrique de Valois

en muchísimos y menudos pedazos y tendrá especial cuidado de que estos, reducidos á átomos, se esparzan en el río y en el aire, así como en la tierra, nuestra madre común, á cuyo seno vuelven también los disparates de los reyes.

Cuando Chicot acabe lo que ha empezado...

Y al decir esto se interrumpió para ejecutar su proyecto. Una tercera parte de la carta fué á parar al río Orge, el aire se llevó otra, y la tercera desapareció en un agujero practicado con un instrumento, que ni era daga ni cuchillo, pero que en caso de necesidad podía reemplazar á la una y al otro, y que Chicot llevaba metido en su cinturón.

Concluido esto, continuó diciendo:

—Chicot se pondrá en camino con todas sus precauciones imaginables y comerá en la buena ciudad de Corbeil á fin de confortar su excelente estómago.

Entre tanto ocupémonos del tema latino que nos hemos propuesto, porque se me figura que vamos á componer un magnífico discurso.

Chicot se detuvo aquí, pues acababa de

ocurrirle la idea de que no podría traducir en latín la palabra *Louvre*, y esto le puso de mal humor.

También se veía obligado á espresar en latín macarrónico la palabra *Margarita*, llamándola *Margota*, así como de *Chicot* había hecho *Chicotus*, pues de lo contrario ninguno de estos nombres hubiera quedado en latín, sino en griego.

Ocupado *Chicot* en buscar para sus frases latinas el purismo y giro ciceroniano, llegó hasta Corbeil, ciudad agradable, en que el atrevido mensajero se entretuvo en admirar las maravillas de San Spiro, y muy particularmente las de un pastelero, posadero y fondista que perfumaba con los deliciosos vapores de sus manjares los contornos de la catedral.

No describiremos la comida de *Chicot*, ni el caballo que compró al mesonero, porque esto sería imponernos una tarea demasiado grande para nuestras fuerzas; diremos únicamente que la primera se prolongó muchísimo, y que el segundo tenía todos los defectos necesarios que pudieramos desear, si no nos lo impidiese la conciencia, para escribir cerca de un tomo.



CAPITULO IV.

LOS CUATRO VIENTOS.

CHICOT y su caballo, que debia tener muy buenas fuerzas para sostener el peso de tan gran personaje como el que conducia, hicieron noche en Fontainebleau, tomaron por la mañana el camino de la derecha, y llegaron á un pueblecillo llamado Orgeval. Chicot hubiera caminado aquel dia algunas leguas mas, porque anhelaba alejarse de Paris á toda costa; pero su cabalgadura empezaba ya á dar tantos tropezones, que conoció le era muy necesario detenerse.

Por otra parte, acostumbrado á ver los objetos á larga distancia, nada que pudiese inquietarle habia divisado hasta entonces en el camino, pues hombres, carretas y barreras eran hasta allí para sus ojos sombras inofensivas que no turbaban su tranquilidad.

Pero aunque en perfecta seguridad, al menos en apariencia, no por eso se consideraba completamente seguro; porque ya saben nuestros lectores que Chicot era hombre que no se fiaba en apariencias.

Así pues, antes de acomodar su caballo, antes de recogerse él mismo, examinó con escrupulosa atencion toda la casa.

Enseñáronle desde luego varios aposentos con tres ó cuatro puertas de entrada; pero segun su parecer, que no dejaba de ser exacto, no solo eran demasiadas puertas para una habitacion, sino que tampoco se cerraban bien por dentro.

Al fin el mesonero le indicó un espacioso gabinete sin mas salida que una puerta de comunicacion con la esca lera; esta puerta tenia fuertes cerrojos por la parte interior.

Chicot ordenó que le dispusiesen en él

una cama, prefiriéndolo á los otros cuartos que habia visto, y que, aunque mejor amueblados, estaban mucho peor defendidos.

Examinó con cuidado los cerrojos, y satisfecho de su solidez, así como de la facilidad con que corrían, cenó en el mismo gabinete, no quiso que quitaran la mesa, se desnudó, colocó su ropa en una silla y se acostó.

Pero antes de esta última operación sacó de su ropilla, como hombre precavido, el saquillo que contenía sus escudos, y lo puso con su espada debajo de la almohada.

En seguida repasó mentalmente tres veces seguidas el contenido de la carta del rey.

La mesa le servía de segundo baluarte, y con todo, no le pareció suficiente aquella defensa: se levantó, pues, cogió un pesado armario del gabinete entre sus brazos, y lo arrastró hasta colocarlo delante de la puerta de entrada, tapiándola así herméticamente.

Contaba, pues, entre su persona y cualquiera agresión posible una puerta, un armario y una mesa.

La hostería había parecido á Chieot casi

inhabitada, el mesouero tenia un semblante cándido, soplaban el viento furiosamente y reclinaban las ramas de los árboles con aquel ruido infernal que, al decir de Lucrecia, se convierte en un suave y hospitalario murmullo para el viajero encerrado bajo llave y repautigado entre sábanas en blando y magnífico lecho.

Chicot se tendió muellemente en el suyo despues de haber terminado todos sus preparativos de defensa. Es preciso convenir en que aquella cama era deliciosa y que estaba preparada de tal modo, que podia garantizar á un hombre contra cualquiera inquietud que le proporcionasen sus semejantes ó los acontecimientos que le sobreviniesen.

En efecto, aparecia como escondida entre largas y anchas cortinas de sarga verde, y un cobertor de plumas comunicaba un calor saludable á los miembros del dormido viajero.

Chicot habia cenado como aconseja Hipócrates, es decir, parcamente; solo habia bebido una botella de vino, y su estómago, dilatado convenientemente, repartia en

todo el organismo del cuerpo aquella sensación del bienestar que comunica sin interrupción ese órgano complaciente que suple el corazón de muchos hombres tenidos por honrados.

Un velon que Chicot habia puesto en la orilla de la mesa inmediata á la cama alumbraba el gabinete, y nuestro hombre leia antes de dormirse, y tal vez por llamar el sueño, un libro curioso y nuevo que acababa de salir á luz, escrito por un corregidor de Burdeos, llamado Montagne ó Montaigne.

El tal libro se habia impreso en la misma ciudad el mismo año de 1581, y contenia las dos primeras partes de una obra que luego fué muy conocida, intitulada los *Ensayos*, bastante agradable y divertida para que un hombre se arriesgase á leerla dos veces al dia; pero tenia al mismo tiempo la ventaja de ser eminentemente pesada para no impedir el sueño á un hombre que habia caminado quince leguas sin echar pié á tierra, y bebido su correspondiente botella de vino generoso despues de la cena.

Chicot estimaba en mucho aquel libro que al salir de París habia metido en el bol-

sillo de su ropilla, y á cuyo autor conocia personalmente. El cardenal del Perron le llamaba *Breviario de los hombres honrados*, y Chicot, que sabia apreciar el talento y el buen gusto del cardenal, no habia tenido por conveniente en aceptar por breviario los *Ensayos* del corregidor de Burdeos.

Pero sucedió que estando leyendo el *capítulo octavo* se quedó profundamente dormido.

El velon seguia iluminando la estancia, la puerta estaba cerrada, y el armario, la mesa, la espada y el saquete de los escudos se mantenian en sus pñestos sin la menor novedad. El mismo San Miguel Arcángel hubiera dormido como Chicot, sin pensar en Satanas, aun cuando le hubiese oido rugir en la parte exterior de aquella puerta, y á través de sus formidables cerrojos.

Ya hemos dicho que hacia mucho viento: los silbidos de esa serpiente gigantesca se deslizaban entre espantosas melodias por los resquicios de la puerta, y movian las tablas de un modo extraño y singular. El viento es la mas perfecta imitacion, ó por mejor decir, la mas completa parodia de la

voz humana, pues unas veces chilló remendando á una criatura que llora, y otras imita con sus sordos rugidos la cólera de un marido irritado con su mujer.

Chicot conocia que se habia levantado una terrible tempestad, y una hora despues toda aquella baraunda se habia convertido para él en un elemento de tranquilidad, supuesto que luchaba animoso contra el frio con su colcha de plumas y contra el viento con sus ronquidos.

Pero á pesar de su sueño, figurabase que la tempestad iba en aumento y que aun se acercaba de una manera horrorosa.

De pronto hace estremecer la puerta del gabinete una terrible rafaga del viento, saltan las chapas, los anillos y los cerrojos, y el armario, perdiendo su equilibrio, se desploma sobre el velon, que queda apagado y roto, y sobre la mesa, que cae á su vez con estrepito.

Chicot, por muy dormido que estuviese, poseia la ventaja de despertarse pronto y con toda su presencia de espíritu; esta presencia le indicó que era mucho mejor para él dejarse deslizar por el espacio vacio entre la cama

y la pared, que bajar de la cama por delante. En efecto, al hallarse entre la cama y la pared, sus dos manos espertas y agueridas se dirigieron rápidamente hácia el lado izquierdo de la cabecera, en que estaba el saquillo de escudos, y hácia el derecho para empuñar la espada.

Chicot abrió tamaños ojos, pero nada vió; seguía reinando profundísima noche.

Aplicó entonces el oído, y le pareció que aquella noche fatal se habían propuesto los cuatro vientos disputarse en singular combate la posesion de su gabinete; desde el armario, que continuaba aplastando la mesa, hasta las sillas, que rodaban chocando unas con otras y enganchándose en los demás muebles.

En medio de tan infernal bataola, creyó Chicot que los cuatro vientos acababan de penetrar en carne y hueso en su gabinete, y que por lo tanto eran sus enemigos Euro, Noto, Aquilon y Boreas, con sus molletudos carrillos y sus enormes patas.

Resignado, porque estaba convencido de que nada podia hacer contra las divinidades del Olimpo, se agazapó despues en el rincon de

la cama, semejante al hijo de Oileo despues de uno de aquellos terribles arrebatos de furor que nos refiere Homero.

Lo único que hizo fué presentar la punta de su larga tizona al viento, ó mejor dicho, á los vientos, con el objeto de que, en caso de acercarse á él demasiado los mitológicos personajes, se atravesasen á sí mismos sin consideracion alguna, aun cuando resultase lo que resultó de la herida hecha por Diomedes á Venus.

Por fin, despues de algunos minutos de una zambra abominable, tal como nunca atormentó humanos oidos, aprovechóse Chicot de un momento de respiro que le otorgó la tempestad para dominar con su voz la furia del desencadenado elemento y la terquedad de los muebles, empeñados en coloquios demasiado estrepitosos para ser naturales.

Chicot pidió á grandes voces: ¡socorro!

Hizo al cabo él solo tanto ruido, que los cuatro vientos se calmaron, como si el mismo Neptuno hubiera pronunciado el famoso *quos ego*: seis ú ocho minutos despues de haberse retirado, al parecer, Euro,

Noto, Aquilon y Boreas, apareció el mesonero con una linterna en la mano para iluminar el drama.

El teatro en que acababa de representarse ofrecia un aspecto lamentable, muy parecido al de un campo de batalla. El grande armario tendido sobre la desquiciada mesa dejaba descubierta la entrada de par en par, y la puerta, únicamente sostenida por un cerrojo, oscilaba á derecha ó izquierda como la gavia de un buque; las tres ó cuatro sillas que completaban el ajuar estaban patas arriba; y por último, la vajilla que habia adornado la mesa se veia amontonada y hecha mil pedazos en el suelo.

—Este es un verdadero infierno, exclamó Chicot reconociendo al mesonero á la luz de la linterna.

—¡Oh, Dios mio! gritó este al ver el horroroso estrago que acababa de suceder. ¿Qué ha habido aqui caballero?

Y levantó ambas manos, y por consiguiente su linterna, al cielo.

—¿Cuantos demonios teneis alojados en esta casa, amigo mio? le preguntó Chicot.

—¡Válgame Dios! ¡Que tiempo! contestó

el posadero con el mismo gesto patético.

—¿Pero no son seguros esos malditos cerrojos? ¿Es de carton la casa por ventura? Voy à salir de ella ahora mismo, porque prefiero hallarme en medio del campo.

Y Chicot, saliendo de su escondite, apareció espada en mano en el espacio que habia quedado libre entre el pie de la cama y la pared.

—¡Pobres muebles míos! dijo suspirando el mesonero.

—¿Y mis vestidos, exclamó Chicot, en dónde están? Yo los he dejado en la silla.

—¡Vuestros vestidos, caballero! respondió aquel sencillamente. Si ahí los habeis dejado, ahí deben estar todavía.

—¡Como si los he dejado! ¡Suponeis acaso que he llegado aquí en este traje!

Y Chicot procuró, aunque en vano, cubrir sus carnes con su ligera camisa.

—¡Oh, señor! repuso el buesped bastante apurado para desenredarse de tan apremiante argumento; bien sé que llegasteis vestido.

—Me alegro de que convengais en ello.

—Pero...

—¿Pero qué?

—El viento ha abierto la puerta y todo lo ha dispersado.

—No es mala razón.

—Ya lo estais viendo.

—Sin embargo, replicó Chicot, vamos á discurrir un poco. Cuando el viento entra en alguna parte y.... precisamente ha debido entrar aquí para ocasionar este desorden que veo, ¿no es cierto?

—No hay duda en ello.

—Pues bien; cuando el viento entra en alguna parte, es porque llega de afuera.

—Indudablemente.

—¿No lo negais?

—No, porque sería una locura.

—Ahora bien; el viento, al entrar en este gabinete, debía traer á él los vestidos de los que duermen en otros cuartos, en vez de llevar los míos no sé adonde.

—¡Ah! Con efecto; eso es evidente, y así debía suceder, y sin embargo, existe, ó parece existir, la prueba de lo contrario.

—Compadre, dijo Chicot, que acababa de explorar el piso del aposento con sus investigadoras miradas ¿qué camino ha traído

el viento para visitarme?

—No os entiendo, caballero.

—Os pregunto de que lado sopla el viento.

—Del Norte, caballero, del Norte.

—En ese caso ha caminado por el lodo, porque hé aquí las señales de sus zapatos.

Y Chicot enseñaba al mismo tiempo á su huésped las huellas de un calzado lleno de barro, marcadas en el piso del aposento.

El mesonero se puso pálido.

—Ahora, querido mio, prosiguió Chicot, solo debo daros un consejo, y es que vijeleis bien á esa especie de vientos que se dirigen á las posadas, penetran en los dormitorios despues de forzar las puertas, y se retiran despues de robar los vestidos de los viajeros.

El mesonero dió dos pasos atrás para desembarazarse de los muebles que yacian por el suelo y acercarse á la entrada del corredor.

No bien tuvo segura la retirada, cuando preguntó á Chicot:

—¿Por qué me llamais ladron?

—¡Toma! ¿Qué habeis hecho de vuestra cara de hombre honrado? le preguntó Chi-

cot. Habeis cambiado mucho en poco tiempo.

—He cambiado porque me insultais.

—¡Yo!

—Si por cierto, me llamais ladrón, repitió el posadero en tono mas alto y semejante al de una amenaza.

—Os llamo ladrón, porque sois responsable de mis efectos, y porque mis efectos han sido robados en vuestra casa. Me parece que no negareis esto.

Y Chicot á su vez, como un espadachin que quiere probar á su adversario, hizo un gesto amenazador.

—¡Eh! ¡eh! ¡A mí: vosotros! gritó el huésped.

—A estas voces se presentaron en lo alto de la escaleta cuatro hombres provistos de sendos garros.

—¡Pardiez! dijo Chicot; hé aqui á Noto, Euro, Aquilon y Boreas. Pues bien, ya que la ocasion se presenta, voy á desterrar de la tierra el viento Norte, en obsequio de la humanidad, á fin de que tengamos una primavera eterna.

Y diciendo y haciendo sacudió un mandoble tan terrible en la direccion del vien-

to mas inmediato, que si este no hubiese dado un salto hacia atrás con la ligereza de un verdadero hijo de Eolo, hubiera quedado dividido de arriba á abajo.

Pero como desgraciadamente al ejecutar aquel movimiento retrógrado miraba de brito á Chicot, y por consiguiente no veia los objetos que tenia detrás, fué á caer en la orilla del primer escalon, y no pudiendo conservar el centro de gravedad, rodó estrepitosamente todas las escaleras.

Esta retirada fué una señal para sus compañeros, que desaparecieron igualmente con la misma precipitacion que si fueran fantasmas salidas del averno.

El último de ellos, sin embargo, tuvo el tiempo suficiente para dirigir en voz baja algunas palabras al mesonero, en tanto que sus amigos se abismaban en las entrañas de la tierra.

—Bien, bien, murmuró el huesped, parecerán vuestros vestidos.

—Es lo único que deseo.

—Ahora os los traerán.

—Corriente: me parece que bien puedo desear no salir desnudo de aquí.

Llevaronle en efecto los vestidos, pero visiblemente deteriorados.

—¡Dios mio! ¡Dios mio! exclamó Chicot. Muchos clavos debe haber en vuestra escalera. ¡Malditos vientos! Pero en fin, os debo una reparacion. ¿Còmo habia yo de sospechar de vos? Teneis una fisonomia de hombre honrado que....

El mesonero se sonrió afablemente.

—Y ahora supongo, dijo, que volvereis á dormir.

—No, no, muchas gracias; he dormido bastante.

—¿Qué vais á hacer?

—Vais á prestarme vuestra linterna y continuaré mi lectura interrumpida por el sueño.

Nada replicó el mesonero; entregó á Chicot la linterna y se retiró.

Chicot levantó el armario apoyandolo contra la puerta, y se tendió en la cama.

El resto de la noche trascurrió tranquilamente, y el viento cesó del todo, como si la espada de nuestro intrépido viajero hubiese penetrado el odre que los encerraba.

Al amanecer pidió su caballo el emba-

jador del rey, pagó el gasto hecho, y prosiguió su camino diciendo:

—Veremos esta noche.



CAPITULO V.

COMO CHICOT CONTINUÓ SU VIAJE Y DE LO
QUE LE ACONTECIÓ.

CHICOT pasó toda la mañana en felicitarse á sí mismo por la sangre fria y gran paciencia con que soportó aquella noche de terrible prueba.

=Pero, dijo para sí, no se coje dos veces en el mismo lazo á un lobo viejo; así pues, es casi seguro que van á inventar hoy otra diablura contra mí, por lo que conviene estar muy prevenido.

El resultado de este raciocinio tan pru-

dente fue que Chicot hizo aquel dia una marcha que al mismo Jenofonte hubiera parecido digna de inmortalizar en su retirada de los Diez-Mil.

Un árbol, el menor accidente del terreno, y una tapia le servian de punto de observacion ó de fortificacion natural, y aun durante su viaje hizo alianzas, sino ofensivas, por lo menos defensivas.

En efecto, cuatro drogueros de Paris que iban á Orleans á proveerse de confituras de Cotignac y á Limoges de frutas secas, se dignaron aceptar la compañía de Chicot, que les dijo ser un mercader de medias de Burdeos que volvia á su casa despues de haber despachado su género; y como Chicot, gascon de origen, no habia perdido su acento sino cuando le habia sido personalmente indispensable, no inspiró desconfianza alguna á sus compañeros de viaje.

Componiase, pues, este ejército de cinco amos y de cuatro criados drogueros, número nada despreciable, atendiendo á los hábitos belicosos introducidos desde el tiempo de la Liga en las costumbres de las droguerías parisienses.

No afirmaremos que Chicot profesase gran respeto al valor de sus compañeros, pero podía asegurarse que con ellos se acreditaba el proverbio de que tres cobardes juntos tienen menos miedo que un valiente solo.

Chicot por consiguiente desterró todo temor desde el punto en que se vió entre cuatro cobardes, como que renunció á la tarea de examinar, como antes, de vez en cuando el camino que iba dejando, sin cuidarse de los que podian seguir su pista.

Así pues, hablando mucho de política y haciendo no poco alarde de un valor que no se habia puesto á prueba, llegó la pequeña caravana á la poblacion designada para cenar y pasar la noche.

Cenaron todos con buen apetito, bebieron á satisfaccion y se retiraron á sus respectivos aposentos.

Chicot no habia escaseado mientras permanecié en la mesa su elocuencia burlona, que divertia infinito á sus compañeros, ni las libaciones de moscatel y de Borgoña que le inspiraban, y no fue despreciable el gasto que hicieron nuestros buenos mercade-

res, aquellos hombres libres de S. M. el rey de Francia y de todas las demás majestades, ya fuesen de Lorena, ya de Navarra, de Flandes, ó de otra cualquiera parte.

Chicot se fué á su dormitorio despues de haber citado para el siguiente dia á sus cuatro compañeros que acababan de conducirle casi en triunfo desde la mesa hasta su cuarto.

Maese Chicot, por lo tanto, se encontraba custodiado en su corredor como un principe por los cuatro viajeros, cuyos dormitorios precedian al suyo, que estaba situado al extremo, y que era por consiguiente inespugnable, merced á las alianzas intermedias.

Como en aquella época habia poca seguridad en los caminos públicos, aun para aquellos caminantes que solo atendian á sus propios negocios, todos procuraban asegurarse el apoyo de los viajeros que iban en su compañía, y Chicot, que nada habia contado respecto á su malaventura de la noche precedente, hizo muchos esfuerzos, como puede concebirse, tocante á la redac-

cion de aquel artículo del tratado, que todos adoptaron sin la menor dificultad.

Esto quiere decir que Chicot, sin faltar á las reglas de su prudencia ordinaria, podia acostarse y dormir. Y tanto mas debia hacerlo, cuanto que acababa de examinar con el mayor cuidado todos los rincones del aposento, corriendo los cerrojos y cerrando de firme la única ventana del mismo. Ya se deja conocer que habia asimismo golpeado la pared por varias partes, y que en todas fué satisfactorio el sonido producido por sus puños.

Pero durante su primer sueño acaeció un suceso que la misma Esfinge, cuyos enigmas nadie acierta, hubiera podido preveer: no parecia sino que el diablo tenia empeño en dar el traste con los proyectos de Chicot, y ya se sabe que el diablo es mas ladino que todas las esfinges del mundo.

A eso de las nueve y media llamaron suavemente á la puerta del cuarto que los mozos drogueros ocupaban juntos, en una especie de zaquizami, situado precisamente sobre el corredor de la posada. Uno de ellos abrió, aunque de malísimo humor, y se en-

contró frente á frente con el posadero.

—¡Cuánto celebro, dijo este, el ver que os habeis acostado vestidos! Como que voy á hacer os un gran servicio. Ya sabeis que vuestros amos se han engolfado mucho en la mesa hablando de politica: pues bien, un regidor del Ayuntamiento ha oido sus discursos y dado parte al señor alcalde, y como este se precia de ser sumamente fiel, ha enviado al punto la ronda, que acaba de conducir á vuestros amos á la municipalidad para que den sus descargos. La cárcel está inmediata á la municipalidad, y así, no seais tontos, salvaos con las mulas, y vuestros amos, que se os reunirán cuando puedan, no podran menos de agradecer vuestra prevision.

Los mozos al oir esto se pusieron en pié, bajaron sin detenerse á la cuadra, montaron temblando en las mulas, y se dirigieron por el camino de Paris, encargando al posadero que enterase á sus amos de la ruta que seguian, si volvian por casualidad sanos y salvos al meson.

Hecho esto, y habiendo visto desaparecer á los cuatro mozos por la esquina de

la calle, fué á llamar el posadero con las mismas precauciones á la primera puerta del corredor.

El mercader que en aquel cuarto dormía se despertó gritando con voz de trueno.

—¿Quién va allá?

—¡Silencio desgraciado! le contestó el mesonero: acercaos de puntillas á la puerta.

Obedeció el droguero, pero á guisa de hombre prudente, arrimó el oído á la puerta sin abrirla, y preguntó.

—¿Quién sois?

—¿No conocéis la voz del amo de la posada?

—Sí, ahora sí, por Cristo. ¿Pero qué ocurre?

—Ocurra que en la mesa habeis hablado del rey con demasiada libertad, que el alcalde ha sido avisado por algun espia, y que ha venido la ronda. Por fortuna he indicado á los empleados el desvan que ocupan vuestros criados, y en este momento los están prendiendo arriba, en lugar de prenderos aquí.

—¡Que es lo que me decís! exclamó el mercader dando diente con diente.

—La pura verdad; daos prisa, si quereis salvaros, mientras está libre la escalera.

—¿Y mis compañeros?

—No teneis tiempo para avisarles.

—¡Pobres amigos!

Y el especiero se vistió precipitadamente.

Durante este tiempo, el mesonero, como cediendo á una inspiracion repentina, golpeó en el tabique que separaba al primer mercader del segundo.

Enterado este de lo que acontecia, abrió suavemente su puerta; el tercero, avisado del mismo modo, llamó al cuarto, y viéndose ya reunidos, desaparecieron escalera abajo como una bandada de golondrinas, con las manos en la cabeza y sin tocar apenas los escalones con las puntas de los pies á fin de no ser sentidos.

—¡Pobre mediero! decian: toda la culpa va á recaer sobre él, aunque ciertamente ha sido él quien mas ha hablado. En fin, mire bien como sale del aprieto, pues el posadero no ha podido avisarle como á nosotros.

En efecto, maese Chicot, como debe presumirse, ignoraba todo cuanto acababa de

suceder, pues al mismo tiempo que los drogueros huían encomendándole á Dios, dormía profundamente lo que se llama el primer sueño.

El mesonero se aseguró de esto poniéndose á escuchar á la puerta; en seguida bajó hasta una sala baja, cuya puerta, cuidadosamente cerrada hasta entonces, se abrió á una señal suya.

Acto continuo se quitó el gorro y entró. En la sala habia seis hombres armados, y uno de ellos parecia el jefe de los demás.

—¿Qué hay? preguntó este.

—He obedecido vuestras órdenes, señor oficial.

—Es decir, que no hay nadie en el meson.

—Nadie.

—La persona designada ignora todo.... no se ha despertado... ¿eh?

—Como decís, señor oficial.

—Señor mesonero, ya sabeis en nombre de quién obramos, ya sabeis á qué causa servimos, supuesto que sois uno de sus defensores.

—Sí por cierto, y ya veis que he sacri-

ficado, por ser fiel á un juramento, la ganancia que debian haberme dejado mis huéspedes; pero recuerdo que en el juramento se dice: "Sacrificaré mis bienes á la defensa de la santa religion católica."

—"Y tambien mi vida".... Sin duda olvidais esto, repuso el oficial.

—¡Dios mio! exclamó el posadero juntando las mano. ¿Tambien se me pide la vida, teniendo mujer é hijos?

—Solo os la pedirán si no obedecéis ciegamente lo que se os mande.

—Obedeceré, obedeceré.

—En ese caso retiraos, cerrad bien todas las puertas, y suceda lo que quiera, aun cuando veais arder el meson ó le sintais desplomarse sobre vuestros huesos, no os movais de vuestro cuarto. Ya veis que el cargo es fácil de cumplir.

—¡Jesus, Jesus! Estoy arruinado, murmuró el pobre hombre.

—Tengo orden de indemnizaros, dijo el oficial; aqui teneis treinta escudos.

—¡Mi casa tasada en treinta escudos!

—Ea, callad con mil diablos, llorineon, que no se os romperá un solo vidrio. ¡Va-

ya unos campeones asquerosos de la liga que tenemos en esta tierra!

El mesonero fué á encerrarse como un cónsul á quien se previene que va á ser saqueada la ciudad en que reside.

El oficial sin perder tiempo colocó á los dos hombres mejor armados debajo de la ventana del aposento de Chicot, y él mismo, acompañado de los otros tres, subió al dormitorio del pobre mediero, como le llamaban sus compañeros de viaje, que se hallaban ya lejos de la poblacion.

—Ya sabeis lo que ha de hacerse, dijo el oficial; si abre la puerta, si se deja registrar, si encontramos en su cuerpo lo que buscamos, nada tiene que temer de nosotros; pero si sucede lo contrario..... un buen golpe de daga.... de daga.... ¿estais? Nada de pistola, ni de arcabuz, porque al fin somos cuatro contra uno, y no quiero bulla.

Llegaron á la puerta y el oficial llamó.

—¿Quién vá? preguntó Chicot despertándose sobresaltado.

—Convienes fingir, murmuró el oficial, añadiendo en voz alta:—Somos vuestros

compañeros de viaje, que queremos comunicaros un asunto importante.

—¡Oh, oh! repuso Chicot: sin duda el vino de la cena os ha earronquecido la voz.

El oficial suavizó la suya y dijo con el tono mas insignificante que le fué posible.

—Vamos, abrid, querido compañero y amigo.

—¡Cáspita! exclamó Chicot. ¡Cómo apesantan á hierro vuestras drogas.

—¡Que es eso! gritó al fin el oficial perdiendo la paciencia. ¿No quereis abrir? Echad vosotros la puerta abajo.

Chicot corrió á la ventana, la abrió con fuerza y vió en la calle dos espadas desnudas.

—¡Estoy cercado! exclamó.

—¡Ah! ¡ah! Compadre, dijo el oficial, que habia oido el ruido que hizo la ventana al abrirse, ¿temes el salto peligroso? Tienes razon. Vamos, ábrenos, ábrenos.

—Pardiez, dijo Chicot, la puerta está sólida, y recibiré un refuerzo cuando hágais ruido.

El oficial soltó una carcajada y mandó á los soldados que desclavaran los goznes.

Chicot se puso á gritar para llamar á los mercaderes.

—Imbécil, dijo el oficial, ¿crees que te hemos dejado socorro? ¡Desengañate, estás solo y por consiguiente perdido! Vamos, haz de tripa corazón.... ¡Andad, vosotros!

Y Chicot oyó tres culatazos de mosquetes dados contra la puerta con la fuerza y regularidad de tres arietes.

—Aquí hay, dijo, tres mosquetes y un oficial, y allá abajo dos espadas solamente: hay que saltar quince piés: esto no vale nada. Prefiero las espadas á los mosquetes.

Y atándose su saco á la cintura, se montó sin vacilar en el autepecho de la ventana, espada en mano.

Los dos hombres que habian quedado abajo tenian las suyas con las puntas hácia arriba; pero Chicot habia discurrido con razon que jamás un hombre, aunque sea el mismo Goliat, espera la caída de otro hombre aunque sea un pigmeo, cuando este hombre puede matarlo al matarse.

Los soldados mudaron de táctica y retrocedieron decididos á herir á Chicot cuando estuviese en el suelo.

Aquí es donde el gascon los esperaba. Saltó con tanta habilidad, que cayó de pié y permaneció en cuclillas; al mismo tiempo uno de los hombres le acestó una estocada que hubiera atravesado la pared; pero Chicot no se tomó el trabajo de pararla, recibéndola en la mitad del pecho, seguro, como estaba, de que merced á la cota de malla de Gorenflot, la hoja de su enemigo se rompería como un vidrio.

—¡Tiene coraza! dijo el soldado.

—¡Pardiez! replicó Chicot, que de un revés le había ya cortado la cabeza.

El otro se puso á gritar, no pensando ya mas que en defenderse, porque Chicot atacaba; pero como desgraciadamente no tenía siquiera las fuerzas que Jacobo Clemente, no tardó en hallarse tendido al lado de su camarada; de suerte que cuando derribaron la puerta y el oficial se asomó á la ventana, no vió ya mas que á los dos centinelas bañados en su sangre.

A cincuenta pasos de los moribundos huía Chicot muy tranquilamente.

—Es un demonio, gritó el oficial, y está hecho á prueba de hierro.

—Sí, pero no á fuerza de plomo, replicó un soldado apuntándole con su mosquete.

—Desgraciado! exclamó el oficial levantando el arma: nada de ruido, porque vás á despertar á todo el pueblo; mañana le encontraremos.

—Estoy discurrendo, dijo filosóficamente uno de los soldados, que hubiera sido mejor poner cuatro hombres abajo y dos solamente arriba.

—;Sois un tonto! respondió el oficial.

—;Ya veremos si el señor duque le dice quien es! dijo gruñendo aquel soldado para consolarse.

Y dejó descansar la culata de su mosquete en el suelo.



CAPITULO VI.

TERCERA JORNADA.

Si Chicot huia con la tranquilidad que hemos dicho, era porque estaba en Etampes, es decir, en una ciudad, en medio de una poblacion, bajo la salvaguardia de cierto número de magistrados que á la primera insinuacion suya hubieran dado curso á la justicia y arrestado al mismo M. de Guisa.

Como no podia menos de suceder, sus enemigos comprendieron al punto la falsa posicion en que se hallaban; asi es que he-

mos visto al oficial prohibir á sus soldados, aun á riesgo de dejar escapar á Chicot, el uso de armas ruidosas, y esta misma razon tuvo para abstenerse de perseguir á Chicot, quien, al primer paso que hubieran dado tras de él, hubiera gritado y despertado á toda la ciudad.

La compañía, reducida á una tercera parte, se ocultó entre las sombras de la noche, abandonando, para comprometerse menos, á los dos muertos, y dejando sus espadas junto á ellos, para hacer creer que se habian matado en un desafio.

En vano buscó Chicot en todo el barrio á sus mercaderes y sus comensales. Despues, suponiendo con razon que sus enemigos, al ver frustrado su golpe no querian quedarse en la ciudad, pensó que bien podia él quedarse sin faltar á las leyes de la buena guerra; y aun hizo mas: despues de haber dado un rodeo y oido desde la esquina de una calle inmediata alejarse los pasos de los caballos, tuvo la audacia de volverse á la posada, donde halló al huesped que aun no habia recobrado su calma, y que le dejó ensillar su ca-

ballo en la cuadra, mirándole con el mismo asombro que si hubiera visto á un fantasma; asombro benéfico que aprovechó muy bien Chicot para no pagar el gasto que habia hecho en la posada, gasto que el huésped por su parte se guardó muy bien de reclamar.

En seguida fué á acabar la noche en el salon de otra posada, en medio de todos los bebedores, que estaban muy agenos de sospechar que aquel desconocido de rostro risueño y aire gracioso habia estado á punto de ser asesinado y acababa de matar á dos hombres.

Al rayar el dia se halló ya en medio del camino, atormentado por serios temores que á cada instante crecian; pues si bien habian tenido la suerte de que se hubiesen frustrado dos tentativas, podia serle funesta la tercera.

En aquel momento hubiera hecho las paces con todos los parciales de Guisa, sin perjuicio de contarles las mentiras que tambien sabia inventar.

Si hallaba un bosque en el camino, sentia un terror dificil de escribir; si se le

presentaba un foso, apoderábase de su cuerpo un frio mortal, y si una tapia algo elevada, le faltaba poco para volverse atrás.

De vez en cuando hacía la promesa cuando estuviese en Orleans de enviar al rey un correo pidiéndole que se le facilitase una escolta en cada pueblo de tránsito; pero como hasta Orleans el camino estuviese desierto y completamente seguro, pensó Chicot que no habia necesidad de dar muestra de cobardia, que el rey tendria que rectificar la buena opinion que tenia de Chicot, y sobre todo, que le serviria de gran embarazo la escolta; ademas, ya habia pasado cien fosos, cincuenta vallados, veinte tapias y diez bosques, sin que el menor objeto sospechoso hubiera desaparecido bajo las ramas ó sobre las piedras.

Pero despues que pasó Orleans se redobló su terror, siendo á la sazón las cuatro de la tarde. El camino estaba cerrado como un bosque, y formaba una gran pendiente, y el viajero, destacándose sobre el camino pardusco, aparecia, semejante al muñeco de un tiro de pistola, á cualquiera que hubiese tenido gana de enviarle una bala de arcabuz.

De repente oyó Chicot á lo lèjos cierto ruido parecido al que hacen en la tierra seca los caballos que galopan. Volvióse y al pié de la cuesta, de la que ya habia subido la mitad, vió gente de á caballo que subia á toda brida.

Los contó; eran siete.

Cuatro traian mosquetes á la espalda.

El sol que ya declinaba á su ocaso sacaba de cada cañon un largo rayo de color de sangre.

Los caballos de estos ginetes aventajaban en mucho al de Chicot. Este, por otro lado, no se cuidaba de trabar una lucha de rapidez, cuyo resultado hubiera sido disminuir sus recursos en caso de ataque y se contentó con hacer marchar á su caballo describiendo *eses* para quitar á los arcabuceros la punteria, maniobra que ejecutó no sin grande inteligencia del arcabuz en general temido de los arcabuceros en particular, pues cuando los ginetes estuvieron á cincuenta pasos de distancia, fué saludado por cuatro tiros, tres de los cuales pasaron por encima de su cabeza.

Como hemos visto, Chicot esperaba es-

tos cuatro tiros, y por lo mismo habia trazado su plan de antemano. Al oír silbar las balas, saltó las riendas y se dejó deslizar abajo de su caballo, teniendo la precaucion de desenvainar la espada, y empuñando su mano izquierda un puñal tan cortante como una navaja de afeitar y tan puntiagudo como una aguja.

Cayó, pues, decimos, y de tal suerte, que no parecia sino que sus piernas eran resortes plegados, pero dispuestos á dilatarse; al mismo tiempo, gracias á la posicion magnífica en que habia caído, se hallaba su cabeza resguardada por el pecho de su caballo.

Un grito de alegría salió del grupo de los hombres de á caballo, que viendo caer á Chicot, le tuvieron por muerto.

—Bien os lo decia, imbécil, gritó corriendo al galope un hombre enmascarado: por no haber cumplido al pié de la letra habeis perdido la mejor ocasion; pero ahora que está ya en tierra, mando que muerto ó vivo se le registre, y si se menea despachadlo.

—Muy bien, señor, replicó respetuosa-

mente uno de los de la comitiva.

Todos los demás echaron pié á tierra, á escepcion de un soldado, que reuniendo todas las bridas se quedó á aguardar todos los caballos.

—Chicot no era precisamente un hombre místico; pero en aquel momento pensó que hay un Dios, que este Dios le abría los brazos, y que acaso antes de cinco minutos el pecador estaria en presencia de su juez. En este supuesto, rezó en voz baja una ferviente plegaria, que sin duda fué escuchada desde el cielo.

Aproximáronse dos hombres á Chicot, ambos con espada en mano, los cuales se convencieron pronto de que aun no habia muerto, puesto que lanzaba tristişimos ayes; y como no se movia, ni hacia el menor ademán de defenderse, el mas osado de los dos tuvo la imprudencia de aproximarse al alcance de la mano izquierda, imprudencia que le costó muy cara, porque inmediatamente la daga, empujada como por resorte, entró en su garganta con la facilidad que en un pan de cera. Al mismo tiempo, la mitad de la espada que empuñaba la ma-

no derecha de Chicot desapareció en los
hijares del otro ginete que quería huir.

—¡Voto á cribas! gritó el jefe, aquí hay
traicion: cargad los arcabuces; el picaro vi-
ve todavía.

—¡Sí, pardiez, vivo todavía! dijo Chicot
echando fuego por los ojos.

Y rápido como el pensamiento, se lanzó
sobre el jefe espada mano; pero ya dos sol-
dados le tenían envuelto; volvióse Chicot,
abrió una pierna de una estocada, y se vió
libre.

—¡Muchachos, gritó el jefe, los arcabu-
ces, voto á crispo!

—Antes que estén listos los arcabuces,
dijo Chicot, os habré abierto las entrañas,
bandido, y habré cortado los cordones de tu
máscara á fin de saber quien eres.

—Manteneos, firme, señor; manteneos fir-
me y os protegeré, dijo una voz que pa-
reció á Chicot descender del cielo.

Quien tales gritos daba era un gallardo
mancebo, montado en un brioso caballo ne-
gro. Traía dos pistolas en su mano, y se-
guía gritando á Chicot.

—¡Bajad la cabeza, bajad la cabeza!

Chicot conoció, y al mismo tiempo oyó un tiro, y vió caer á sus pies un hombre soltando la espada que tenia en la mano.

Entre tanto los caballos empezaron á espantarse y á hacer cabriolas, y en vano los tres ginetes que habian quedado vivos intentaron volver á montar; el apuesto mancebo disparó en medio de esta refriega otro pistoletazo, y derribó á otro hombre.

—Dos á dos, dijo Chicot, generoso salvador, tomad el vuestro, aquí tengo yo el mio.

Diciendo así, principió á dirigir sendas estocadas contra el enmascarado, que temblando de rabia ó de miedo, hizole, sin embargo, frente como hombre ejercitado en el manejo de las armas.

—El jóven por su parte, sin querer hacer uso de la espada, habia cojido á su contrario por medio del cuerpo, lo habia derribado al suelo y lo maniataba con su cinturón como un cordero en el matadero.

Al verse Chicot enfrente de un solo adversario, recobró toda su calma, y por consiguiente su superioridad, y empujando vigorosamente á su enemigo, dotado de gran

corpulencia, hácia la cuesta del camino, después de varias estocadas al aire le dió un pinchazo en un costado.

Apenas vió Chicot en el suelo á su adversario, puso el pié sobre su espada para que no pudiera cojerla, y cortó con su puñal los cordones de la máscara.

—¡M. de Mayenne! exclamó. ¡Diablo, ya me lo sospechaba!

El duque no contestó; estaba desmayado, así por la pérdida de la sangre, como por el gran golpe que recibió al caer.

Chicot se rascó las narices, según acostumbraba hacer en todo acto sério. Luego que reflexionó por espacio de medio minuto, se remangó el brazo, tomó su ancha daga, y se aproximó al duque para cortarle lisa y llanamente la cabeza; pero en aquel momento sintió que un brazo de hierro sujetaba el suyo, y oyó una voz que le decía:

—Poco á poco, caballero; no se mata al enemigo vencido.

—Jóven, respondió Chicot, me habeis salvado la vida, es verdad; os lo agradezco en el alma; pero aceptad una lenciocita muy útil en estos tiempos de degradacion moral

en que vivimos. Cuando un hombre ha sufrido en tres días tres ataques; cuando ha corrido tres veces el riesgo de perder la vida; cuando todavía está caliente la sangre de enemigos que le han disparado desde lejos, sin provocación alguna de su parte, cuatro arcabuzazos, como hubieran hecho con un lobo rabioso, entonces, joven, ese valiente, permitidme que os lo diga, puede hacer impunemente lo que voy á hacer.

Y Chicot volvió á cojer el cuello de su enemigo para acabar la operación: pero también fué detenido esta vez por la vigorosa mano del joven.

—No hareis semejante cosa, dijo, á lo menos mientras yo esté aquí. ¿No os basta la sangre que sale de esa herida que habeis hecho? ¿Quereis derramarla toda?

—¡Sin duda, dijo Chicot sorprendido, no conoceis á este miserable!

—Ese miserable es el duque de Mayenne, príncipe igual en grandeza á muchos reyes.

—Una razón mas, contestó Chicot con voz sombría...¿Pero vos, quién sois?

—Yo soy el que os ha salvado la vida, señor, respondió friamente el joven.

—Y el que, si no me engaño, me entregó una carta del rey en el camino de Charonton pronto hará tres días.

—El mismo.

—¿En ese caso estais al servicio del rey?

—Tengo ese honor, respondió el jóven haciendo una reverencia.

—¿Y estando al servicio del rey os interesais por M. de Mayenne? ¡Diablo! permitidme que os diga que eso no es propio de un buen servidor.

—Creo, por el contrario, señor, que en este momento soy un buen servidor del rey.

—Tal vez, dijo Chicot tristemente, tal vez; pero no es esta la ocasion de filosofar. ¿Cómo os llamais?

—Ernauton de Carmainges, señor.

—Pues bien, señor Ernauton, ¿qué vamos á hacer de ese prsonage igual en grandeza á todos los reyes de la tierra? Porque os advierto que yo cazo muy largo.

—Yo cuidaré de M. de Mayenne, señor.

—Y del compañero que escucha allá abajo ¿que pensais hacer?

—El pobre diablo no puede oir nada en el estado en que le he dejado; está sin sentido.

—Vamos, señor de Carmainges, habeis salvado hoy mi vida; pero la comprometéis furiosamente mas adelante.

—Hoy cumplo con mi deber; mas adelante Dios proveerá.

—Hágase como lo deseais; por otra parte, me repugna matar á este hombre sin defensa, aunque sea mi mayor enemigo. Así pues, quedad con Dios.

—Y Chicot apretó la mano de Ernauton.

—Tal vez tiene razon, dijo para sí, alejándose para tomar su caballo.

Pero volviéndose de pronto añadió:

—En verdad que tenemos á nuestra disposicion siete buenos caballos, y creo haber ganado cuatro por mi parte; ayudadme á escoger...¿Entendeis de caballos?

—Tomad el mio, respondió Ernauton: sé lo que puede hacer.

—¡Oh! esa es demasiada generosidad: guardadlo para vos.

—No, yo no tengo tanta necesidad como vos de caminar ligero.

Chicot no se hizo de rogar, montó en el caballo de Ernauton, y desaparecio.



CAPITULO VII.

ERNAUTON DE CARMAINGES.

ERNAUTON permaneció en el campo de batalla bastante apurado sin saber que hacer de los dos enemigos que iban á abrir los ojos entre sus brazos. Entre tanto, como no habia peligro alguno en que se alejasen, y no era probable que maese Roberto Briquet, ya recordará el lector que bajo ese nombre conocia Ernauton á Chicot, y como no era probable, decimos, que maese Roberto Briquet volviese atrás para acabar de matarlos, el jóven se puso á mirar por todas partes por si descubria algun auxiliar,

y no tardó en hallar en el mismo camino lo que buscaba.

Una carreta, que indudablemente debió encontrar Chicot á su paso, apareció en lo alto de la montaña; venia tirada por dos bueyes, y la dirigia un campesino.

Ernauton se acercó al conductor, quien al verle tuvo tentacion de abandonar la carreta y esconderse en el bosque, y le contó que acababa de ocurrir un combate encarnizado entre hugonotes y católicos; que este combate habia sido fatal á cuatro de ellos; pero que dos habian sobrevivido.

El campesino, aterrado de la responsabilidad de una buena obra, pero mas aterrado todavía, como hemos dicho, del aspecto guerrero de Ernauton, ayudó al jóven á trasladar á M. de Mayenne á su carreta, y en seguida al soldado, que desmayado ó no, continuaba con los ojos cerrados.

Quedaban los cuatro muertos.

—Señor, preguntó el campesino, ¿estos cuatro hombres eran católicos ó hugonotes?

Ernauton, que habia visto al campesino hacer la señal de la cruz en el primer momento de terror, dijo:

—Hugonotes.

—En ese caso, replicó el campesino, no habrá inconveniente en que registre á estos calvinistas, ¿no es verdad?

—Ninguno, respondió Ernauton importándole un bledo que el carretero y no otro fuese el heredero de aquellos difuntos.

El campesino no dió lugar á que se lo dijieran dos veces, y vació todos los bolsillos de los muertos, quienes, segun la cara risueña que puso aquel al terminar su operacion, debieron gozar en vida de muy buenos sueldos y obvenciones, resultando del bien estar que se esparció á la vez por el cuerpo y el alma del rústico, que picá-ra mas fuertemente á sus bueyes á fin de llegar mas pronto á su cabaña.

En el establo de este escelente católico, y sobre una buena cama de paja, recobró M. de Mayenne sus sentidos: el dolor causado por el movimiento del carro no habia podido reanimarle; pero cuando el agua derramada sobre la berida hizo correr de ella algunas gotas de sangre bermeja, el duque abrió los ojos y miró á los hombres y á las cosas que le rodeaban con una sorpresa fácil de concebir.

Luego que M. de Mayenne abrió los ojos, Ernauton despidió al carretero.

—¿Quién sois vos, señor? preguntó Mayenne.

Ernauton se sonrió.

—¿No me reconocéis, señor? le preguntó.

—Sí, por cierto, contestó el duque frunciendo el ceño: vos sois el que acudió al socorro de mi enemigo.

—Sí, dijo Ernauton, pero también soy el que impidió que vuestro enemigo os matara.

—Necesario es que sea así, dijo Mayenne, puesto que vivo, á no ser que me haya creído muerto.

—Al saber que estábais vivo se ha alejado.

—Habrá creído que mi herida era mortal.

—No sé; pero lo cierto es que si no me hubiera opuesto, iba á haceros una que lo hubiera sido.

—Pues en ese caso, señor, ¿por qué habéis ayudado á matar á mi gente para impedir despues á ese hombre que me matase?

—Nada mas sencillo, señor, y me admiro de que un caballero, pues tal me pareceis,

no comprenda mi conducta. La casualidad me llevó por el mismo camino que seguíais, y como viese á muchos hombres atacar á uno solo, creí de mi deber defender al hombre solo; despues, cuando este valiente, á cuyo socorro acudí, porque cualquiera que sea, señor, ese hombre es valiente; despues, cuando este valiente, quedándose á solas con vos, decidió la victoria por el golpe que os dió, viendo yo que iba á abusar de la victoria matándoos, interpose mi espada.

—¿Conque me conocéis? preguntó Mayenne con una mirada escrutadora.

—No necesito conoceros, señor; sé que sois un hombre herido, y esto me basta.

—Sed franco, señor, replicó Mayenne; vos me conocéis.

—Estraño es, señor, que no queráis comprenderme: no creo yo que sea mas noble matar á un hombre sin defensa que acometer entre seis á un hombre que pasa.

—Admitís, sin embargo, replicó Mayenne, que en todas las cosas puede haber razones.

Ernuton hizo una reverencia, pero no respondió.

—¿No habeis visto, continuó Mayenne, que he peleado cuerpo á cuerpo con ese hombre?

—Lo he visto, es verdad.

—Por otra parte, ese hombre es mi mortal enemigo.

—Lo creo porque lo mismo me ha dicho que vos.

—Y si sobrevivo á mi herida?

—Eso ya no me importa, y hareis lo que os agrade señor.

—¿Creeis que estoy peligrosamente herido?

—He examinado vuestra herida, señor, y creo que, aunque grave, no ofrece peligro de muerte. Segun me parece, el acero se deslizó á lo largo del costado y no penetró en el pecho. Respirad y vereis como no sufris ningun dolor en el lado del pulmon.

Mayenne respiró penosamente, pero sin dolor interior.

—Verdad es, dijo, ¿pero los hombres que estaban conmigo?

—Han muerto, á escepcion de uno solo.

—¿Los han dejado en el camino? preguntó Mayenne.

—Si

—¿Los han registrado?

—El campesino que habeis debido ver al abrir los ojos, y que es vuestro huesped, se ha encargado de este cuidado.

—¿Qué halló en sus bolsillos?

—Algun dinero.

—¿Y papeles?

—No lo sé.

—¡Ah! exclamó Mayenne con evidente satisfaccion.

—Por lo demás, podeis pedir informes al que vive.

—¿Pero el que vive dónde está?

—En la granja, á dos pasos de aquí.

—Llevadme donde está, ó mas bien, traedlo aquí, y si sois hombre de honor, como creo, juradme no hacerle ninguna pregunta.

—No soy curioso, señor, y además, sé ya de este negocio todo lo que me importa saber.

El duque miró á Ernauton con cierta inquietud.

—Señor, dijo este, os agradecería que dieseis á cualquiera otro la comision que quereis darme.

—Hago mal, señor, y lo reconozco, dijo

Mayenne; pero os suplico encarecidamente que os digneis hacerme el favor que os pido.

Cinco minutos despues entraba el soldado en el establo. Al ver al duque de Mayenne lanzó un grito, pero este tuvo fuerza para ponerse el dedo sobre sus lábios, y el soldado calló al punto.

—Señor, dijo Mayenne á Ernauton, mi gratitud será eterna, y sin duda llegará día en que nos hallemos en circunstancias mejores; ¿puedo saber á quien tengo el honor de hablar?

—Soy el vizconde Ernauton de Carmainges, señor.

Mayenne esperaba mas pormenores; pero esta vez tocó al jóven ser reservado.

—¿Seguis el camino de Beaungency? continuó Mayenne.

—Si señor.

—¿Luego os he molestado, y acaso no podais marchar esta noche?

—Nada de eso; pienso ponerme en camino ahora mismo.

—¿Para Beaungency?

Ernauton miró á Mayenne de un modo que indicaba claramente cuanto le desagra-

daba aquella desatenta curiosidad, y contestó:

—Para Paris.

El duque dió muestras de quedar sorprendido con esta contestacion.

—Perdonadme que os diga, prosiguió Mayenne, que es extraño que siendo vuestro ánimo dirigiros á Beugency, y habiéndoos detenido una circunstancia tan imprevista, renunciéis así al objeto de vuestro viaje sin una causa muy seria

—Nada mas sencillo, señor, respondió Ernauton: iba á una cita. El inesperado acontecimiento que me ha obligado á detenerme aqui ha hecho que salte á esa cita, y me vuelvo,

En vano intentó Mayenne leer en el rostro impasible de Ernauton otro pensamiento que el que sus palabras espresaban.

—¡Oh, señor, dijo al fin, que no podierais quedaros conmigo algunos dias! Enviaria á mi soldado que está aqui en busca de un cirujano; porque ya comprendéis que no debo quedarme solo con estos labriegos que no conozco.

—¿Y no seria mejor, replicó Ernauton,

que vuestro soldado se quedase haciéndoos compañía, y que yo os enviase el cirujano?

Mayenne vaciló un momento y dijo:

—¿Sabeis el nombre de mi enemigo?

—No, señor.

—¡Cómo! ¿Le habeis salvado la vida y no os ha dicho su nombre.

—No se lo he preguntado.

—¿No se lo habeis preguntado?

—Tambien salvé vuestra vida: ¿y os he preguntado por eso cómo os llamais? Pero en cambio, ambos sabeis mi nombre. ¿Qué importa que el que hace un beneficio sepa el de la persona á quien se lo hace? Este es el que debe saber el de su bienhechor.

—Veo, señor, dijo Mayenne, que nada se puede averiguar por vos, y que sois tan discreto como valiente.

—Y yo, señor, veo que pronunciais estas palabras con aire de reconvencion, y lo siento: porque á la verdad, lo que tanto os alarma, deberia, por el contrario, tranquilizaros. Nadie es muy discreto con uno, sin serlo un poco con los demás.

—Teneis razon: vuestra mano, señor de Carmainges.

Ernauton le dió la mano, pero sin que nada indicase en su gesto que sabia daba la mano á un príncipe.

—Habeis culpado mi conducta, señor, continuó Mayenne; no puedo justificarme sin revelar grandes secretos; así que, me parece que será mucho mejor no llevar mas allá nuestras revelaciones.

—Reparad, señor, respondió Ernauton, que os defendeis cuando yo no acuso; por tanto, sois muy dueño de hablar ó callaros cuando gustéis.

—Gracias, señor, me callo. Sabed solamente que soy hidalgo de buena casa, y que puedo haceros todos los favores que quiera.

—No hablemos mas de esto, respondió Ernauton, y creed que seré tan discreto respecto á vuestro crédito como lo he sido respecto á vuestro nombre. Gracias al amo á quien sirvo, no necesito de nadie.

—¿Vuestro amo? preguntó Mayenne con inquietud: ¿teneis á bien decirme quién es vuestro amo?

—¡Oh! basta de revelaciones; vos mismo lo habeis dicho, replicó Ernauton.

—Es verdad.

—Y además, vuestra herida comienza á inflamarse; hablad menos, señor, creedme.

—Teneis razon. ¡Oh! necesito un cirujano.

—Como he tenido el honor de deciros, yo me vuelvo á Paris; dadme las señas de su casa.

Mayenne hizo una señal al soldado para que se aproximára, obedeci6 este, y se pusieron á hablar en voz baja.

Ernauton con su discreccion habitual se retir6 un poco.

En fin, despues de algunos minutos de consulta dijo el duque, volviéndose hácia Ernauton:

—¿Señor de Carmainges, me dais vuestra palabra de honor de que si os confio una carta la entregareis fielmente á la persona á quien va dirigida?

—Os la doy, señor.

—Y yo la acepto de buen grado; sois demasiado galante para no fiarme de vos ciegamente.

Ernauton hizo un saludo.

—Quiero confiaros parte de mi secreto, dijo Mayenne: pertenezco al cuerpo de guardias de madama la duquesa de Moutpensier.

—¡Ah! exclamó naturalmente Ernauton, ¿la señora duquesa de Montpensier tiene guardias? Lo ignoraba.

—En estos tiempos de revueltas, señor, replicó Mayenne, todo el mundo se guarda lo mejor que puede, y siendo la casa de Guisa soberana....

—No pido esplicaciones, señor: sois guardia de madama la duquesa de Montpensier, y esto me basta.

—Vuelvo á tomar el hilo de nuestra narracion: tenia encargo de hacer un viaje á Amboise, cuando en el camino encontré á mi enemigo; ya sabeis lo demás.

—Sí, dijo Ernauton.

—Detenido á causa de esta herida antes de haber desempeñado mi mision, debo dar cuenta á madama la duquesa de las causas de mi tardanza.

—Es justo.

—¿Conque me hareis el favor de entregar en mano propia la carta que voy á tener el honor de escribirle?

—Si es que hay aquí tinta y papel, replicó Ernauton levantándose para buscar estos objetos.

—No es necesario, dijo Mayenne, mi soldado debe tener en su poder mi libro de memorias.

Efectivamente, el soldado sacó de su bolsillo un librito de memorias cuidadosamente cerrado. Mayenne se volvió hácia el lado de la pared para abrirlo por medio de un resorte, escribió algunas líneas con lapiz, y volvió á cerrar el libro con el mismo misterios.

Una vez cerrado era imposible, ignorando el secreto, abrirlo, á no ser que se rompiese.

—Señor, dijo el jóven, dentro de tres dias será entregado este libro de memorias.

—¿En mano propia?

—A la misma duquesa de Montpensier.

El duque estrechó la mano de su noble compañero, y fatigado á la vez por la conversacion y por la carta que acababa de escribir, se dejó caer sobre la paja fresca, bañada de sudor la frente.

—Señor, dijo el soldado en un lenguaje que pareció á Ernauton muy poco conforme con su traje, verdad es que me habeis atado como un ternero, pero que lo creais

ó no, considero este lazo como una cadena de amistad, y os lo probaré en la primera ocasion que se presente.

Diciendo así le presentó una mano, cuya blancura habia ya observado el jóven.

—Ea, dijo sonriendo Carmainges, héme aquí ya con dos amigos mas.

—No os burleis, señor, dijo el soldado, porque nunca sobran los amigos.

—Verdad es, camarada, respondió Ernauton, y partió.



CAPITULO VIII.

EL PATIO DE LOS CABALLOS.

ERNAUTON partió al punto, y como habia tomado el caballo del duque en reemplazo del suyo, que habia dado á Roberto Briquet, marchó rápidamente, de suerte que hácia la mitad del tercer dia llegó á París.

A las tres de la tarde entraba en el Louvre en el alojamiento de los Cuarenta y cinco, sin que suceso alguno de importancia hubiese por otra parte señalado su regreso.

Al verle los gascones lanzaron gritos de sorpresa y atraído por el ruido, entró M. de Loignac, quien al distinguir á Ernauton, frunció el ceño, lo cual no impidió á este dirigirse á él en dèrechura.

M. de Loignac hizo una señal al jóven para que pasase al gabinete situado al fin de los dormitorios, especie de sala de audiencia donde aquel juez su apelacion daba sus sentencias.

—¿Es ese el modo que teneis de portaros, caballero? le dijo desde luego; sino cuento mal, cinco dias hace ya con cinco noches que estais ausente. ¿Y sois vos, á quien tenia por uno de los mas juiciosos, el que dá el ejemplo de semejante infraccion?

—Señor, respondió Ernauton haciendo una profunda reverencia, he becho lo que me dijeron que hiciera.

—¿Y qué os dijeron que hiciérais?

—Me dijeron que siguiera á M. de Mayenne, y le he seguido.

—¿Durante cinco dias y cinco noches?

—Durante cinco dias y cinco noches, señor.

—¿Conque el duque ha dejado á París?

—Aquella misma noche, lo cual me pareció sospechoso.

—Teneis razon, señor. ¿Qué mas?

Ernauton se puso entonces á contar sucintamente, pero con el calor y la energia de un hombre de corazon, la aventura del camino y las consecuencias que esta aventura habia tenido. A medida que avanzaba en su relacion, el rostro tan movible de Loignac reflejaba todas las impresiones que el narrador suscitaba en su alma.

Pero cuando Ernauton llegó á la carta que le habia confiado M. de Mayenne, exclamó M. de Loignac:

—¿Y teneis esa carta?

—Sí, señor.

—¡Diablo! Esto merece alguna atencion, replicó el capitan; os suplico que me esperéis aquí, ó mas bien, venid conmigo.

Ernauton se dejó conducir y llegó detrás de Loignac al patio de los caballos del Louvre, donde se hacian los preparativos necesarios para la salida del rey, y M. de Epernon miraba ensayar dos caballos recién llegados de Inglaterra, regalo de Isabel á

Enrique II, y los cuales debian ser enganchados aquel mismo dia al coche del rey.

En tanto que Ernauton permanecia á la entrada del patio, se aproximó M. de Loignac al duque de Epernon, y tirándole suavemente de la capa, le dijo:

—Noticias, señor duque, grandes noticias.

El duque se separó del grupo en que se hallaba, y se aproximó á la escalera por donde debia bajar el rey.

—Hablad, señor de Loignac, hablad.

—M. de Carmainges acaba de llegar de la parte de Orleans. M. de Mayenne se halla en una aldea peligrosamente herido.

El duque lanzó una exclamacion y repitió:

—¿Herido?

—Y además, continuó Loignac, ha escrito á madama de Montpensier una carta que M. de Carmainges tiene en su bolsillo.

—¡Oh! ¡oh! exclamó Epernon; haced que venga M. de Carmainges; quiero hablarle ahora mismo.

Loignac obedeció, y tomando de la mano á Ernauton, que, como hemos dicho, se habia quedado á parte por respeto durante el coloquio de sus jefes, dijo:

—Señor duque, aquí teneis á nuestro viajero.

—Segun parece, dijo Epernon, teneis en vuestro poder una carta del duque de Mayenne.

—Sí, monseñor.

—¿Escrita desde una aldea cerca de Orleans?

—Sí, monseñor.

—¿Y dirigida á madama de Montpensier?

—Sí, monseñor.

—¿Quereis entregarme esa carta? dijo el duque alargando la mano con la tranquila negligencia de un hombre que cree no tener que hacer mas que espresar su voluntad, cualquiera que ella sea, para verla puntual y esactamente obedecida.

—Perdonad, monseñor, si he comprendido mal, contestó Carmainges; ¿me habeis dicho que os entregue la carta de M. de Mayenne á su hermana?

—En efecto, eso he dicho.

—Sin duda ignorais, señor duque, que me han confiado esa carta.

—¿Qué importa?

—Importa mucho, monseñor; he dado al

señor duque mi palabra de entregar esa carta á la misma duquesa.

—¿Servís al rey ó á M. de Mayenne?

—Sirvo al rey, monseñor.

—Pues bien; el rey quiere ver esa carta.

—Monseñor, vos no sois el rey.

—Creo, señor de Carmainges, que habeis olvidado á quien estáis hablando, dijo Epernon pálido de cólera.

—Me acuerdo muy bien, monseñor, y por lo mismo me opongo.

—¡Os oponeis! Creo que habeis dicho que os oponeis, señor de Carmainges.

—Eso he dicho.

—Señor de Carmainges, ¿habeis olvidado vuestro juramento de fidelidad?

—Monseñor, no se que haya jurado hasta ahora fidelidad mas que á una sola persona, y esta persona es S. M. Si el rey me pide la carta, la tendrá, porque el rey es mi señor, pero el rey no está aquí.

—Señor de Carmainges, dijo el duque, que amenazaba á montar en cólera, mientras que Ernauton, por el contrario, parecia enfriarse mas y mas al compás de su resistencia; señor de Carmainges, sois como

todos los de vuestro país : ciego en la prosperidad; vuestra fortuna os deslumbra, hidalguillo mio, y la posesion de un secreto de estado os aturde.

—Lo que me aturde, señor duque, es la desgracia en que estoy próximo á caer respecto de vuestra señoría, pero no mi fortuna, que corre grande riesgo por no obedeceros; pero no importa, hago lo que debo, y nadie, escepto el rey, verá la carta que me pedís, á no ser la persona á quien viene dirigida.

M. de Epernon hizo un ademán de terrible amenaza y dijo:

—Ahora mismo Loignac, ahora mismo vais á llevar al calabozo á M. de Carmainges.

—Verdad es que de este modo, dijo Carmainges sonriéndose, no podré entregar á la duquesa de Montpensier la carta de que soy portador, á lo menos mientras esté encerrado; pero si llego á salir....

—Haceis bien en decir si llegais á salir, replicó Epernon.

—Y saldré, señor, á no ser que mandeis asesinar me en el calabozo, dijo Ernauton con una resolucion que, á medida que

hablaba se hacia mas fria y mas terrible; si, saldré, las paredes son menos firmes que mi voluntad. Repito, pues, que cuando salga de mi encierro....

—¿Qué hareis?

—Hablaré al rey, y el rey me atenderá.

—Al calabozo, al calabozo, exclamó Epernon, perdiendo todo comedimiento, llevadlo al calabozo, y que le quiten la carta.

—Nadie tocará á ella, dijo Ernauton dando un salto hácia atras y sacando de su pecho el librito de memorias de Mayenne, y haré pedazos la carta, puesto que solo á este precio puedo salvarla, el duque de Mayenne aprobará mi conducta y S. M. me perdonará.

Y en efecto, impelido el jóven por su leal resistencia, iba ya á separar en dos pedazos la preciosa cubierta, cuando una mano sujetó suavemente su brazo.

Si la presion hubiera sido violenta, indudablemente habria redoblado sus esfuerzos para anonadar la carta; pero viendo que usaban con él de cierto comedimiento, se detuvo, y volviendo la cabeza dijo:

—¡El rey!

En efecto, el rey acababa de bajar la escalera de su palacio del Louvre, y parándose un instante en el último escalon, pudo oír el fin de aquella plática, y entonces fué cuando su augusto brazo sujetó el de Carmainges.

—¿Qué es esto, señores? preguntó con esa voz á la que sabia dar cuando queria un poder soberano.

—Que ha de ser, señor, esclamó el duque de Epernon sin tomarse el trabajo de disimular su cólera, sino que ese hombre, uno de vuestros Cuarenta y cinco, vá á cesar de pertenecer á ellos. Que ha de ser sino que enviado por mi en vuestro nombre para vigilar á M. de Mayenne durante su estancia en Paris, le ha seguido hasta mas allá de Orleans, y se ha encargado de entregar una carta suya á Mme. de Montpensier.

—¿Conque M. de Mayenne os ha dado una carta para Mme. de Montpensier? preguntó el rey.

—Sí, señor, respondió Ernauton,; pero el señor duque de Epernon no os dice en que circunstancias.

—¿Y dónde está esa carta? preguntó el rey.

—Precisamente esa es la causa del conflicto, señor; M. de Carmainges se niega rotundamente á entregarmela y quiere llevarla á su destino, negativa qué, segun mi opinion, solo es propia de un mal servidor de V. M.

El rey miró á Carmainges. Este hincó la rodilla en tierra, y dijo:

—Señor, soy un pobre hidalgo, hombre honrado y nada mas. He salvado la vida á vuestro mensajero, á quien iban á asesinar M. de Mayenne y cinco de sus camaradas, porque al llegar á tiempo pude inclinar la balanza del combate en su favor.

—¿Y durante ese combate no sucedió nada á M. de Mayenne? preguntó el rey.

—Si tal, fué herido, y aun gravemente.

—¡Bueno! dijo el rey. ¿Qué mas?

—¿Qué mas, señor?

—Si.

—Vuestro mensajero, que parece tener motivos particulares de ódio contra M. de Mayenne....

El rey se sonrió.

—Vuestro mensajero, señor, queria aca-

bar con su enemigo, acaso tenia derecho para ello; pero yo creí que en mi presencia, es decir, en presencia de un hombre cuya espada pertenece á V. M., semejante venganza seria un asesinato político, y....

Ernauton vaciló.

—Acabad, dijo el rey.

—Y salvé la vida de M. de Mayenne contra vuestro mensajero, como habia salvado la de vuestro mensajero contra M. de Mayenne.

El duque se encojió de hombros, Loignac se mordió su largo bigote, y el rey, despues de un momento de silencio, dijo:

—Continuad.

—Reducido Mayenne á un solo compañero, pues los otros cuatro habian muerto, reducido, digo, á un solo compañero, no queriendo separarse de él, ignorando que yo estaba al servicio de V. M., se ha fiado de mi y me ha suplicado que lleve una carta á su hermana. Hé aqui la carta, la ofrezco desde ahora á V. M., señor, para que disponga de ella como dispondría de mí. Aprecio en mucho mi honra, señor; pero desde el momento en que para tran-

quilizar mi conciencia cuento con la garantía de la voluntad real, hago abnegación de mi honor; está en vuestras manos.

Ernauton, que continuaba arrodillado, presentó al rey la cartera; pero este la rechazó dulcemente con la mano.

—¿Qué deciais, Epernon? M. de Carmainges es un hombre honrado y un fiel servidor.

—¡Yo, señor! exclamó Epernon. ¿V. M. pregunta lo que yo decía?

—Si, al bajar esta escalera oí pronunciar la palabra calabozo. ¡Pardiez! todo lo contrario: cuando se encuentra por casualidad un hombre como M. de Carmainges, es preciso hablar solamente como entre los romanos, de coronas y de recompensas. Una carta, señor duque, es siempre de el que la lleva ó de la persona á quien vá dirigida.

Epernon hizo una reverencia, no tanto en señal de asentimiento, cuanto para ocultar su enojo.

—Llevad esa carta á su destino, M. de Carmainges.

—Pero, señor, pensad en lo que puede contener esa carta, dijo Epernon: no nos

las echemos de delicados cuando se trata de la vida de V. M.

—Llevad vuestra carta, señor de Carmainges, replicó el rey sin responder á su favorito.

—Gracias, señor, dijo Carmainges retirándose.

—¿A dónde la llevais?

—A madama la duquesa de Montpensier. Creo haber tenido el honor de decirlo á V. M.

—Me he explicado mal; queria decir á qué sitio. ¿Al palacio de Guisa, al de san Dionisio, ó á Bel....

Una mirada de Epernon detuvo al rey.

—No tengo instruccion alguna particular de M. de Mayenne sobre este punto; llevaré la carta al palacio de Guisa, y allí sabré donde está Mme. de Montpensier.

—¿Segun eso, tratais de seguir la pista á la duquesa?

—Sí, señor.

—¿Y si la hallais?

—Desempeñaré mi cometido.

—Eso es; ahora decidme, señor de Carmainges, añadió el rey mirando fijamente al

jóven, ¿habeis jurado ó prometido otra cosa á M. de Mayenne ademas de entregar esa carta á su hermana?

—No, señor.

—¿No habeis prometido, por ejemplo, insistió el rey, alguna cosa como el secreto sobre el sitio en que podais encontrar á la duquesa?

--No, señor: nada de eso he prometido.

--Os impondré, pues, una sola condicion.

—Señor, soy esclavo de V. M.

--Entregareis esa carta á Mme. de Montpensier, pero tan pronto como desempeñeis este cometido, volvereis á buscarme á Vincennes á donde iré esta tarde.

--Sí, señor.

—¿Y dónde me dareis cuenta fiel del sitio donde halleis á la duquesa?

—V. M. puede estar seguro de que así lo haré.

--Sin mas esplicacion ni confianza, ¿lo entendeis?

--Señor, lo prometo.

—¿Qué imprudencia! exclamó el duque de Epernon. ¡Oh! ¡señor!

--No conoceis á los hombres, duque, ó á

lo menos á ciertos hombres. Si este es leal con Mayenne, tambien lo será conmigo.

--Con V. M., señor, exclamó Ernauton, seré mas que leal, seré vuestro esclavo.

--Os encargo, Epernon, dijo el rey, que no arméis disputas aqui, y perdonad ahora mismo á este buen servidor lo que considerais como una falta de adhesion, y que yo miro como una prueba de lealtad.

--Señor, dijo Carmainges, el duque Epernon es demasiado perspicaz para no haber visto en medio de mi desobediencia á sus órdenes, desobediencia cometida bien á pesar mio, cuanto le respeto y le amo, y para no haber conocido que mi única falta consiste en haber hecho, ante todas cosas, lo que yo consideraba como mi deber.

--¡Diablo! dijo el duque cambiando de fisonomía con la misma movilidad que si se hubiese quitado ó puesto una máscara, hé aqui una prueba que os hace mucho honor, mi querido Carmainges, y en verdad que habeis salido airoso de ella; ¿no es verdad Loignac? Pero entretanto le hemos dado un buen susto.

Y el duque soltó una careajada.

Loignac se volvió atrás para no contestar, pues aunque era gascon no se sentía con valor para mentir con el mismo descaro que su ilustre jefe.

--¿Era una prueba? dijo el rey con aire de duda. Tanto mejor, Epernon, si era una prueba, pero os aconsejo que no hagais semejantes pruebas con todo el mundo, pues muchos sucumbiran á ellas.

—Tanto mejor, repitió á su vez Carmainges, tanto mejor, señor duque, si solo era una prueba, pues si en ese caso estoy seguro de que no habré caído de vuestra gracia.

Pero al pronunciar estas palabras, el joven daba visibles muestras de hallarse tampoco dispuesto á creer como el rey.

—Puesto que todo se ha acabado, señores, dijo Enrique, partamos.

Epernon hizo un saludo.

—Venid conmigo, duque.

—Es decir, que acompaño á V. M. á caballo, pues creo que esa es la orden que ha dado.

—Sí: ¿y quién irá al otro estribo? preguntó Enrique.

—Un servidor sincero de V. M., dijo

Epernon: M. de Sainte-Maline.

Y se puso á mirar el efecto que este nombre producía en Ernauton.

Este permaneció impasible.

—Loignac, añadió, llamad á M. de Sainte-Maline.

—Señor de Carmainges, dijo el rey, que comprendió la intencion de Epernon, vais á desempeñar vuestro cometido, ¿no es verdad? y á volver inmediatamente á Vincennes.

—Sí, señor, contestó Ernauton, quien á pesar de toda su filosofía partió dándose por muy contento y satisfecho con no presenciar el triunfo que tanto iba á regocijar el corazón ambicioso de Sainte-Maline.



CAPITULO IX.

LOS SIETE PECADOS DE MAGDALENA.

El rey habia dirigido una ojeada á sus caballos, y al verlos tan vigorosos y tan piafadores, no habia querido correr solo los riesgos del carruaje; en su consecuencia, despues de haber dado, como hemos visto, toda la razon á Ernauton, habia mandado al duque que entrase con él en su coche.

Loignac y Sainte-Maline se colocaron á cada lado de los estribos, y un solo picador corria delante.

El duque ocupaba solo la delantera de la macisa máquina, y el rey con todos sus perros se instaló en la testera.

Entre todos estos perros habia uno preferido, el mismo que ya le hemos visto acariciar en su covacha de la Casa de la Villa, y el cual tenia un cojin particular sobre el que dormia dulcemente.

A la derecha del rey habia una mesa cuyos pies estaban asegurados en la tabla del carruaje. Esta mesa estaba llena de dibujos iluminados, que S. M. recortaba con maravillosa destreza á pesar de los vaivenes del coche.

La mayor parte de ellos representaba asuntos místicos; pero como en aquella época se hacia con respecto á la religion cierta mezcla particular de ideas paganas, no estaba mal representada la mitologia en los dibujos religiosos del rey.

En aquel momento Enrique, siempre metódico, habia hecho su eleccion entre todos aquellos dibujos, y se entretenia en recortar la vida de Magdalena la pecadora.

Aunque el asunto se prestaba por sí mismo demasiado en la parte pintoresca, la

imaginacion del pintor habia añadido algo mas á las disposiciones naturales del asunto; veíase en la estampa á Magdalena bella, jóven y festejada; los baños suntuosos, los bailes y los placeres de todo género figuraban en la coleccion.

El artista habia tenido la ingeniosa idea, como mas tarde debia hacerlo Callot á propósito de su tentacion de San Antonio; el artista, decimos, habia tenido la ingeniosa idea de cubrir los caprichos de su buril con el manto legitimo de la autoridad eclesiástica; así es que además del título corriente de los siete pecados capitales, explicaba cada uno de los dibujos una leyenda particuiar.

—Magdalena sucumbe al pecado de la cólera.

—Magdalena sucumbe al pecado de la gula.

—Magdalena sucumbe al pecado del orgullo.

—Magdalena sucumbe al pecado de la lujuria.

Y así sucesivamente hasta el séptimo y último pecado capital.

La imágen que el rey se entretenía en

recortar cuando pasaron la puerta de San Antonio representaba á Magdalena sucumbiendo al pecado de la cólera.

La bella pecadora, recostada sobre cojines y sin más velo que aquellos magníficos cabellos dorados, con los que más adelante debía enjugar los pies perfumados de Cristo, la bella pecadora, decimos, hacia arrojar á la derecha en un vivero lleno de lampreas, cuyas cabezas ávidas se veían salir del agua como otros tantos hocicos de serpientes, á un esclavo que había roto un vaso precioso, mientras que á la izquierda hacia azotar á una mujer, todavía más desnuda que ella; puesto que tenía su penca de pelo recogida por haber arrancado al peinar á su señora algunos de esos magníficos cabellos, cuya profusión hubiera debido hacer á Magdalena más indulgente por falta tan liviana.

El fondo del cuadro presentaba perros castigados por haber dejado pasar impunemente á pobres mendigos que buscaban una limosna, y gallos degollados por haber cantado demasiado claro y muy de madrugada.

Al llegar á la Cruz-Faubiu el rey había

ya recortado todas las figuras de aquella imágen, y se disponia á pasar á la titulada:

Magdalena sucumbe al pecado de la gula.

Esta estampa representaba á la bella pecadora acostada sobre uno de esos lechos de púrpura y oro en que los antiguos acostumbraban á comer; todo cuanto los gastrónomos romanos conocian de mas esquisito en carnes, pescados y frutas, desde los licores de miel y los barbos de Falermo, hasta las langostas de Stromboli y las granadas de Sicilia, adornaba aquella mesa. En el suelo se disputaban los perros un faisán, mientras que el aire estaba oscurecido por pájaros de mil colores que cogian de aquella mesa bendita migas, fresas y cerezas, que dejaban caer á veces sobre una poblacion de ratones que con la boca hácia arriba esperaban aquel maná que les bajaba del cielo.

Magdalena tenia en la mano llena de un licor rubio como el topacio, unas de esas copas de forma circular como la que describe Petronio en el festin de Trimalcien.

Embargado enteramente por esta obra importante, habiáse contentado el rey con le-

vantar los ojos al pasar por delante del priorato de los dominicos cuya campana tocaba á visperas. Asi es que todas las puertas y ventanas del susodicho priorato estaban tan perfectamente cerradas, que se hubiera podido creer que estaba deshabitado, á no haberse oido resonar en el interior del monumento las vibraciones de la campana.

Despues de dirigir esta rápida ojeada, volvió á entregarse el rey á su deliciosa tarea. Sin emargo, cien pasos mas adelante, un observador atento le hubiera visto dirigir una mirada mas curiosa que la primera á una casa de bella apariencia, construida á la orilla izquierda del camino y en medio de un jardin encantador, y cuya reja del centro de lanzas doradas, daba á la carretera.

Esta casa de campo se llamaba Bel-Esbat y al revés del convento de los dominicos, tenia todas sus ventanas abiertas, á escepcion de una sola, delante de la cual caía una persiana.

En el momento de pasar el rey aquella persiana experimentó un imperceptible movimiento.

El rey dirigió una mirada y una sonri-

sa á M. de Epernon, y en seguida se puso á atacar á otro pecado capital.

Era este el de la lujuria.

El artista lo habia representado con tan espantosos colores, habia estigmatizado el pecado con tanto valor y tenacidad, que no podemos citar mas que un rasgo, y cuenta que este rasgo es enteramente episódico.

El ángel de la guarda de Magdalena volaba asustado al cielo tapándose los ojos con ambas manos.

Esta imágen, llena de minuciosos pormenores, absorbía de tal modo la atencion del rey, que continuaba andando sin reparar en cierta vanidad que se pavoneaba por delante de la portezuela izquierda del coche, y en verdad que era una lástima, porque Sainte-Maline iba muy contento y orgulloso en su caballo al considerar la corta distancia que lo separaba del rey, pues podia oír á S. M. Cristianísima cuando decia á su perro:

—Estate quieto, Cupido: no me dejas respirar.

O á M. de Epernon, coronel general de la infanteria del reino:

—Duque, se me figura que estos caballos van á romperme la crisma.

De vez en cuando, sin embargo, como para olvidar su orgullo, miraba Sainte-Maline á Loignac, á quien el hábito de los honores hacia indiferente á estos mismos honores, y viendo entonces que era este mas hermoso con su cara tranquila y su continente militarmente modesto, que pudiera serlo él con todas sus trazas de capitán, procuraba moderarse; pero bien pronto ciertos pensamientos volvian á su vanidad toda su feroz expansion.

—Me ven, me miran, decia, y todos preguntan: "¿quién es ese caballero venturoso que acompaña al rey?"

Segun el paso que llevaban, y que de modo alguno justificaba los recelos del rey, debia durar mucho tiempo la felicidad de Sainte-Maline, porque los caballos de Isabel, cargados de pesados arneses llenos de plata y rico pasamano, aprisionados con unos tirantes parecidos á los del arca de David, no avanzaban rápidamente en la direccion de Vincennes. Empero cuando mas orgulloso marchaba, cierta cosa como un aviso del

cielo vino á templar su alegría: el rey acababa de pronunciar el nombre de Ernauton, nombre que oyó despues repetir dos ó tres veces á lo menos en dos ó tres minutos, en cada una de las cuales era de ver como se inclinaba para cojer al vuelo aquel interesante enigma; mas como todas las cosas interesantes, el enigma quedaba interrumpido por un incidente ó por un ruido cualquiera.

De vez en cuando prorumpia el rey en alguna esclamacion que le arrancaba el pesar de haber dado á cierto paraje de su estampa un tigeretazo imprevisto, ó bien en alguna intimacion de silencio hecha con toda la ternura posible á su querido Cupido, el cual ahullaba con la pretension exajerada, pero visible, de hacer tanto ruido como un mastin.

El hecho es que desde Paris á Vincennes pronunció el rey el nombre de Ernauton seis veces y el duque cuatro por lo menos, sin que Sainte-Maline pudiese comprender con qué objeto se habian hecho estas diez repeticiones. Figúrose, porque no hay nadie que no quiera engañarse á sí mis-

mo cuando le interesa el engaño, que no se trataba por parte del rey de otra cosa que de preguntar la causa de la desaparición del joven, y por parte de Epernon de explicar aquella causa presunta ó verdadera.

Llegaron al fin á Vincennes cuando todavía quedaban tres pecados por recortar; así pues, bajo el pretesto especioso de entregarse á esta grave ocupación, apenas se apeó S. M. del carruge se encerró en su cámara.

Soplaba el cierzo mas frío del mundo, y ya Sainte-Maline comenzaba á acomodarse lo mejor que podia en una gran chimenea donde pensaba calentarse y dormir calentándose, cuando Loignac le puso la mano sobre el hombro.

—Hoy estais de servicio, le dijo en ese tono imperioso que solo usa el que habiendo obedecido mucho sabe á su vez hacerse obedecer; dormireis otra noche; así pues, arriba, señor de Sainte-Maline.

—Velaré quince días seguidos si es necesario, señor, respondió este.

—Siento no tener de quien echar mano, dijo Loignac haciendo como que buscaba á su alrededor.

—Señor, interrumpió Sainte-Maline, es inútil que os dirijais á otro: si es preciso, no dormiré en un mes.

—¡Oh! no seremos tan exigentes como todo eso, tranquilizaos.

—¿Qué es preciso hacer, señor?

—Montar á caballo y volver á Paris.

—Estoy dispuesto; he dejado mi caballo ensillado.

—Está bien. Ireis en derechura al cuartel de los Cuarenta y Cinco.

—Sí, señor.

—Allí despertareis á todo el mundo: pero os encargo que, á escepcion de los tres jefes que voy á designaros, nadie sepa á donde se vá ni lo que se ha de hacer.

—Obedeceré puntualmente estas primeras instrucciones.

—Escuchad las demás:

Dejareis catorce de estos señores á la puer-
sa de San Antonio.

Otros quince á la mitad del camino.

Y traereis aqui los catorce restantes.

—Mirad esto como cosa hecha, señor de Loignac; ¿pero á qué hora será menester salir de Paris?

--Al anochecer.

--¿A caballo ó á pié?

--A caballo.

--¿Qué armas?

--Todas: daga, espada y pistolas.

--¿Corazas?

--Corazas.

--¿Y el resto de la consigna, señor?

--Hè aquí tres cartas: una para M. de Chalabre, otra para M. de Biran y otra para vos. M. de Chalabre mandará la primera partida, M. de Biran la segunda y vos la tercera.

--Bien, señor.

--Nadie abrirá su carta hasta que se balle en su puesto y al dar las seis en punto. M. de Chalabre abrirá la suya en la puerta de San Antonio, M. de Biran en la Cruz-Faubin, y vos en la puerta de Donjon.

--¿Hay que venir pronto?

--Con toda la viveza de vuestros caballos, pero sin inspirar sospechas ni llamar la atención. Para salir de Paris cada uno tomará una puerta diferente: M. de Chalabre la puerta Bourdelle, M. de Biran la del Temple, y vos, que teneis que andar

mas, tomareis el camino recto, es decir, la puerta de San Antonio.

--Bien, señor.

--Las demás instrucciones están en esas tres cartas. Podeis retiraros.

Sainte-Maline saludó é hizo un movimiento para salir.

--A propósito, replicó Loignac, desde aqui hasta la Cruz-Faubin caminad tan ligero como querais; pero desde la Cruz-Faubin á la barrera id al paso. Teneis todavia dos horas antes que anochezca; es mas tiempo del que necesitáis.

--Perfectamente, señor.

--¿Habeis comprendido bien, ó quereis que os repita la órden?

--Es inútil.

--Buen viaje, señor de Sainte-Maline.

Y salió Loignac metiendo ruido con sus espuelas.

--Catorce en la primera partida, quince en la segunda y otros quince en la tercera, es evidente que no se cuenta con Ernauton, y que ya no forma parte de los Cuarenta y Cinco.

Sainte-Maline, inflado de orgullo, desem-

peñó su cometido con exactitud, si bien dándose la mayor importancia posible.

Media hora despues de su partida de Vincennes, y cumplidas al pié de la letra todas las instrucciones de Loignac, atravesaba la barrera, y al cabo de un cuarto de hora se hallaba en el cuartel de los Cuarenta y Cinco.

La mayor parte de estos señores soboreaban ya desde sus aposentos el vapor de la cena que humeaba en las cocinas respectivas de sus amas de gobierno.

Asi, la noble Lardille de Chaventrade habia preparado un plato de carnero con zanahorias y muchas especias, es decir, á la moda de Gascuña, plato succulento al que Militar por su parte prestaba su poderoso apoyo, esto es, pinchaba de vez en cuando con un tenedor de hierro para probar el grado de cocion de la carne y de las legumbres.

Pertinax de Monterabeau, auxiliado de aquel criado singular de quien se dejaba tutear sin tutearle, Pertinax de Monterabeau, decimos, egercia para una compañía á escote sus propios talentos culinarios. El rau-

cho fundado por este hábil administrador reunia á ocho asociados, cada uno de los cuales ponía seis sueldos por comida.

M. de Chalabre no comía jamás, ostensiblemente, de modo que cualquiera podía tenerle por un ser mitológico, colocado por su naturaleza fuera de todas las necesidades, y si algo hacia dudar de su naturaleza divina era su falta de carnes.

Miraba almorzar, comer y cenar á sus compañeros como un gato orgulloso que no quiere mendigar; pero no obstante tiene hambre y que para apagar su hambre se lame los bigotes. Justo es, sin embargo, decir que cuando se le ofrecía, y le ofrecían pocas veces, rehusaba diciendo que tenia los últimos pedazos en la boca; y los pedazos no eran jamás menos que perdices, faisanes, cogujadas, pasteles de gallo silvestre y pescados finos, todo esto rociado, por supuesto, profusamente con esquisitos vinos de España y del Archipiélago de los mas añejos y secos como Malaga, Chipre y Siracusa.

Como se vé, toda aquella sociedad disponia á su antojo del dinero de S. M. Enrique III.

Por lo demás, se podía juzgar del carácter de cada una por el aspecto que presentaba su reducido aposento. Los unos eran apasionados á las flores y cultivaban en un cacharro esportillado sobre su ventana algun mezquino rosal ó alguna escabiosa amarilla. Otros tenían, como el rey, afición á las estampas, sin poseer su habilidad en recortarlas; otros, en fin, como verdaderos canónigos, habían introducido en la casa el ama ó la sobrina.

El prudente Epernon había dicho en voz baja á Loignac que no habitando los Cuarenta y cinco el interior del Louvre, debía hacer la vista gorda sobre todo esto y Loignac hacia la vista gorda.

Sin embargo, cuando sonaba la corneta toda aquella gente se convertía en soldados y esclavos de unadisciplina rigurosa, montaban á caballo y se hallaban dispuestos á todo.

En invierno se acostaban á las ocho, en estío á las diez, pero quince solamente dormían, otros quince no dormían mas que con un ojo, y los demás de ninguna manera.

Como no eran mas que las cinco y media de la tarde, Sainte-Maline halló á toda

su gente de pié y en la disposicion mas gastronómica del mundo, pero con una sola palabra derribó todas las escudillas.

—A caballo, señores, dijo.

Y dejando á toda la sociedad de mártires entregada á la confusion de aquella manobra, esplicó la órden á los señores de Biran y Chalabre.

Los unos abrochándose sus cinturones y poniéndose sus corazas engulleron algunos bocados humedecidos con un gran trago de vino, y los otros, cuya comida estaba menos avanzada, se armaron con resignacion. Solo M. de Chalabre, ajustándose su cinturón, aseguraba que hacia mas de una hora que habia comido.

Tocóse llamada, y solo se presentaron cuarenta y cuatro, comprendiendo á Sainte-Maline.

—Falta M. Ernauton de Carmainges, dijo M. de Chalabre, á quien habia tocado el turno de ejercer las funciones de furriel.

Una alegría profunda llenó el corazon de Sainte-Maline, alegría que refluyó á sus labios, los cuales gesticularon una sonrisa, cosa rara en aquel hombre de temperamen-

to tético y envidioso.

En efecto, á juicio de Sainte-Maline, Ernauton se perdia irremisiblemente con aquella ausencia injustificable en los momentos de una expedicion de tamaña importancia.

Partieron, pues, los Cuarenta y Cinco, ó mas bien, los cuarenta y cuatro, cada peloton por el camino que le estaba indicado, esto es, M. de Chalabre con trece hombres por la puerta Bourdelle.

M. de Biran con catorce por la puerta del Temple.

Y en fin, Sainte-Maline con otros catorce por la puerta de San Antonio.



CAPITULO X.

BEL-ESBAT

INUTIL es decir que Ernauton, á quien Sainte-Maline suponía enteramente perdido, seguía por el contrario el curso inesperado de su fortuna ascendente.

Calculando desde luego que la duquesa de Montpensier, á quien llevaba encargo de ver, estaría en el palacio de Guisa, si es que se hallaba en París, se dirigió sin vacilar á dicho palacio.

Después de haber llamado á la puerta principal, que se abrió con estremada circuns-

peccion, pidió el honor de una entrevista con Mme. la duquesa de Montpensier, á cuya peticion contestaron con una carcajada; mas como Ernauton esperaba este recibimiento, no se turbó en lo mas mínimo, y como insistiese en su peticion, le dijeron que S. A. habitaba en Soissons y no en Paris.

—Lo siento mucho; contestó, tenia que hacer á S. A. una comunicacion de la mayor importancia de parte del señor duque de Mayenne.

—¿De parte del señor duque de Mayenne? exclamó el portero. ¿Y quién os ha encargado esa comunicacion?

—El mismo señor duque de Mayenne.

—¡El duque! repitió el portero lleno de asombro. ¿Y dónde os ha hecho ese encargo? El señor duque, como la señora duquesa, no está ya en Paris.

—Ya lo sé, respondió Ernauton; pero yo tambien podia no estar en Paris; tambien puedo haber encontrado al duque en otra parte, en el camino de Blois por ejemplo.

—¿En el camino de Blois? replicó el portero con alguna mas atencion.

— Si, en ese camino puede haberme encontrado y dádome tambien una misiva para Mme. de Montpensier.

Cierta ligera inquietud alteró las facciones del interlocutor, el cual, como si hubiese temido que le forzaran la consigna, tenia siempre la puerta entornada.

—¿Y la misiva? preguntó.

—La tengo.

—¿Con vos?

—Aquí, dijo Ernauton dándose una palmada en el pecho.

El criado fiel fijó en Ernauton una mirada investigadora.

—¿Decis que traeis con vos la misiva? preguntó.

—Si, señor.

—¿Y qué, es importante esa misiva?

—De la mayor importancia.

—¿Quereis enseñármela solamente?

—Con mucho gusto, dijo Ernauton sacando de su pecho la carta de M. de Mayenne.

—¡Oh! ¡oh! ¡que tinta tan singular! exclamó el portero.

—Es sangre, replicó flemáticamente Ernauton.

El criado se puso pálido al oír estas palabras, y mucho mas sin duda al reflexionar que aquella sangre podia [ser la de M. de Mayenne.

En aquel tiempo habia escasez de tinta, pero mucha abundancia de sangre vertida, de que resultaba que muchas veces los amantes escribian á sus queridas, y los parientes á sus familias, con el liquido mas comunmente derramado.

—Señor, dijo el criado aceleradamente, ignoro si hallareis en Paris ó en sus cercanias á la señora duquesa de Montpensier; pero lo mas acertado es que os dirijais á una casa del arrabal de San Antonio que se llama Bel-Esbat y pertenece á la señora duquesa; no podeis equivocarla con otra, porque es la primera que se encuentra á mano izquierda yendo á Vincennes, pasado el convento de dominicos; indudablemente hallareis allí alguna persona que esté al servicio de la señora duquesa y sea de su intimidad, la cual pueda deciros dónde está la duquesa en este momento.

—Muy bien, dijo Ernauton comprendiendo que el criado no podia ó no queria decir mas: gracias.

—En el arrabal de San Antonio, volvió á decir el criado, todo el mundo conoce y os dará las señas de Bel-Esbat, aunque tal vez ignoren que pertenece á la señora duquesa de Montpensier, puesto que hace poco tiempo compró esta casa para retirarse á ella.

Ernauton hizo una seña con la cabeza, y volvió hácia el arrabal de San Antonio, no costándole mucho trabajo hallar, sin preguntar á nadie, aquella casa de Bel-Esbat. contigua al priorato de dominicos. Tocó la campanilla, y se abrió al punto la puerta.

—Entrad, le dijeron.

Entró, y la puerta se cerró en seguida. Cuando estuvo dentro, esperaron á que pronunciase alguna palabra de consigna; pero como se contentase con mirar á su alrededor le preguntaron lo que deseaba.

—Deseo hablar á madama la duquesa, dijo el jóven.

—¿Y por qué venis á buscar á la señora duquesa á Bel-Esbat? preguntó el criado.

—Porque el portero del palacio de Guisa me ha enviado aquí, contestó Ernauton.

—La señora duquesa no está ya en Bel-

Esbat, respondió el criado.

—En ese caso, dijo Ernauton, esperaré un momento mas propicio para evacuar el encargo que me ha dado para ella el duque de Mayenne.

—¿Para la señora duquesa?

—Para la señora duquesa.

—¿Un encargo del señor duque de Mayenne?

—Sí.

El criado reflexionó un instante.

—Señor, dijo, no puedo cargar con la responsabilidad de contestaros; pero tengo aquí un superior á quien conviene que vaya á consultar. Tened la bondad de esperar un poco.

—¡Vaya unas gentes bien servidas, cáspita! dijo Ernauton. ¡Qué orden, qué consigna, qué exactitud! En verdad que deben ser gentes muy peligrosas las que de ese modo se guardan. No se entra, no, en casa de los señores de Guisa como en el Louvre; estoy por creer que no es el verdadero rey de Francia á quien sirvo.

Mirando á su alrededor vió el patio desierto, pero abiertas todas las puertas de

las caballerizas, como si se esperase á alguna tropa que no tuviese que hacer mas que entrar y tomar posesion de sus respectivos cuartos.

Ernauton fué interrumpido en su examen por el criado, que entró seguido de otro.

—Dejadme vuestro caballo, señor, y seguid á mi camarada, dijo; vais á ver á una persona que satisfará mejor que yo vuestras preguntas.

Ernauton siguió al criado, aguardó un momento en una especie de antecámara, y poco despues volvió el criado diciendo que podia pasar adelante. Entró, pues, Ernauton en una salita inmediata, y vió una muger sencillamente vestida, pero con cierta elegancia, la cual estaba bordando sentada de espaldas á la entrada de la sala.

—Señora, aqui está el caballero que viene de parte del señor de Mayenne, dijo el lacayo.

La muger hizo un movimiento, y Ernauton lanzó un grito de sorpresa.

—¡Vos, señora! exclamó reconociendo bajo aquella tercera transformacion, á su paje

y á su desconocida de la litera.

—¡Vos! exclamó á su vez la dama dejando caer su labor y mirando á Ernauton.

Haciendo despues una seña al lacayo, dijo:

—Retiraos.

—¿Sois de la casa de la señora duquesa de Montpensier? preguntó Ernauton con sorpresa.

—Sí, contestó la desconocida; pero vos, señor, ¿como traeis aquí un mensaje de M. de Mayenne?

—Por una série de circunstancias que no podia prever, y que seria muy largo de contar, dijo Ernauton con estremada circunspeccion.

—¡Oh! sois discreto, señor, continuó la dama sonriéndose.

—Siempre que es necesario, sí, señora.

—Es que no hallo motivo para discrecion tan grande, dijo la desconocida, porque si en efecto traeis realmente un mensaje de la persona que decís....

Ernauton hizo un movimiento.

—¡Oh! no, no lo dudo pero si traeis en efecto un mensaje de la persona que decís, la cosa es bastante interesante para que ea

memoria de nuestra amistad, por efimera que sea, nos digais que mensaje es ese.

La dama empleó en estas últimas palabras toda la gracia jovial, cariñosa y seductora que puede emplear una muger linda en su súplica.

—Señora, respondió Ernauton: no me haréis decir lo que no sé.

—Y mucho menos lo que no quereis decir.

—Nada puedo contestar á eso, replicó Ernauton haciendo un saludo.

—Haced lo que gustéis respecto á las comunicaciones verbales.

—Ninguna comunicacion verbal tengo que hacer, señora; toda mi mision consiste en entregar una carta á S. A.

—Pues bien, veamos esa carta, dijo la dama desconocida alargando la mano.

—¿Esa carta? replicó Ernauton.

—¿Quereis entregárnosla?

—Señora, dijo Ernauton, creia haber tenido el honor de deciros que esa carta está dirigida á la señora duquesa de Montpensier.

—Pero ausente la duquesa, replicó la dama con impaciencia, yo soy quien la represento aquí, así pues, podeis....

—No puedo.

--¿Desconfiais de mi, señor?

—Deberia, señora, dijo el jóven con una mirada demasiado espresiva para engañarse; pero á pesar del misterio de vuestra conducta, confieso que me habeis inspirado otros sentimientos muy distintos de los que hablais.

—¿De veras? exclamó la dama ruborizándose un poco ante la mirada encendida, de fuego de Ernauton.

Este inclinó la cabeza.

—Mirad, señor mensajero, dijo sonriéndose, que me haceis una declaracion de amor.

—Sí, señora, contestó Ernauton, no sé si volveré á veros, y á la verdad es demasiado preciosa la ocasion para que la deje escapar.

—Entonces, señor, comprendo.

—¿Comprendeis que os amo, señora? En efecto, es muy fácil de comprender.

—No, comprendo por qué habeis venido aqui.

—¡Ah! señora, dijo Ernauton, yo soy ahora quien no os comprende.

—Sí, comprendo que teniendo el deseo de verme habeis tomado un pretesto para introducirnos aqui.

—¡Yo, señora, un pretesto! ¡Ah! me juzgais mal; ignoraba que pudiera veros jamás, y todo lo esperaba de la casualidad, que ya dos veces me habia arrojado en vuestro camino; pero tomar un pretesto, yo, jamás. Confieso que soy muy raro y que no pienso en nada como los demás hombres.

—¡Oh! ¡oh! ¿Decís que estais enamorado, y teneis escrúpulos sobre la manera de ver á la persona á quien amais? Hé ahí una cosa muy linda, señor, añadió la dama con cierto orgullo burlon; ya sospechaba yo que teniais escrúpulos.

—¿Y de qué, señora, teneis la bondad de decirme? preguntó Ernauton.

—El otro dia me encontrasteis cuando yo iba en litera, me conocisteis, y sin embargo, no me seguisteis.

—Mirad, señora, dijo Ernauton, que confesais haber parado la atencion en mí.

—En efecto, es peregrina la confesion que hago. ¿Por ventura no nos vimos en circunstancias que me permitian sacar la cabeza fuera de la portezuela cuando pasabais? ¿Pero qué hicisteis vos? Os alejasteis al galope, despues de haber lanzado un ¡ay! que

me hizo estremecer en el fondo de mi litera.

—Me vi obligado á alejarme, señora.

—¿Por vuestro escrúpulo?

—No, señora, por mi deber.

—Vamos, vamos, dijo riéndose la dama: veo que sois un enamorado muy racional y circunspecto, y que temeis sobretodo comprometeros.

—Aun cuando me hubiéseis inspirado ciertos recelos, señora, nada tendria de extraño, y si no, decidme: ¿es costumbre que una muger se vista de hombre, fuerce las barreras, y vaya á ver en la Greve descuartizar á un desgraciado, y esto con muchas gesticulaciones mas que incomprensibles? Decid.

La dama se puso ligeramente pálida si bien procuró ocultar su turbacion por medio de una afectada sonrisa.

Ernauton prosiguió diciendo:

—¿Es natural, en fin. que esa dama, tan pronto como ha satisfecho ese extraño placer, tema ser presa y huya como una ladrona, estando al servicio de Mme. de Montpensier, princesa poderosa, aunque esté en la córte?

La dama se sonrió también esta vez, pero con más marcada ironía, y dijo:

—Teneis poca perspicacia, señor, á pesar de vuestra pretension de buen observador, pues con poco que hubiéseis discurrido habriais hallado al punto la esplicacion de cuanto os parecia oscuro. ¿No era, pues, muy natural que la señora duquesa de Montpensier se interesára por la suerte de Salcedo, por lo que dijera, por sus revelaciones falsas ó verdaderas, con las que era muy fácil comprometer á toda la casa de Lorena? Y si esto era natural, señor, ¿lo era menos que esta princesa enviase una persona segura, íntima, en quien pudiera depositar toda su confianza, para asistir á la ejecucion, y certificar *de visu*, como se dice en los tribunales, de las menores circunstancias del suceso? Pues bien, esta persona, señor, era yo misma, la confidenta íntima de S. A. Ahora decidme, ¿creeis que podia yo entrar en París cuando todas las barreras estaban cerradas? ¿Creeis que podia presentarme en la Greve con traje de muger? ¿Creeis, en fin, que podia permanecer indiferente, puesto que conoceis mi

posicion al lado de la duquesa, á los dolores del paciente y á la veleidad de sus revelaciones?

—Decis muy bien, señora, respondió Ernauton haciendo una reverencia, y os confieso que admiro ahora tanto vuestro talento y vuestra lógica, como hace poco admiraba vuestra hermosura.

—Gracias, señor; pero puesto que ya nos conocemos y que quedan bien esplicadas las cosas entre nosotros, dadme la carta, una vez que existe la tal carta, y no es un simple pretesto.

—Imposible, señora.

La desconocida hizo un esfuerzo para no irritarse, y repitió:

—¿Conque es imposible?

—Sí, imposible, porque he jurado al duque de Mayenne no entregar esta carta sino á la misma duquesa de Montpensier.

—Decid mas bien, señor, exclamó la dama comenzando á abandonarse á su irritacion, decid mas bien que no existe semejante carta; decid que, á pesar de vuestros supuestos escrúpulos, esa carta no ha sido mas que el pretesto de vuestra entrada en

esta casa; decid que queriais verme y nada mas. En ese caso, señor, ya estais satisfecho, pues no solo habeis entrado aqui, no solo me habeis visto, sino que me habeis dicho que me adorábais.

—En eso, como en todo lo demás, señora, os he dicho la verdad.

—¡Enhorabuena! Me amais, habeis querido verme, me habeis visto, os he proporcionado un placer en cambio de un servicio. Estamos pagados. ¡Adios!

—Os obedeceré, señora, dijo Ernauton, y puesto que me despedís, me retiro.

Esta vez la dama se retiró de veras, y exclamó:

—¡Pardiez! Si vos me conoceis á mi yo no os conozco. ¿No es esto tener demasiadas ventajas sobre mí? ¡Ah! ¿Creeis que basta entrar bajo un pretesto cualquiera en casa de una princesa, porque estais en casa de Mme. Montpensier, y decir: "¿he vencido en mi perfidia, y me retiro?" ¡Ah! Señor, no es este rasgo propio de un hombre galante.

—Paréceme, señora, dijo Ernauton, que calificais con demasiada dureza lo que álo

sumo sería solo una supercheria de amor, si no fuera, como ya he tenido el honor de deciroslo, asunto de la mas alta importancia y de la mas estricta verdad. No quiero rechazar vuestras duras espresiones, señora, y olvido absolutamente cuanto de afectuoso y tierno haya podido deciros, puesto que tan mal dispuesta os hallais con respecto á mí; pero no saldré de aquí bajo el peso de las injustas inculpaciones que me haceis. Tengo, en efecto, una carta de M. de Mayenne para entregarla á la duquesa de Montpensier, y esa carta, miradla, está escrita de su mano, como podeis ver por el sobre.

Ernauton alargó la carta á la dama, pero sin soltarla.

La desconocida fijó en aquella la vista y exclamó:

—¡Su letra! ¡Sangre!

Ernauton, sin contestar nada, volvió á guardarse la carta en el bolsillo, saludó con su cortesía habitual, y pálido y llevando la muerte en el corazon, se dirigió hácia la puerta de la sala.

La dama corrió trás él, y como á otro

José, le cojió de la capa.

—¿Qué es esto, señora? dijo Ernauton.

—Por piedad, señor, exclamó la dama, perdonadme. ¿Le ha sucedido alguna desgracia al duque?

—Que perdone, ó no, señora, dijo Ernauton, es igual; en cuanto á la carta, puesto que pedis perdon por leerla, y solo Mme. de Montpensier la leerá...

—¡Oh! ¡Qué insensato eres! exclamó la duquesa con un furor lleno de magestad. ¿No me conoces, no adivinas quién soy, no ves brillar aquí mas que los ojos de una humilde criada? Yo soy la duquesa de Montpensier; entrégame esa carta.

—¡Sois la duquesa! exclamó Ernauton retrocediendo con asombro.

—La misma. Ea, dame esa carta. ¿No ves que estoy impaciente por saber lo que ha sucedido á mi hermano?

Pero en lugar de obedecer, como esperaba la duquesa, Ernauton, vuelto de su primera sorpresa, se cruzó de brazos y dijo:

—¿Cómo quereis que crea en vuestras palabras, cuando ya me habeis mentido dos veces?

Aquellos ojos, que la duquesa habia ya invocado en apoyo de sus palabras, lanzaron dos rayos mortales, pero Ernauton soportó con valor su fuego.

—¿Dudais todavía, necesitais pruebas cuando yo afirmo? exclamó la dama en tono imperioso y rasgando con sus uñas sus puños de encajes.

—Si, señora, respondió Ernauton friamente.

La desconocida se precipitó hacia una plancha de metal que servia para llamar y casi la rompió con el furioso golpe que descargó sobre ella; su vibracion resonó largo rato por todas las habitaciones, y antes que hubiese cesado, se presentó un lacayo.

—¿Qué manda la señora? preguntó.

La desconocida golpeó el suelo con el pié llena de furor, y dijo:

—Mayneville, llamo á Mayneville. ¿No está en casa?

—Si, señora.

—Pues bien, que venga al punto.

El criado salió de la estancia, y un minuto despues entró Mayneville precipitadamente y dijo:

—Señora, estoy á vuestras órdenes.

—¡Señora! ¿Y desde cuando me llamo simplemente señora? exclamó la duquesa desesperada.

—Estoy á las órdenes de V. A., replicó Mayneville haciendo un reverente saludo y lleno de asombro.

—Está bien, dijo Ernauton: puesto que tengo enfrente de mí á un hidalgo, si me falta á la verdad sabré á lo menos con quien he de habérmelas.

—¿Cónque al fin creéis? dijo la duquesa.

—Sí, señora, creo, y en prueba de ello tomad la carta.

Diciendo así, y haciendo una reverencia, entregó á Mme. de Montpensier aquella carta por tanto tiempo disputada.



CAPITULO XI.

LA CARTA DE M. DE MAYENNE.

LA duquesa se apoderó de la carta, la abrió y leyó ávidamente, sin tratar siquiera de disimular las impresiones que se sucedian en su fisonomia como las nubes en el fondo de un cielo borrascoso.

Cuando acabó de leerla, se la dió á Mayneville, no menos inquieto que ella: el contenido de esta carta era el siguiente:

"Hermana mia, he querido hacer por mí mismo el oficio de capitán ó de maestro de armas, y he sido castigado.

"He recibido una buena estocada de la mano del picaro que ya sabes, y con quien hace mucho tiempo tengo cuentas pendientes. Lo peor de todo es que me ha matado cinco hombres, entre ellos Boularon y Desnoises, es decir, dos de mis mejores soldados, despues de lo cual se ha huido.

"Preciso es decir que le ayudó mucho en esta victoria el portador de la presente, jóven encantador, como podrás ver: te lo recomiendo: es la misma discrecion.

"Espero que apreciarás debidamente el mérito que ha contraido con nosotros, impidiendo que mi vencedor me cortára la cabeza, de que tenia muchas ganas desde que me arrancó la máscara, cuando estaba desmayado y me reconoció.

"Este caballero tan discreto, hermana mia, no ha querido decirme su nombre; por lo tanto, te encargo que hagas lo posible por averiguar cómo se llama, y cuál es su profesion, pues te confieso que, á pesar del interés que me inspira, me parece sospechoso. A todas mis ofertas de servicio se ha contentado con responder que el amo á quien sirve no le deja carecer de nada.

"No puedo decirte mas respecto de él, pues te digo todo cuanto sé: él dice que no me conoce. Infórmate bien de esto.

"Siento muchos dolores; pero creo que no corre peligro mi vida. Enviame pronto mi cirujano; me hallo como un caballo tendido sobre la paja. El portador te dirá el sitio.

"Tu apasionado hermano.

MAYENNE."

Terminada la lectura de la carta, la duquesa y sa Mayneville se miraron tan asombrados el uno como la otra.

La duquesa rompió la primera aquel silencio, que hubiera acabado por ser mal interpretado de Ernauton.

—¿A quién, preguntó la duquesa, debemos el señalado favor que nos habeis hecho, señor?

—A un hombre que siempre que puede socorre al mas débil contra el mas fuerte.

—¿Quereis darme algunos pormenores, señor? insistió Mme. de Montpensier.

Ernauton contó todo cuanto sabia, é in-

dicó el retiro del duque. Mme. de Montpensier y Mayneville le escucharon con un interés fácil de comprender.

En seguida, cuando el jóven terminó su relacion, preguntó la duquesa:

—¿Puedo esperar, señor, que continuareis la obra que tan bien habeis empezado, y que entrareis en el servicio de nuestra casa?

Estas palabras, pronunciadas en ese tono gracioso que la duquesa sabia adoptar siempre que era necesario, encerraban un sentido muy lisonjero despues de la confesion que Ernauton habia hecho á la dama de honor de la duquesa; pero el jóven, dejando á un lado todo amor propio, redujo estas palabras á su significacion de pura curiosidad.

No se le ocultaba que declarar su nombre y sus cualidades era abrir los ojos á la duquesa sobre las consecuencias de aquel acontecimiento. Adivinaba ademas que el rey, al proporcionarle una regular conveniencia en pago de la revelacion del sitio en que residia la duquesa, tenia otra cosa en mientes que una simple noticia.

Así pues, luchaban en él dos intereses; como enamorado, podía sacrificar el uno, como hombre honrado, no podía abandonar el otro.

La tentación debía ser tanto más fuerte, cuanto que confesando la posición que ocupaba cerca del rey, ganaba una enorme importancia á los ojos de la duquesa, y en verdad que no era mezquina consideración para un jóven que venia directamente de Gascuña ser importante para una duquesa de Montpensier. De seguro Sainte-Maline no hubiera resistido ni un segundo á semejante tentación.

Todas estas reflexiones asaltaron la mente de Carmainges; pero no ejercieron en ella otra influencia que hacerle algo más orgulloso, es decir, algo más fuerte. Por lo demás, bastábale ser alguna cosa en aquellos momentos en que al parecer lo habían tomado por juguete.

La duquesa, entretanto, esperaba la respuesta á esta pregunta que le había dirigido: "¿estais dispuesto á entrar en el servicio de nuestra casa?"

—Señora, dijo Ernauton, ya he tenido

el honor de decir á M. de Mayenne que mi amo es un amo muy bueno, y me dispensa, segun la manera con que me trata, de buscar otro mejor.

—Mi hermano me dice en su carta que habeis manifestado no conocerle. ¿Como, pues, no habiéndole conocido os habeis servido aqui de su nombre para penetrar hasta mi?

—Como me pareció que M. de Mayenne deseaba conservar su incógnito, crei que no debia conocerle, y en efecto, no dejaba de ofrecer inconveniente el que los campesinos en cuya casa se ha hospedado supieran á qué ilustre herido daban hospitalidad; mas como aqui no existia ya ese inconveniente, y antes por el contrario el nombre de M. de Mayenne podria abrirme camino hasta vos, no he vacilado en invocarlo, creyendo que tanto en este caso como en el otro he obrado con honradez y galanteria.

Mayneville miró á la duquesa como para decirle:

—Astuto es el mozo.

La duquesa comprendió perfectamente, y

miró á Ernauton sonriéndose.

—Nadie saldria mejor de una mala pregunta, dijo; y confieso que sois hombre de mucho talento.

—No veo ese talento en lo que he tenido el honor de deciros, señora, respondió Ernauton.

—En fin, señor, dijo la duquesa con cierta impaciencia, lo que veo de mas claro en todo eso es que no quereis decir nada. Sin duda no reflexionais que el agradecimiento es una carga pesada para quien lleva mi nombre; que soy mujer que por dos veces me habeis hecho servicios importantes, y que si yo quisiera saber vuestro nombre, ó mas bien, quien sois...

—No dudo, señora, que podeis saber todo eso facilmente; pero lo sabreis por conducto de otra persona, y yo nada habré dicho.

—Tiene razon, dijo la duquesa fijando en Ernauton una mirada que si este la hubiese recojido en toda su espresion le hubiera causado mas placer que ninguna otra de cuantas pudieron lisonjearle en su vida. Asi pues, sin ambicionar nada mas, y seme-

jante al buen bebedor que se levanta de la mesa cuando cree haber bebido el mejor vino de la comida, Ernauton saludó y pidió su permiso á la duquesa para retirarse.

—¿Es esto todo lo que teneis que decirme? preguntó la duquesa.

—He desempeñado mi comision, replicó el jóven, y no me queda otra cosa sino presentar á V. A. mis humildes respetos.

La duquesa le siguió con la vista sin devolverle el saludo, y cuando se cerró la puerta exclamó dando una patada en el suelo:

—Mayneville, haced que sigan á ese jóven.

—Imposible, señora, respondió este; toda nuestra gente está en movimiento; yo mismo estoy á la expectativa: mal dia es este para hacer otra cosa que la que hemos decidido hacer.

—Teneis razon, Mayneville; conozco que estoy loca, pero mas tarde...

—¡Oh! mas tarde es otra cosa; entonces se podrá hacer todo como gusteis.

—Si, porque presiento lo que mi hermano: ese mozo es sospechoso.

—Sospechoso ó no, replicó Mayneville,

es un jóven valiente y honrado, y gente de estas circunstancias son muy raras en el dia. Preciso es confesar que tenemos mucha fortuna, pues cuando menos lo esperábamos viene á prestarnos semejante servicio un extranjero, un hombre desconocido.

—No importa, no importa, Mayneville, si nos vemos obligados á abandonarle en este momento, vigiladle á lo menos mas adelante.

—Mas adelante, señora, dijo Mayneville, no tendremos necesidad de vigilar á nadie.

—Vamos, decididamente no sé lo que digo esta tarde; teneis razon, Mayneville: pierdo la cabeza.

—Permitido es á un general como vos, señora, estar distraido la vispera de una accion decisiva.

—Verdad es; pero la noche se echa encima, Mayneville, y el Valois vuelve de Vincennes á la noche.

—¡Oh! tenemos todavia tiempo; no son las ocho, señora, y ademas, no ha llegado aun nuestra gente.

—¿Todos saben bien la consigna, no es verdad?

—Todos.

—¿Son personas seguras?

—Esperimentadas, señora.

—¿Como vienen?

—Aislados, como paseantes.

—¿Cuántos esperais?

—Cincuenta, mas de los que se necesitan; ademas de estos cincuenta hombres, tenemos doscientos frailes que valen por otros tantos soldados, si es que no valen mas.

—Tan pronto como lleguen nuestros hombres haced formar en el camino á vuestros frailes.

—Ya están prevenidos, señora: interceptarán el camino, los nuestros empujarán el coche sobre ellos, la puerta del convento estará abierta, y no habrá que hacer mas que cerrarla cuando el carruaje esté dentro.

—Vamos, pues, á cenar, Mayneville: esto nos hará pasar el tiempo. Es tal la impaciencia que tengo, que quisiera adelantar la aguja del péndulo.

—La hora llegará, estad tranquila.

—¿Pero nuestros hombres, nuestros hombres?

—Aquí estarán á la hora designada; apenas acaban de dar las ocho; todavía no perdemos tiempo.

—Mayneville, Mayneville, mi pobre hermano me encarga que le envíe su cirujano; el mejor cirujano, el mejor tónico para la herida de Mayenne, sería una mecha de los cabellos del Valois tonsurado, y el hombre que semejante presente le llevase, podía estar seguro de que le llevaba la suprema felicidad.

—Dentro de dos horas, señora, partirá ese hombre á ver á nuestro querido duque en su retiro, y saliendo de Paris como fugitivo, volverá como triunfador.

—Una palabra mas, Mayneville, dijo la duquesa parándose en el umbral de la puerta.

—Hablad, señora.

—¿Están prevenidos nuestros amigos de Paris?

—¿Qué amigos?

—Los de la liga.

—Guárdeme Dios de semejante cosa, señora; porque avisar á un vecino es tocar la campana mayor de Nuestra Señora. Pensad en que, dado el golpe, tenemos que despachar, antes que nadie sepa nada, hasta cincuenta correos, y entonces el prisionero estará en

seguridad en el claustro; entonces podremos defendernos contra su ejército. Si entonces es necesario, nada arriesgaremos ya, y podremos gritar sobre el techo del convento. "¡El Valois está en nuestro poder!"

—Veo que sois sobrado hábil y prudente, Mayneville, y con razon os llama el Bearnés director de la liga. Tambien yo pensaba hacer lo que acabais de decir, pero estaba confusa.—¿Sabeis, Mayneville, que es grande mi responsabilidad, y que jamás, en ningun tiempo, mujer alguna habrá emprendido y acabado una obra semejante á la que yo medito?

—Bien lo sé, señora, y por lo mismo me estremezco al aconsejaros.

—En fin, reasumamos, dijo la duquesa con aire de autoridad: ¿los frailes llevan armas debajo de los hábitos?

—Sí, señora.

—¿Nuestra gente está ya en camino?

—Debe estarlo á estas horas.

—¿El pueblo lo sabrá despnes de darse el golpe?

—Es negocio de tres correos; en diez minutos llegará el aviso á Lachapelle-Mar-

teau, Brigard y Bussy Leclerc, y estos por su parte avisaran á los demas.

—Ante todas cosas que mueran aquellos dos badulaques que vimos pasar al estribo del coche; hecho esto, contaremos despues el suceso como mas convenga á nuestros intereses.

—¡Matar á esos pobres diablos! exclamó Mayneville. ¿Creeis que sea necesario matarlos, señora?

—¿Loignac? ¡Gran pérdida!

—Es un soldado valiente.

—Un picaro afortunado, como ese otro galafate que cabalgaba á la izquierda del coche con sus ojos de candela y su piel negra.

—¡Oh! en cuanto á ese tendria menos repugnancia; no le conozco, y por otra parte, soy de vuestro parecer, señora, tiene una cara muy mala.

—¿Luego me lo abandonais? dijo la duquesa riendo.

—¡Oh! de muy buena gana, señora.

—Muchas gracias.

—Yo, señora, no discuto; lo que digo es siempre por vuestra honra y por la mo-

ralidad del partido que representamos.

—Está bien, está bien. Mayneville, ya se sabe que sois un hombre virtuoso y se os firmará el certificado, si es necesario. No hay para qué mezclaros en este negocio: ellos habrán defendido al Valois y morirán defendiéndole. Solo os recomiendo á ese jóven.

—¿Qué jóven?

—El que acaba de salir de aquí; mirad si en efecto ha partido, no sea algun espía enviado por nuestros enemigos.

—Señora, dijo Mayneville, estoy á vuestras órdenes.

Y dirigiéndose al balcon, entreabrió las persianas, asomó la cabeza y procuró ver hácia afuera.

—¡Oh, que noche tan oscura! exclamó.

—Buena, escelente noche, replicó la duquesa; cuanto mas oscura mejor; asi pues, ánimo, mi capitán.

—Sí, pero no veremos nada, señora, y sin embargo os importa mucho ver.

—Dios, cuyos intereses servimos, vé por nosotros, Mayneville.

Este, que al parecer no era tan confia-

do como Mme. de Montpensier en la intervencion de Dios en negocios de este género, volvió á asomarse al balcon, y mirando de la manera que podia hacerlo en la oscuridad, permaneció inmóvil.

—¿Veis pasar gente? preguntó la duquesa, apagando las luces por precaucion.

—No, pero oigo pasos de caballos.

—Ea, ellos son, Mayneville: todo vá bien.

Y la duquesa miró si llevaba todavia colgado á la cintura el famoso par de tijeras de oro que tan gran papel debia representar en la historia.



CAPITULO XII.

DE COMO DON MODESTO GORENFLOT BENDICE
AL REY A SU PASO POR DELANTE DEL
PRIORATO DE LOS JACOBINOS.

URNAUTON salió con el corazón oprimido, pero con la conciencia tranquila, puesto que había tenido la singular dicha de declarar su amor á una princesa y hacer olvidar con la conversacion importante que se suscitó inmediatamente aquella declaracion, que olvidada, á lo menos por el pronto, no podia perjudicarlo en lo presente, y acaso sería provechosa en el porvenir.

No se limitó á esto su suerte, pues ha-

bia logrado no comprometer al rey, ni á M. de Mayenne, ni á si mismo, tolo lo cual era motivo mas que suficiente para tranquilizarle, si bien deseaba todavia otras muchas cosas, y entre ellas volver pronto á Vincennes para informar al rey, y en seguida acostarse y soñar, porque soñar es la suprema felicidad de los hombres de accion y el único reposo que se permiten.

Así pues, apenas se halló fuera de Bell-Esbat metió espuelas al caballo; pero aun no habia corrido cien pasos al galope de aquel compañero tan experimentado hacia algunos dias, cuando se vió interrumpido repentinamente en su carrera por un obstáculo que sus ojos, deslumbrados por la luz de Bel-Esbat, y todavia mal habituados á la oscuridad, no habian podido percibir y no podian calcular.

Este obstáculo no era ni mas ni menos que un cuerpo de caballería que, estendido en dos alas y cerrándose hácia el medio del camino por ambos lados, le rodearon y le pusieron al pecho media docena de espadas y otras tantas pistolas y dagas, lo cual era demasiado para un hombre solo.

—¡Oh! ¡oh! exclamó Ernauton, ¿qué es esto? ¿Se roba en el camino á una legua de la capital? Reniego de semejante país. Muy mal preboste tiene el rey: yo le aconsejaré que tome otro.

—Silencio, dijo una voz que Ernauton creyó reconocer; vengan pronto vuestra espada y vuestras armas.

Un hombre tomó la brida del caballo y otros desarmaron á Ernauton.

—¡Diablo! esta gente sabe tomar bien sus precauciones, dijo Ernauton en voz baja.

Y volviéndose despues á los que le detenian dijo:

—Señores, á lo menos me hareis el favor de decirme...

—¡Pardiez! Es M. de Carmainges, dijo el salteador principal, el mismo que acababa de quitar la espada á Ernauton y que aun tenia en la mano.

—¡Señor de Pincorney! exclamó Ernauton. ¡Oh! ¿Cómo os habeis dedicado á tan villano oficio?

—He dicho silencio, repitió el jefe que se hallaba á pocos pasos de distancia; conducid á ese hombre al depósito.

—Pero, señor de Sainte-Maline, dijo Perducas de Pincorney, este hombre que acabamos de prender...

—¿Qué?

—Es nuestro compañero M. Ernauton de Carmainges.

—¡Ernauton aquí! exclamó Sainte-Maline pálido de cólera. ¿Qué hace aquí?

—Buenas noches, señores, dijo Carmainges tranquilamente; confieso que no creía hallarme en tan buena compañía.

Sainte-Maline permaneció mudo.

—Parece que se trata de prenderme, continuó Ernauton, pues no presumo que queráis robarme.

—¡Diablo! ¡diablo dijo gruñendo Sainte-Maline: el suceso no estaba previsto.

—Por mi parte os juro que no lo estaba, dijo Carmainges riéndose.

—Es un verdadero apuro... Pero en fin, sepamos que haciais en el camino

—Si os hiciera yo esa pregunta, señor de Sainte Maline, ¿me contestaríais?

—No.

—En ese caso permitidme que obre como vos obraríais.

—¿Conque no quereis decir lo que haciais en el camino?

Ernauton se sonrió, pero no respondió.

—¿Ni á dónde ibais?

El mismo silencio.

—Entonces, señor, dijo Sainte-Maline, puesto que no os esplicais, me veo obligado á trataros como á un hombre vulgar.

—Haced lo que gustéis, señor; solo os advierto que responderéis de lo que hayais hecho.

—¿A M. de Loignac?

—A persona mas alta.

—¿A M. de Epernon?

—Mas alta que eso todavía.

—Euhorabuena; yo tengo mi consigna, y voy á enviaros á Vincennes.

—Que me place; precisamente allí me dirigía, señor.

—Me alegro mucho, dijo Sainte-Maline, de que este corto viaje esté conforme con vuestras intenciones.

Dos hombres, pistola en mano, se apoderaron al punto del prisionero, que condujeron y entregaron á otros dos hombres colocados á quinientos pasos de los prime-

ros. Estos hicieron lo mismo, Ernauton pudo así, hasta hallarse en el mismo patio del castillo, disfrutar del placer de verse constantemente entre sus camaradas.

En este patio vió Carmainges cincuenta ginetes desarmados, que, pálidos y cabizbajos, rodeados por ciento cincuenta caballos lijeros que venian de Nogent y de Brie, deploraban su mala estrella, y esperaban un desenlace fatal de una empresa tan bien comenzada.

Todos estos hombres habian sido cogidos por nuestros famosos Cuarenta y Cinco, que de aquel modo habian inaugurado sus funciones, empleando unas veces la astucia y otras la fuerza; tan pronto uniéndose diez contra dos ó tres, tan pronto aproximándose amistosamente á los que tenian por terribles y presentándoles á quema ropa la pistola, cuando los otros creian encontrar simplemente á camaradas y recibir de su parte alguna muestra de su cortesania.

Resulta, pues, de esto que no se habia dado ni un combate, ni proferido un grito, y que en un encuentro de ocho contra veinte, un jefe de la liga que habia llevado la

mano á su puñal para defenderse y abierto la boca para gritar, habia sido casi ahogado y escamoteado por los Cuarenta y Cinco con la agilidad que emplea la tripulacion de un buque en largar un cable entre los dedos de una cadena de hombres.

Mucho hubiera alegrado á Ernauton semejante cosa si lo hubiera conocido; pero veia y no comprendia, lo cual no dejó de amargar algun tanto su existencia durante diez minutos. Sin embargo, luego que reconoció á todos los prisioneros á quienes se le agregaba, dijo á Sainte-Maline:

—Señor, veo que os habiais hecho cargo de la importancia de mi mision, y que, á fuer de galante compañero, temiendo sin duda que tuviese yo algun mal encuentro, os dignasteis darme una escolta; en efecto, puedo ya deciroslo, teniais mucha razon: el rey me espera y tengo que decirle cosas muy importantes. Añadiré tambien que, como sin vos no hubiera llegado probablemente, tendré el honor de decir al rey lo que habeis hecho por su mejor servicio.

Sainte-Maline se ruborizó como antes habia palidecido; pero comprendió como homa-

bre perspicaz que era cuando no le cegaba alguna pasión, que Ernauton decia verdad y que le esperaban; sabiendo por otra parte que nadie se burlaba de los señores de Loignac y de Epernon, se contentó con responder:

—Etais en libertad, señor Ernauton, y me alegro haberos prestado el servicio que decís.

Ernauton se lanzó fuera de la silla y subió á la escalera que conducia á la cámara del rey:

Sainte-Maline le habia seguido con la vista, y á la mitad de la escalera pudo ver á Loignac que recibia á M. de Carmainges y le hacia señas que continuase su camino.

Loignac bajó la escalera; venia á proceder al despojo de la presa.

Resultaba, pues, y Loignac fué quien aprobó el hecho, que el camino, libre ya, merced al arresto de los cincuenta hombres, lo estaria hasta el dia siguiente, puesto que habia pasado la hora en que aquellos cincuenta hombres debian hallarse reunidos en Bell-Esbat.

Así pues, la vuelta del rey á París no

ofrecia peligro alguno; pero Loignac contaba sin la huéspeda, es decir, sin el convento de los jacobinos y sin la artillería y la mosquetería de los reverendos padres, de todo lo cual estaba Epernon perfectamente informado por Nicolás Poulain, de modo que cuando Loignac vino á decir á su jefe.

—Señor, los caminos están libres, replicó el duque:

—Está bien. La órden del rey es que los Cuarenta y Cinco se dividan en tres pelotones: uno marchará delante y otro á cada lado de las portezuelas, pero advirtiéndole que el peloton ha de ir muy apretado para que el fuego, si lo hay por casualidad, no llegue al coche.

—Muy bien, respondió Loignac con la impasibilidad del soldado; pero en cuanto al fuego, como no veo mosquetes, no preveo los mosquetazos.

—Al pasar por el convento mandad estrechar las filas, dijo Epernon.

Este diálogo fué interrumpido por el movimiento que habia en la escalera. Era el rey que bajaba dispuesto á marchar: seguíanle algunos gentiles hombres, entre los cua-

les reconoció Sainte-Maline con disgusto á Ernauton de Carmainges.

—Señores, preguntó el rey, ¿están ya reunidos mis bravos Cuarenta y Cinco?

—Si, señor, dijo Epernon mostrándole un grupo de soldados que se percibía confusamente debajo de las bóvedas.

—¿Están dadas las órdenes?

—Y serán cumplidas, señor.

—Entonces partamos, dijo S. M.

Loignac mandó toear botasilla, y habiéndose pasado lista en voz baja, se vió que estaban reunidos todos los Cuarenta y Cinco; ni uno solo faltaba.

Confióse á los caballos ligeros el cuidado de aprisionar á los soldados de Mayneville y de la duquesa, con prohibicion esplicita, pena de muerte, de dirigirles una sola palabra.

El rey subió á su coche y colocó á un lado su espada desvainada. El duque, después de echar unos cuantos votos y juramentos, se puso á probar si la suya jugaba bien en la vaina.

En aquel momento dieron las nueve en el palacio y la tropa se puso en marcha.

Una hora despues de la partida de Ernauton aun estaba M. de Mayneville asomado al balcon, desde donde le hemos visto intentar, aunque inutilmente, seguir los pasos del jóven en medio de la oscuridad de la noche; empero pasada aquella hora, se sintió menos tranquilo, y sobre todo, algo mas inclinado á esperar el socorro de Dios, porque comenzaba á creer que le faltaba el de los hombres.

Ni uno solo de sus soldados habia parecido; el camino, silencioso y negro, resonaba solamente á grandes intervalos con el ruido de algunos caballos que se dirigian á toda brida á Vincennes. Al oir este ruido, M. de Mayneville y la duquesa se desojaban mirando en la oscuridad, queriendo reconocer á su gente, adivinar parte de lo que pasaba ó saber la causa de aquella tardanza; pero estinguido aquel ruido, todo volvía á quedar en el mismo silencio.

Aquel va y viene perpétuo, sin resultado alguno, acabó por inspirar á Mayneville tal inquietud, que mandó montar á caballo á uno de los criados de la duquesa con órden de informarse del primer peloton que encontrase.

El mensajero partió, pero no habia vuelto, viendo lo cual la impaciente duquesa, envió otro, que tampoco regresó.

—Nuestro oficial, dijo entonces la duquesa, siempre dispuesta á ver las cosas por el lado bueno, nuestro oficial habrá temido no tener bastante gente, y guarda como refuerzo á cuantos le enviamos, medida que, aunque prudente, nos pone en cuidado.

—Sí, señora, con mucho cuidado, respondió Mayneville, que no apartaba la vista del horizonte profundo y oscuro.

—Mayneville, ¿qué puede haber sucedido?

—Voy yo mismo á montar á caballo, y lo sabremos, señora, dijo Mayneville haciendo un movimiento para salir.

—Os lo prohibo, exclamó la duquesa deteniéndele. ¿Quién se quedaria á mi lado? ¿Quién conoceria á todos nuestros oficiales, á todos nuestros amigos, cuando llegase el momento? No, no, quedaos, Mayneville; cuando se trata de un secreto importante como el nuestro, la imaginacion forja mil quimeras y aprensiones muy naturales; pero estando tan bien combinado el plan, y sobre

todo, habiéndose guardado sobre él tan profundo sigilo, no debemos dudar de su buen resultado.

—Las nueve, dijo Mayneville respondiendo á su propia impaciencia mas bien que á las palabras de la duquesa: mirad á los frailes que salen de su convento y se forman á lo largo de las tapias del patio; tal vez tengan algun aviso particular.

—¡Silencio! exclamó la duquesa estendiendo la mano hácia el horizonte.

—¿Qué?

—¡Silencio! ¡escuchad!

Comenzaba á oirse á lo léjos cierto ruido sordo semejante al del trueno.

—¡Es la caballeria! exclamó la duquesa. ¡Nos lo traen, nos lo traen!

Y pasando, segun su carácter arrebatado, de la mas cruel zozobra á la mas loca alegría, se puso á palmotear gritando:

—¡Ya le tengo! ¡ya le tengo!

Mayneville siguió escuchando y dijo al cabo de un rato:

—Sí, sí, es el ruido de un coche y de caballos que vienen al galope.

En seguida se puso á mandar en voz alta:

—¡Fuera de las tapias, padres, fuera de la tapias!

Abrióse al punto precipitadamente la gran reja del priorato, y salieron en muy buen orden los cien frailes armados, á cuya cabeza marchaba Borrromeo.

Luego que se situaron al través del camino se oyó la voz de Gorenflot que gritaba:

—¡Esperadme! ¡esperadme! Importa que me ponga á la cabeza de la orden para recibir dignamente á S. M.

—¡En el balcon, señor prior, en el balcon! esclamo Borrromeo, puesto que debeis dominarnos á todos. La Sagrada Escritura dice: "¡Los dominarás como el cedro domina al hisopo!"

—¡Es cierto, dijo Gorenflot, es cierto; me habia olvidado de que habia escogido este puesto; pero afortunadamente ahí estais vos para recordármelo, hermano Borrromeo.

—Este dió una orden en voz baja, y al punto cuatro hermanos, so pretesto de honor y ceremonia, fueron á acompañar al digno prior á su balcon.

Pronto el camino, que hacia un recodo á cierta distancia del priorato, se vió ilu-

minado con multitud de antorchas, merced á las cuales la duquesa y Mayneville pudieron ver relucir corazas y espadas.

No pudiendo aquella contenerse gritó:

—Bajad, Mayneville, y traedme lo atado y bien esceltado ¿lo entendéis?

—Sí, sí, señora, dijo Mayneville distraído; pero una cosa me inquieta.

—¿Cual?

—No oigo la señal convenida.

—¿Qué falta hace la señal si ya le han cojido?

--Pero no debían prenderlo hasta aquí, delante del priorato, insistió Mayneville.

--Habrán hallado mas lejos mejor ocasion.

--No veo á nuestro oficial.

--Yo si le veo.

—¿Donde?

--Aquel plumero rojo.

—¡Diablo!

—¿Qué?

--¡Aquel plumero encarna lo!

—¿Y qué?

--¡Es M. de Epernon! M. de Epernon, espada en mano.

--Le han dejado su espada.

--¡Voto á cribas! Viene mandando.

—¿A los nuestros? ¿Luego ha habido traicion?

--¡Ah! Señora, no son los nuestros.

--¿Estais loco, Mayneville?

En aquel momento Loignac, que venia á la cabeza del primer peloton de los Cuarenta y Cinco blandiendo una gran espada, gritó:

--¡Viva el rey!

--¡Viva el rey! respondieron con su formidable acento gascon los Cuarenta y Cinco.

La duquesa se puso pálida, y estuvo á punto de desmayarse.

Mayneville echó mano á la espada creyendo que aquellos hombres invadirian al pasar la casa.

La comitiva seguia avanzando como un torbellino de ruido y de luz. Habia ya pasado á Bell-Esbat, é iba á llegar al priorato.

Borromeo dió tres pasos adelante, y Loignac dirigió su caballo hácia aquel fraile, que parecia, con su hábito de buriel, ofrecerle el combate; pero Borromeo, como hombre reflexivo, vió que todo estaba perdido, y tomó al punto su partido.

—¡Paso, paso! gritó rudamente Loignac: ¡paso al rey!

Borromeo, que habia sacado su espada de bajo de su hábito, volvió á envainarla y esconderla.

Gorenflot, electrizado por los gritos y por el ruido de las armas, deslumbrado por la luz de las antorchas, estendió su diestra poderosa, y estirando sus dedos indice y cordial, bendijo al rey desde lo alto de su balcon.

Enrique, asomado á la portezuela, le vió y saludó sonriendo.

Esta sonrisa, prueba auténtica del favor que el digno prior de los jacobinos gozaba en la córte, electrizó á Gorenflot de tal suerte, que entonó tambien un ¡Viva el rey! con fuerza de pulmones capaz de levantar los arcos de una catedral.

Pero el resto del convento permaneció mudo, lo cual no era de extrañar, puesto que esperaba otra solucion á aquellos dos meses de ejercicios y á aquel armamento que habia sido su consecuencia; mas Borromeo, como buen veterano, habia calculado con una rápida ojeada el número de los de-

fensores del rey y reconocido su continente guerrero. Por otra parte, la ausencia de los partidarios de la duquesa revelaba la suerte fatal de la empresa, y conoció que vacilar en someterse sería perderlo todo. Así pues, no vaciló, y en el momento en que el caballo de Loignac iba á chocar con él, gritó: ¡Viva el rey! con voz casi tan sonora como acababa de hacerlo Gorenflot.

Entonces la comunidad toda gritó: ¡Viva el rey! agitando sus armas.

Gracias, reverendos padres, gracias, contestó Enrique.

En seguida pasó por delante del convento, que debia ser el término de su carrera, como un torbellino de fuego, de ruido y de gloria, dejando trás sí á Bell-Esbat en la oscuridad.

La duquesa entre tanto desde lo alto de su balcon, y oculta por el escudo de hierro dorado detrás del cual habia caido de rodillas, veia, iinterrogaba, devoraba cada uno de los rostros en que las antorchas reflejaban su luz centellante.

—¡Ay, exclamó señalando á uno de la escolta, mirad, mirad, Mayneville!

Este gritó á su vez:

—¡El mensajero del duque de Mayenne al servicio del rey!

—¡Estamos perdidos! dijo la duquesa.

—Es preciso huir, y pronto, señora, dijo Mayneville: vencedor hoy, el Valois abusará mañana de su victoria.

—¡Hemos sido vendidos! exclamó la duquesa; ¡ese jóven nos ha vendido! ¡Lo sabía todo!

El rey estaba ya lejos; habia ya desaparecido con toda su escolta por la puerta de San Antonio, que se abrió al aproximarse, y se cerró en seguida.



CAPITULO XIII.

DE COMO CHICOT BENDICE AL REY LUIS XI
POR HABER INVENTADO LA POSTA, Y
RESUELVE APROVECHARSE DE ESTA
INVENCION.

CHICOT, que con la debida vénia de nuestros lectores volvemos á presentar en escena, Chicot, despues del descubrimiento importante que acababa de hacer al desatar los cordones de la máscara de M. de Mayenne, opinó prudentemente que no dbeia perder un solo momento en ponerse á salvo de las consecuencias de aquella aventura, que no tardaria en ser divulgada.

Por otra parte, como se comprende muy bien, el combate que tendria que sostener ya en lo sucesivo con el duque no podia menos de ser un combate á muerte; pues herido este menos dolorosamente en su carne que en su amor propio, y que á los antiguos cintarazos dados con la vaina tenia ya que agregar la reciente estocada, era de todo punto imposible que perdonara jamás tamaña afrenta.

—¡Ea! ¡ea! exclamó el buen gascon, precipitando su carrera hácia la parte de Beaugency, esta es la ocasion de hacer correr sobre los caballos de posta el dinero reunido de esos tres ilustres personajes que se llaman Enrique de Valois, D. Modesto Goufflot y Sebastian Chicot.

Hábil como era en revestirse, no solo de todos los sentimientos, sino tambien de todas las condiciones, tomó en aquel mismo momento el aire de un gran señor, como habia tomado en situaciones menos precarias el aire de un honrado ciudadano. Así, jamás principe alguno fué servido con mas celo como maese Chicot cuando vendió el caballo de Ernauton y habló un cuarto de

hora con el maestro de postas.

Apenas se vió dentro de la silla resolvió no parar hasta hallarse en lugar seguro, y galopó con toda la velocidad que podían permitirle los treinta caballos que mudó en las sesenta leguas de camino, devoradas en veinte horas, sin que en todas ellas experimentase Chicot la menor fatiga, ni mas ni menos que si fuese hecho de acero.

Cuando, gracias á esta rapidéz, llegó en tres dias á Burdeos, juzgó que le era permitido tomar un poco de aliento.

Como el que galopa no puede pensar, si bien no puede hacer otra cosa, Chicot pensó mucho.

Su embajada, que tomaba mas gravedad á medida que se aproximaba hácia el término de su viaje, se le apareció bajo un punto de vista muy distinto, sin que podamos decir precisamente bajo que punto de vista se le apareció.

¿Qué príncipe iba á encontrar en aquel extravagante Enrique, á quien los unos suponían tonto, los otros cobarde y todos un renegado sin consecuencia? Pero la opinion

de Chicot no era la de todo el mundo.

El carácter de Enrique, como la piel del camaleon que refleja el objeto sobre que se halla, habia experimentado algunas variaciones desde que pisó su suelo natal, pues Enrique habia sabido poner bastante espacio entre la zarpa real y aquella preciosa piel que con tanta habilidad habia salvado de todo cuerpo ofensivo para que pudiese temer el menor rasguño.

Entre tanto su politica exterior era siempre la misma; estinguíase el ruido general, estinguendo al mismo tiempo algunos nombres ilustres que todos se admiraban de ver reflejar su claridad en una pálida corona de Navarra. Del mismo modo que en París, hacia continua compañía á su esposa, cuya influencia, sin embargo, á doscientas leguas de París parecia completamente inútil. En una palabra, vejetaba y nada mas, dándose por satisfecho con vivir.

Para el vulgo era asunto de hiperbólicas burlas.

Para Chicot era materia de profundas reflexiones, porque por muy poco que al parecer valiese Chicot, sabia naturalmente adi-

vinar el fondo de los demas debajo de la corteza. Asi pues, Enrique de Navarra no era para Chicot un enigma ya descifrado, pero era un enigma, y saber que Enrique de Navarra era un enigma, y no un hecho puro y simple, era ya saber mucho. Chicot, pues, sabia mas que todo el mundo, sabiendo como aquel viejo sabio de la Grecia que nada sabia.

Alli todo el mundo se hubiera presentado con la frente erguida, el lenguaje libre y el corazon en los lábios; conocia Chicot que era preciso entrar con el corazon cerrado, el lenguaje estudiado y el semblante compuesto como el de un comediante.

Inspiróle esta necesidad de disimulo, en primer lugar, su penetracion natural, y en segundo, la vista de los mismos parajes que recorria.

Al pasar Chicot el limite de aquel pequeño principado de Navarra, pais cuya pobreza era proverbial en Francia, ceso de ver, no sin grande asombro, impreso en cada rostro, en cada casa y en cada piedra el diente de aquella miseria horrible que roia las provincias mas hermosas de aquella so-

berbia Francia que acababa de dejar.

El leñador que pasaba apoyado el brazo en el yugo de su buey favorito; la aldeanilla de jubon corto y de ligero paso que llevaba el agua sobre la cabeza á manera de choeforos antiguos; el anciano que murmuraba una cancion de su juventud meneando su cabeza blanca; el pájaro familiar que picoteaba, dentro de su jaula, el repleto comedero; el niño moreno, de miembros flacos, pero nerviosos, que retozaba sobre los montones de hojas de maiz, todo hablaba á Chicot un lenguaje vivo, claro, inteligible; todo le gritaba á cada paso que daba hácia adelante.

—¡Aquí reina la felicidad!

De vez en cuando al ruido de las chillonas ruedas de un carro que cruzaba pausadamente el camino, experimentaba Chicot cierto involuntario terror, recordando las pesadas artillerias que estropeaban los arrecifes de la Francia; pero al volver el camino se le presentaba la carreta del vendimiador cargada de cubas llenas y de muchachos de cara sonrosada. Cuando desde lejos un cañon de arcabuz le hacia abrir los

ojos por detras de un vallado de bigueras ó de pámpanos, pensaba Chicot en las tres emboscadas de que tan felizmente se habia librado, y sin embargo, lo que así le arredaba no era mas que un cazador, que seguido de sus perros, atravesaba el llano abundante en liebres para pasar á la moutaña abundante en perdices.

Aunque la estacion estaba muy avanzada y Chicot habia dejado á Paris lleno de niebla y escarchas, hacia buen tiempo y hasta calor. Los grandes árboles, que no habian perdido todavía sus hojas que jamás en el mediodia pierden enteramente, los grandes árboles, derramaban desde lo alto de sus copas medio amarillentas una sombra azulada sobre la tierra. Los horizontes purísimos reverberaban con los rayos del sol, salpicados de aldeas de casas blancas.

El campesino bearnés picaba en los prados á esos caballitos de tres escudos que brincan infatigables con sus piernas de acero, andan veinte leguas de una tirada, y jamás almohazados, jamás cubiertos, se sacuden al llegar ál término del viaje y se ponen á pacer la primera yerba que encuentran,

su única y suficiente comida.

--¡Diablo! esclamaba Chicot; jamás he visto la Gascuña tan rica. El bearnés vive como un gallo en granero.

Puesto que és tan feliz, razon hay para creer, como dice su hermano el rey de Francia que, es... bueno; pero acaso no lo confiese. En verdad que aunque traducida en latin, me incomoda todavia la carta; casi tengo tentaciones de traducirla en griego; pero ¡bah! yo no he oido decir jamás que Henriot, como le llamaba su hermano Carlos IX, supiera el latin. Yo le haré de mi traduccion latina una traduccion francesa, *espurgata*, como dicen en la Sorbona.

Y Chicot, mientras hacia reflexiones en voz baja, se informaba en voz alta del sitio donde estaba el rey.

El rey estaba en Nerac. Primeramente se habia creido que estaba en Pau, lo cual habia obligado á nuestro mensajero á avanzar hasta Mont-de-Marsan; pero al llegar aquí habia sido rectificada la topografia de la córte, y Chicot tomó el camino de la izquierda para salir al de Nerac, que halló lleno de gente que volvia del mercado de Condom.

Entonces averiguó Chicot, que, como recordarán nuestros lectores, era muy pregunton, y solo circunspecto cuando se trataba de contestar á las preguntas de los demas, que el rey de Navarra pasaba una vida muy alegre y no daba un momento de tregua en sus perpétuas transiciones de un amor á otro.

Durante el viaje habia tenido Chicot el feliz encuentro de un jóven clérigo católico, de un tratante de ganado lanar y de un oficial, que desde Mont-de-Marsan venian en buena compañía y platicaban dulce y sabrosamente en las continuas francachelas que tenian en cuantas posadas paraban.

Chicot creyó ver en aquella asociacion, puramente casual, representada la Navarra ilustrada, comerciante y militante. El clérigo le recitó los sonetos que corrian sobre los amores del rey y de la bella Fosseuse, hija de Renato Montmorency, baron de Fosseux.

—Vamos, vamos, dijo Chicot, conviende que nos entendamos: en Paris creen que S. M. el rey de Navarra está loco por la señorita de Le Rebours.

—¡Oh! dijo el oficial, eso era en Pau.

—Si, si, replicó el clérigo, era en Pau.

—¡Ah! ¿era en Pau? repitió el mercader, que en su cualidad de simple ciudadano parecia el menos bien informado de los tres.

—¡Como! preguntó Chicot, ¿tiene el rey una querida en cada pueblo?

—Bien puede ser, dijo el oficial, pues que yo sepa era el amante de la señorita Dayelle cuando yo estaba de guarnición en Castelnaudary.

—Esperad, esperad un poco, exclamó Chicot; la señorita Dayelle, ¿una griega?

—Eso es, dijo el clérigo, una cipriota.

—Perdonad, señores, dijo el traficante contento de hallar una coyuntura para tomar parte en aquella conversacion: yo soy de Agen.

—¿Y qué?

—Que puedo responder que el rey conoció á la señora de Tignonville en Agen.

—¡Cáspita, dijo Chicot, qué galanteador tan verde! Pero volviendo á la señorita Dayelle, cuya familia he conocido....

—La señorita Dayelle era en extremo celosa y amenazaba sin cesar: tenia un pu-

ñalito muy lindo, corvo, que colocaba sobre su costurero, y un dia se lo llevó el rey diciendo que queria evitar una desgracia al que le sucediera.

—¿De suerte que á estas horas se dedica S. M. esclusivamente á la señorita Le Rebours? preguntó Chicot.

Al contrario, al contrario, contestó el clérigo, están reñidos; la señorita Le Rebours era hija del presidente, y como tal muy fuerte en eso de procedimientos. Fué tanto lo que se querelló contra la reina, gracias á las insinuaciones de la reina madre, que la pobre cayó enferma. Entonces la reina Margarita, que no es tonta, se aprovechó muy bien de la ocasion, y decidió al rey á dejar á Pau por Nerac, de suerte que aqui tenemos un amor interrumpido.

—¿Conque es decir, preguntó Chicot, que la nueva pasion del rey es la Fosseuse?

—¡Oh! sí, tanto mas, cuanto que está encinta; es un frenesí.

—¿Pero qué dice la reina? preguntó Chicot.

—¿La reina? exclamó el oficial.

—Sí, la reina.

—La reina, contestó el clérigo, deposita sus dolores á los pies del crucifijo.

—Por otra parte, añadió el oficial, la reina ignora todas estas cosas.

—¿Cómo! exclamó Chicot: ¿eso no es posible!

—¿Por qué no? preguntó el oficial.

—Porque Nerac no es una ciudad tan grande que no se vean las personas de una manera transparente.

—¡Ah! en cuanto á eso, señor, dijo el oficial, hay allí un parque, y en este parque calles de mas de tres mil pasos todas planteadas de cipreses, de platanos y de sicómoros magníficos; de modo que es tal la sombra que dan estos árboles, que en la mitad del día no se vé á diez pasos de distancia; reflexionad qué sucederá cuando llega la noche.

—Y ademas, la reina está muy ocupada, señor, dijo el clérigo.

—¿Ocupada?

—Sí.

—¿Y de qué?

—De Dios, replicó el clérigo con seriedad.

—¿De Dios? exclamó Chicot.

—¿Por qué no?

—¿Conque es devota la reina?

--Muy devota.

—Sin embargo, segun creo no hay misa en el palacio, dijo Chicot.

—Pues creéis muy mal, señor; ¿qué no hay misa decís? siu duda nos teneis por paganos. Sabed, señor, que si el rey va al sermón con sus gentiles-hombres, la reina hace que le digan la misa en una capilla particular.

—¿La reina?

—Sí, sí.

—¿La reina Margarita?

—La reina Margarita; por mas señas que yo, sacerdote indigno, he percibido dos escudos por haber oficiado dos veces en esa capilla, y he predicado tambien un buen sermón sobre el testo.

"Dios ha separado el buen grano de la cizaña."

El evangelio dice "Dios separará" pero como ya hace mucho tiempo que se escribió el evangelio, he supuesto la cosa pasada.

—¿Y el rey ha tenido noticia de ese sermón?

—Lo ha oído.

—¿Sin incomodarse?

—Todo lo contrario, lo ha aplaudido mucho.

—Me dejais asombrado, respondió Chicot.

—Es menester añadir, dijo el oficial, que la misa y el sermón son cosas muy accesorias en el palacio, donde hay muy buenas comidas, sin contar los paseos, y creo que en ninguna parte de Francia se hayan paseado mas los bigotes que en las alamedas de Nerac.

Chicot acababa de obtener muchas mas noticias de las que necesitaba para formar todo un plan.

Conocia á Margarita por haberla visto en Paris cuando tenia su corte, y sabia por lo demás que si ella era poco avisada en asuntos de amor, sucedia solo cuando un motivo cualquiera la obligaba á ponerse una venda en los ojos.

—¡Cáspita, dijo, no puedo olvidar las calles de cipreses y los tres mil pasos de sombra! Y soy yo quien va decir la verdad en Nerac, yo, que vengo de Paris, á gentes que tienen alamedas de tres mil pasos y

sombras tales, que las mujeres no ven allí á sus maridos pasearse con sus queridas. ¡Pardiez! me sajarán aquí para enseñarme á no turbar tantos paseos encantadores. Afortunadamente conozco la filosofía del rey, y espero en ella. Además, soy embajador, ¡cabeza sagrada. ¡Vamos!

Y Chicot continuó su marcha, entrando hácia el anochecer en Nerac, justamente á la hora de esos paseos que tanto ocupaban la atención del rey de Francia y de su embajador.

Por lo demás, Chicot pudo convencerse de la sencillez de las costumbres reales por la manera con que fué admitido en una audiencia.

Un simple lacayo le abrió las puertas de un salon rústico, cuyas avenidas estaban todas esmaltadas de flores; encima de este salon estaba la antecámara del rey y la cámara que le gustaba habitar de dia para dar esas audiencias sin resultado de que era tan pródigo.

Un oficial, y á veces un paje, iba á avisarle cuando se presentaba una visita. Este oficial ó este paje corria en busca del rey

hasta que le hallaba en cualquier sitio que fuese. El rey venia á esta sola invitacion y recibia al solicitante.

Chicot no pudo menos de quedar encantado de aquella franqueza tan extraordinariamente benévola, y tuvo al rey por bueno, cándido y enamorado, subiendo de punto este buen concepto cuando á la conclusion de una calle sinuosa y bordada de adelfas, no de tres mil pasos, sino de doce ó quince, vió llegar con un mal sombrero en la cabeza, jubon de color de hoja seca y botas blancas al rey de Navarra, contento y risueño, jugando con un boliche que traia en su mano derecha, mientras que con la izquierda arrancaba al paso las flores de la orilla del paseo.

—¿Quién quiere hablarme? preguntó á su paje.

—Señor, respondió este, un hombre que me parece medio caballero y medio militar.

Chicot oyó estas últimas palabras y se adelantó con gentil talante, diciendo:

—Soy yo, señor.

—Bueno, exclamó el rey levantando sus dos brazos al cielo, el señor Chicot en Na-

varra, el señor Chicot entre nosotros, bien venido seais, señor Chicot.

—Mil gracias, señor.

—¡Sano y salvo, á Dios gracias!

—Así lo creo á lo menos, señor, dijo Chicot transportado de gozo.

—¡Voto á cribas! dijo Enrique, vamos á beber juntos un poco de vino de Limoux, de que me dareis noticias. Os juro, señor Chicot, que me poneis muy alegre; ea, sentaos aquí.

Y le señalaba un banco de cespéd.

—Jamás, señor, dijo Chicot rehusando.

—¿Conque habeis andado doscientas leguas para venir á verme, y quereis que os deje de pié? No, señor Chicot, sentaos, sentaos: no se habla bien sino sentado.

—Pero, señor, el respeto....

—¿Respeto entre nosotros en Navarra? Tu estas loco, mi pobre Chicot: ¿quien piensa en eso?

—No, señor, yo no estoy loco, respondió Chicot, soy embajador.

Un ligero pliegue aórugó la frente serena del rey; pero desapareció tan rápidamente, que Chicot, á pesar de lo observador que

era, no percibió siquiera una huella.

—¡Embajador! dijo Enrique con sorpresa á la que procuró dar cierto aire de naturalidad. Embajador de quien?

—Embajador del rey Enrique III. Vengo de Paris y del Louvre, señor.

—¡Ah! eso es diferente, dijo el rey levantándose de su banco de cespèd y exhalando un suspiro. Marchaos, paje, dejadnos; subid vino al piso principal, á mi cámara; no, á mi gabinete. Venid conmigo, Chicot, yo os conduciré.

Chicot siguió al rey de Navarra, que caminaba entonces mas de prisa que cuando volvia de su paseo de adelfas.

—¡Qué miseria, dijo para si Chicot, venir á turbar á este buen hombre en su paz y en su ignorancia! ¡Bah! ¡Será filósofo!



CAPITULO XIV.

DE COMO EL REY DE NAVARRA ADIVINA QUE
Turennius QUIERE DECIR *Turena* Y
Margota Margarita.

EL gabinete del rey de Navarra no era muy suntuoso, como se presume. S. M. Bearnesa no era rica, y de lo poco que tenia no hacia locuras. Este gabinete ocupaba con la cámara de dormir toda el ala derecha del palacio, y conducia á él un corredor desde la antecámara ó cuarto de guardias.

Desde esta pieza espaciosa y decentemente amueblada, pero sin que en ella se notase la menor huella de lujo real, se extendia la vista sobre prados magníficos situados á las orillas del rio.

Arboles corpulentos, sauces y plátanos, ocultaban el curso del agua, sin impedir á los ojos deslumbrarse alguna que otra vez, cuando al salir el río, como un Dios mitológico, de entre su follage, hacia resplandecer al sol de medio día sus escamas de oro, ó á la luna de media noche su ropaje de plata.

Las ventanas daban por el un lado sobre este panorama mágico, terminado á lo lejos por una cadena de colinas, algo encendida por el sol durante el día, pero al caer la tarde terminaba el horizonte con tintas violadas de una limpidez admirable, y por el otro al patio del palacio; alumbrada así á oriente y poniente por esta doble fila de ventanas que se correspondían unas con otras, la sala presentaba un aspecto magnífico cuando reflejaba los primeros rayos del sol ó el azul anacarado de la luna naciente.

Preciso es decir que estas bellezas naturales llamaban menos la atención de Chicot que la distribución de aquel gabinete, morada habitual de Enrique. En efecto, parecía que en cada mueble se proponía el inteligente embajador buscar una letra, y es-

to con tanta mas atencion, cuanto que el conjunto de estas letras debia darle la explicacion del enigma que hacia tanto tiempo buscaba, y que con mucha mas particularidad habia buscado durante todo su viaje.

El rey se sentó, con su habitual franqueza y su eterna sonrisa, en un gran sillón de cuero de gamo con clavos dorados, pero con franjas de lana; Chicot, para obedecerle, arrastró un taburete cubierto de lo mismo y enriquecido con idénticos adornos, y se sentó enfrente del rey de Navarra.

Enrique miraba á Chicot de hito en hito y con la sonrisa en los labios, como ya hemos dicho; pero al mismo tiempo con una atencion que á un cortesano hubiera parecido molesta.

—Sin duda me tendrèis por muy curioso, mi querido Chicot, comenzó por decir el rey, pero hace tanto tiempo que os consideraba como muerto, que á pesar de toda la alegría que me causa vuestra resurreccion, no puedo habituarme á la idea de que estais vivo. ¿Por qué, pues, desaparecistèis de repente de este mundo?

—¡Ah, señor; exclamó Chicot con su libertad acostumbrada, también vos habeis desaparecido de Vincennes! Cada uno se eclipsa según sus medios, y sobre todo, según sus necesidades.

—Teneis siempre más talento que todo el mundo, querido Chicot, dijo Enrique, y en esto ¡más que en nada conozco que no estoy hablando con una sombra.

Tomando después cierto aire de seriedad añadió:

—¿Pero quereis, amigo Chicot, que dejemos esto á un lado y hablemos de negocios?

—Si no sirve de molestia á V. M. con mucho gusto.

—Nada de eso....Verdad es, añadió, que aquí me enmohezco; pero nunca me canso tanto como cuando no hago nada. Así es que hoy Enrique de Navarra ha traído su cuerpo de aquí para allí hecho un zaramillo, pero el rey no ha hecho trabajar á su espíritu.

—Señor, me alegro mucho de eso, respondió Chicot; embajador de un rey, paciente y amigo vuestro, tengo que desempeñar

cerca de V. M. comisiones muy delicadas.

—Hablad pronto, pues picais mi curiosidad.

—Señor....

—En primer lugar vuestras credenciales, sé que es una formalidad inútil, puesto que se trata de vos: pero al fin quiero mostraros que, aunque somos ciudadano bearnés, sabemos nuestros deberes de rey.

—Señor, pido mil perdones á V. M., respondió Chicot, pero todo cuanto poseia que pudiera servirme de credenciales lo he sepultado en el rio, arrojado al fuego y esparcido al aire.

--¿Y por qué habeis hecho eso, señor Chicot?

--Porque no se viaja cuando se dirige uno á Navarra encargado de una embajada como se viaja para ir á comprar paño en Leon, y porque el hombre que tiene el peligroso honor de llevar cartas reales, se espone á no llevarlas mas que á los muertos.

--Verdad es, dijo Enrique con cierta naturalidad; los caminos no están seguros, y en Navarra nos vemos reducidos, á falta de dinero, á confiarnos á la probidad de los

palurdos ; por lo demás , no son muy ladrones.

--Lejos de eso, exclamó Chicot, son unos corderos, unos angelitos, señor, pero solamente en Navarra.

--¡Ah! ¡ah! exclamó Enrique.

--Sí, señor, fuera de Navarra se encuentran lobos y buitres al rededor de cada presa; yo era una presa, señor, de suerte que he tenido mis buitres y mis lobos.

--Que, por lo demás, según veo con placer, no os han comido enteramente.

--¡Pardiez! señor, no ha sido por culpa suya, pues hicieron cuanto podían para eso; pero me hallaron demasiado forrado en hierro, y no pudieron cortar mi piel; más dejemos aquí, si os place, señor, los pormenores de mi viaje, que son cosas ociosas, y volvamos á nuestras cartas credenciales.

--Pero si no las teneis, querido Chicot, dijo Enrique, me parece muy inútil volver á ellas.

--Es decir, que no las tengo ya, pero que tenia una....

--¡Ah, enhorabuena! Dádmela señor Chicot.

Y Enrique alargó la mano.

--Hé ahí la desgracia, señor, replicó Chicot: yo tenía una carta, como acabo de tener el honor de decir á V. M., y pocas personas la habrán tenido mejor.

--¿La habeis perdido?

--Me apresuré á anonadarla, señor, porque M. de Mayenne corria trás mi para quitármela.

--¿El primo Mayenne?

--En persona.

--Pero afortunadamente no corre ya mucho. ¿Sigue engordando?

--Supongo que en este momento no.

--¿Y por qué?

--Porque al correr tuvo la desgracia de alcanzarme, y en el encuentro llevó una buena estocada.

--¿Y la carta?

--No quedó ni sombra, gracias á la precaucion que habia tomado.

--¡Bravo! haciais muy mal señor Chicot, en no querer contarme vuestro viaje; seguid, seguid, que me interesa mucho.

--V. M. es muy amable.

--Solo me inquieta una cosa.

--¿Cual?

--Que si la carta quedó anonadada para M. de Mayenne tambien lo ha sido para mi: ¿cómo sabré ahora lo que mi buen hermano Enrique me escribia, no existiendo ya su carta?

--Señor, existe en mi memoria.

--¿Qué decís?

--Antes de romperla la aprendí de memoria.

--Escelente idea, señor Chicot, escelente, y reconozco en este rasgo todo el talento de un compatriota. Me la recitareis, ¿no es verdad?

--Con mucho gusto.

--¿Tal como era sin cambiar nada?

--Sin hacer un solo contrasentido.

--¿Qué decís?

--Digo que voy á recitárosela fielmente, pues aunque ignoro la lengua tengo buena memoria.

--¿Qué lengua?

--La latina.

--No os comprendo, dijo Enrique. Hablais de lengua latina, de carta....

--En efecto, hablo de todo eso.

--Explicaos; ¿quereis decir que la carta de mi hermano estaba escrita en latin.?

--Exactamente: eso mismo quiero decir.

--¿Y por qué estaba escrita en latín?

--Sin duda porque el latín es una lengua atrevida, lengua que sabe decirlo todo, lengua con que Persio y Juvenal han eternizado la demencia y los errores de los reyes.

--¿De los reyes?

--Y de las reinas, señor.

El rey frunció el ceño.

--Quiero decir de los emperadores y de las emperatrices, replicó Chicot.

--¿Conque sabeis el latín, señor Chicot? añadió Enrique con aire de indiferencia.

--Sí y no, señor.

--Sois muy feliz si lo sabeis, porque me llevais una ventaja inmensa, pues yo no lo sé, así es que jamás he podido oír seriamente una misa. ¿Conque vos sí lo sabeis, eh?

--Me han enseñado á leerlo, señor, como igualmente el griego y el hebreo.

--Eso es muy útil, señor Chicot: sois un libro vivo.

--Esa es la palabra adecuada; ha acertado V. M. En efecto, soy un libro vivo. Imprimen unas cuantas páginas en mi me-

moria, me despachan á donde quieren, luego, me leen, y me comprenden.

--O no os comprenden.

--¿Cómo señor?

--Si no saben la lengua en qué estais impreso.

--¡Oh! señor, los reyes lo saben todo.

--Eso es lo que dicen al pueblo, señor Chicot, y lo que los aduladores dicen á los reyes.

--Entonces, señor, es inútil que recite á V. M. esa carta que habia aprendido de memoria, puesto que ninguno de nosotros dos comprenderá nada de ella.

--¿No tiene el latin mucha analogía con el italiano?

--Dicen que si.

--¿Y con el español?

--Mucho segun aseguran.

--Entonces hagamos la prueba; yo sé un poco de italiano; mi patuè gascon se asemeja mucho al español: acaso comprenda el latin sin haberle jamás aprendido.

Chicot hizo una reverencia y dijo:

--¿Conque V. M. lo manda?

--Os lo suplico solamente, señor Chicot.

Chicot empezó con la frase siguiente, que

envolvió en toda clase de preámbulos.

"Frater carissime:

"Sincerus amor quo te prosequeretur germanus noster Carolus nonus, functus nuper, colet usque regiam nostram, et pectori meo pertinaciter adheret."

Enrique no pestañeó, pero al llegar Chicot á la última palabra le interrumpió con el ademán, y dijo:

--O me equivoco mucho, ó en esta frase se habla de amor, de obstinacion y de mi hermano Carlos IX.

--No diré que no, contestó Chicot; es tan hermosa lengua el latin, que todo eso puede decirse en una sola frase.

--Proseguid, dijo el rey.

Chicot continuó.

El bearnés escuchó con la misma calma todos las pasajes en que se trataba de su esposa y del vizconde de Turena; pero al oír este último nombre preguntó.

--¿*Turennius* no quiere decir Turena?

--Creo que sí.

--¿Y *Margota* no seria el diminutivo amistoso que mis hermanos Carlos IX y Enrique III daban á su hermana mi muy amada esposa Margarita?

—No veo en eso nada de imposible, replicó Chicot, y prosiguió su narracion hasta el fin de la última frase, sin que una sola vez el rostro del rey hubiese cambiado de espresion.

Detúvose al fin en la peroracion, cuyo estilo habia acariciado con ronquidos tan sonoros, que se hubiera dicho que era un párrafo de las Verrinas ó de la oracion *pro Archia*.

—¿Se ha acabado? preguntó Enrique.

—Sí, señor?

—Debe ser soberbia esa carta.

--¿No es verdad, señor?

--¿Qué desgracia que no haya comprendido mas que dos palabras: *Turennius y Margota*.

--Desgracia irreparable, señor, á menos que V. M. se decida á darla á traducir á algun clérigo.

--¡Oh! no, dijo vivamente Enrique, y vos mismo, señor Chicot, que habeis empleado tanta discrecion en vuestra embajada haciendo desaparecer el autógrafo original, estoy seguro que no me aconsejareis que dé publicidad á esa carta.

--No digo eso, señor.

--¿Pero lo pensais?

--Pienso, puesto que V. M. me pregunta, que la carta del rey, su hermano, encomendada á mi con tanto cuidado, y enviada á V. M. por conducto de una persona particular, contiene acaso alguna que otra cosa de la que V. M. pudiera sacar partido.

--Sí, mas para confiar esas buenas cosas á un cualquiera seria preciso que tuviese en ese cualquiera plena confianza.

--Ciertamente.

--Pues bien, haæed una cosa, dijo Enrique como iluminado por una idea.

--¿Qué cosa?

--Id á buscar á mi esposa Margarita; es sábia, recítadle la carta, y estoy seguro de que la comprenderá, y comprendiéndola, ya conoceis que me la esplicará toda.

--¡Admirable pensamiento! exclamó Chicot. V. M. ha herido la dificultad.

--¿Es claro, eh?

--Voy ahora mismo.

--Sobre todo no mudes ni una palabra de la carta.

--Me seria imposible, porque para eso necesitaba saber el latin y no lo sé; algun barbarismo todo, lo mas.

--Id, amigo mio, id.

Chicot se informó del sitio donde hallaria á la reina, y se separó del rey mas convencido que nunca de que el rey era un enigma.



CAPITULO XV.

LA ALAMEDA DE LOS TRES MIL PASOS.

LA reina habitaba la otra sala del palacio, dividida poco mas ó menos de la misma manera que la que acababa de dejar Chicot, oyéndose con frecuencia por esta parte alguna música, y viéndose rondar siempre algun penacho.

La famosa alameda de los tres mil pasos, de que tanto se habia hablado, comenzaba en las ventanas mismas de Margarita, que jamás fijaba su vista sino en objetos agra-

dables, tales como flores, pabellones de verdura, etc.

Hubiérase dicho que la pobre princesa trataba de ahuyentar con el espectáculo de cosas graciosas tantas ideas lúgubres como habitaban en el fondo de su pensamiento.

Un poeta del Perigord (Margarita era en provincia, lo mismo que en París, la estrella de los poetas,) habia compuesto un soneto cuyo sentido era:

"Margarita quiere, segun el cuidado que pone en guarnecer su espiritu, echar de él todos los recuerdos tristes."

Nacida al pié del trono, hija, hermana y muger de rey, Margarita habia, en efecto, sufrido mucho. Su filosofia, mas fanfarrona que la del rey de Navarra, era menos sólida, porque tenia mucha parte de ficcion, debida solo al estudio, mientras que la del rey nacia de su propio fondo. Asi pues, por muy filósofa que fuese Margarita, ó mas bien, que quisiera ser, habia ya dejado al tiempo y á los pesares imprimir sus espresivos surcos en su rostro.

Sin embargo, todavia era de una hermosura notable, hermosura de fisonomia so-

bre todo la que menos llama la atención en las personas del rango vulgar, pero que no agrada en las ilustres, á quien siempre estamos dispuestos á conceder la supremacía de la hermosura física. Margarita tenía un modo de sonreír alegre y gracioso, ojos vivos y brillantes, y el gesto estremadamente seductor; Margarita, en fin, como ya hemos dicho, era siempre una criatura adorable. Si la consideramos como muger, marchaba como una princesa, y si como reina, tenía todo el aire de una muger encantadora. Así era idolatrada en Nerac, donde importaba la elegancia, la alegría y la vida, siendo ya una virtud que los provincianos no dejaban de apreciar el haber sobrellevado con paciencia la monótona vida de provincia.

Su corte no era solo una corte de caballeros y de damas: todo el pueblo la amaba á la vez como reina y como muger; y de hecho la armonía de sus flautas y de sus violines, como el humo y los relieves de los banquetes, eran para todo el mundo.

Era tal el empleo que sabia hacer del tiempo, que cada dia le producía algo, y nada

era perdido para los que la rodeaban.

Llena de rencor para con sus enemigos, pero paciente y sufrida á fin de vengarse mejor, conociendo instintivamente el odio iracundo que la profesaba Enrique de Navarra bajo la capa de indiferencia y aun de longaminidad, sin parientes, sin amigos, Margarita se habia habituado á vivir con el amor, ó por lo menos con las apariencias de amor, y á reemplazar con la poesia y el bienestar su familia, su esposo y sus amigos.

Nadie, á escepcion de Catalina de Medicis, de Chicot y de algunas sombras melancólicas que hubieran vuelto del negro reino de la muerte, hubiera podido decir por qué las mejillas de Margarita estaban ya tan pálidas, por qué sus ojos se inundaban involuntariamente de lágrimas, producidas por un dolor desconocido, ó por qué, en fin, aquel corazon profundo dejaba ver su vacio hasta en su mirar, otras veces tan espresivo.

Margarita no tenia ya confidentes. La pobre reina ya no los queria desde que habia visto á los demás vender por el dinero su confianza y su honor. Marchaba, pues,

sola, y acaso esto mismo aumentaba á los ojos de los navarros, sin que ellos mismos lo sospecharan, la magestad de aquella actitud, que resaltaba mas con su aislamiento.

Por lo demás aquella mala voluntad que experimentaba contra Enrique era puramente instintiva, y procedia mas bien del propio convencimiento de sus agravios que de los hechos del Bearnés. Enrique por su parte le guardaba en público todas las consideraciones debidas á una princesa de Francia, no hablándole sino con obsequiosa política ó con amable franqueza, y en fin, mostrándole siempre las atenciones de un marido y de un amigo.

Así, la corte de Nerac, como todas las en que reina la franqueza y en que no cuesta gran trabajo contraer relaciones, rebosaban en armonías así en lo físico como en lo moral.

Tales eran los estudios y las reflexiones que, ateniéndose á débiles apariencias, hacia Chicot, el mas observador y meticoloso de los hombres.

Habiase desde luego presentado en el palacio, en virtud de los informes de Enrique;

pero no habia encontrado allí á nadie, y como le hubiesen dicho que Margarita estaba al fin de aquella hermosa alameda paralela al rio, se encaminó á esta alameda, que era la famosa de los tres mil pasos, por la de las adelfas.

Cuando se halló á las dos terceras partes del paseo, percibió hácia el fin, bajo un bosque de jazmines, de gayombas y de clématidas, un grupo todo lleno de cintas, de plumas y de espadas de terciopelo; sin duda todo aquel baratillo era de un gusto algo extraño y de una moda algo vieja; pero para Nerac era brillante y hasta deslumbrador. Chicot, que venia en línea recta de París, quedó satisfecho de aquel golpe de vista.

Como un paje precedia á Chicot, la reina, cuyos ojos miraban sin cesar á todos lados con esa eterna inquietud de los corazones melancólicos, reconoció los colores de Navarra, y le llamó.

—¿Qué quieres, Aubiac? le preguntó,
El jóven, ó por mejor decir, el niño, pues apenas tenia diez años, se ruborizó, y dobló la rodilla en presencia de Margarita.

—Señora, dijo en francés, por que la reina exigia que se proscribiera el patuê de todas las manifestaciones de servicio, y de todos los actos oficiales, un caballero de Paris, enviado desde el Louvre á S. M. el rey de Navarra, y encaminado por el rey de Navarra á vos, desea hablar á V. M.

Un fuego repentino encendió el hermoso semblante de Margarita, volviéndose vivamente y con esa sensacion penosa que en toda ocasion penetra los corazones largo tiempo lacerados.

Chicot estaba de pié é inmóvil á veinte pasos de ella, y creyendo ver Margarita en la sombra que aquel proyectaba la de una persona conocida, dejó el círculo, en vez de mandar que se aproximase el reciénvenido.

Volviéndose, sin embargo, para decir adios á la compañía, hizo seña con la mano á uno de los mas ricamente vestidos y de los mas apuestos caballeros.

El adios para todos era realmente para uno solo; mas como el caballero privilegiado mostrase cierta inquietud á pesar de aquel saludo, que tenia por objeto tranquilizarle, y como nada se escapa á la vista pers-

picaz de una mujer, dijo Margarita:

—Señor de Turena, decid á esas damas que vuelvo al instante.

El apuesto caballero de jubon blanco y azul, hizo una reverencia con mas ligereza que la hubiese hecho un cortesano indiferente.

Dirigióse rápidamente la reina hácia donde estaba Chicot, quien habia examinado toda aquella escena, tan conforme con las frases de la carta que llevaba, sin moverse de su sitio una sola pulgada.

—¡Señor Chicot! exclamó Margarita admirada al llegar donde estaba el gascon.

—A los pies de V. M., contestó Chicot, de V. M., siempre buena y siempre bella, y siempre reina en Nerac como en el Louvre.

—Es un milagro veros á tan larga distancia de Paris.

—Milagro será, señora, pero no es el pobre Chicot quien ha tenido la idea de hacerlo.

—Lo creo, puesto que estábais muerto, segun decian.

—Me hacia el muerto.

—¿Qué quereis de nosotros, señor Chicot? ¿Seré tan venturosa que se acuerden en Francia de la reina de Navarra?

—¡Oh! Señora, dijo Chicot sonriéndose, estad tranquila; no olvidamos nosotros tan fácilmente á las reinas cuando tienen vuestra edad, y sobre todo vuestra hermosura.

—¿Siguen siendo tan galantes en Paris?

—El rey de Francia, añadió Chicot sin contestar á la última pregunta, escribe tambien sobre el particular al rey de Navarra.

Margarita se ruborizó y preguntó:

—¿Escribe?

—Sí, señora.

—¿Y sois vos quien ha traído la carta?

—Traído, no, señora, por razones que os explicará el rey de Navarra; pero sí aprendida y repetida de memoria.

—Comprendo: esa carta era importante, y habeis temido que se perdiese y que os la robaran.

—Esa es la verdad, señora, y ya que de esto se habla, debo decir á V. M. que la carta estaba en latin.

—¡Oh, muy bien! exclamó la reina: ya sabeis que no me es desconocido el latin.

—Y el rey de Navarra, preguntó Chicot, ¿lo sabe?

—Difícil es, señor Chicot, respondió Margarita, averiguar lo que sabe ó no el rey de Navarra.

—¡Ah! ¡ah! exclamó Chicot alegrándose de no ser el único que buscaba la solución del enigma.

—Si es preciso dar crédito á las apariencias, continuó Margarita, lo sabe muy mal, porque jamás comprende, ó á lo menos parece que no comprende, cuando hablo en esa lengua con alguno de la corte.

Chicot se mordió los labios.

—¡Ah diablo! exclamó.

—¿Le habeis dicho esa carta? preguntó Margarita.

—Venía dirigida á él.

—¿Y la ha comprendido?

—Dos palabras solamente.

—¿Cuales?

—*Turennius et Margota.*

—¿*Turennius et Margota?*

—Sí; esas dos palabras se hallan en la carta.

—¿Y qué hizo entonces?

—Me mandó que viviera á veros, señora.

—¿A mí?

—Sí, diciendo que esa carta contenia al parecer cosas demasiado importantes para confiar su traduccion á un estraño, y que era mejor que la tradujera V. M., que es la mas bella de las sábias y la mas sábia de las bellas.

—Os escucharè, señor Chicot, puesto que esa es la órden del rey, [dijo Margarita algo conmovida.

—Gracias, señora; ¿dónde quiere V. M. que hable?

—Aquí no; venid á mi gabinete.

Margarita miró atentamente á Chicot, quién sin duda por un sentimiento de compasion habia levantado la punta del velo que encubria la verdad.

La pobre mujer sintió la necesidad de un apoyo, de apelar acaso al amor por última vez, antes de sufrir la prueba que le amenazaba.

—Vizconde, dijo á M. de Turena, dadme el brazo hasta el palacio, y vos, señor Chicot, marchad delante de nosotros.



CAPITULO XVI.

EL GABINETE DE MARGARITA.

No quisiéramos ser acusados de pintar solamente festones y astrágalos, dejando apenas tiempo al lector para retirarse del jardín; pero tal amo, tal casa, y si no ha sido inútil pintar la alameda de los tres mil pasos y el gabinete de Enrique, también puede ofrecer algún interés pintar el gabinete de Margarita.

Paralelo al de Enrique, con puertas de escape que comunicaban con piezas y corredores, ventanas complacientes y mudas,

como las puertas, cerradas con celosías de hierro y cerraduras en las que giraban llaves sin hacer el menor ruido, hé aquí el gabinete de Margarita.

En el interior, muebles modernos, alfombras de un gusto adecuado á la moda del día, cuadros, esmaltes, rica porcelana, armas de mucho precio, libros y manuscritos griegos, latinos y franceses que llenaban todas las mesas, diversidad de pájaros en sus jaulas, perros sobre las alfombras, un mundo entero, en fin, viviendo en comun con Margarita.

Las personas dotadas de gran talento ó de una vida superabundante no pueden marchar solas en la existencia, acompañando á cada uno de sus sentidos, á cada una de sus inclinaciones, cualquiera cosa en armonía con ellas, y á la que su fuerza atractiva arrastre en su propio torbellino, de suerte que en lugar de haber vivido y sentido como el comun de las gentes han duplicado sus sensaciones y duplicado su existencia.

Ciertamente Epicuro es un héroe para la humanidad; los mismos paganos no lo com-

prendieron; era un filósofo severo, pero que á fuerza de querer que nada se perdiese en la suma de nuestros resortes y de nuestros recursos, proporcionaba en su inflexible economía placeres á cualquiera que obrando en todo espiritual ó bestialmente, no hubiese percibido [mas que privaciones ó dolores.

Mucho han declamado contra Epicuro sin conocerle, y mucho le han elogiado sin conocerle tambien, esos piadosos solitarios de la Tebaida que destruian lo hermoso de la naturaleza humana, neutralizando lo feo. Matar al hombre es matar tambien con él las pasiones, esto es indudable, pero al fin es matar, cosa que Dios prohíbe con todas sus fuerzas y con todas sus leyes.

La reina era capaz de comprender á Epicuro, y sobre todo en Griego, lo que era el menor de sus méritos; ocupaba tambien su vida, que con mil dolores sabia mudar en placeres, lo que, á fuerza de buena cristiana, le daba ocasion de bendecir á Dios con mas frecuencia que cualquiera otro, bien se llamase Dios ó Teos, Jehová ó Magog.

Toda esta digresion prueba tan clara-

mente como la luz del dia la necesidad que tenemos de describir las habitaciones de Margarita.

Chicot fué invitado á sentarse en un hermoso y elegante sillón de tapicería que representaba un Amor esparciendo una nube de flores; un paje, que no era Aubiach, pero si mas hermoso y mas ricamente vestido, presentó á Chicot nuevos refrigerios.

Chicot no aceptó, y cuando se retiró el conde de Turena, se puso á recitar con imperturbable memoria la carta del rey de Francia y de Polonia por la gracia de Dios.

Ya conocemos esta carta, que hemos leído en francés al mismo tiempo que Chicot, y por lo mismo consideramos inútil dar su traduccion latina.

Chicot trasmitia esta traduccion con el acento mas extraño posible, á fin de que la reina tardase mucho tiempo en comprenderla; pero por grande que fuese su habilidad en tergiversar su propia obra, Margarita la cojia al vuelo, y no ocultaba en manera alguna su furor y su indignacion.

A medida que Chicot avanzaba en su recitado se encontraba mas y mas engolfado

en la dificultad que él mismo se habia creado; en ciertos pasajes escabrosos bajaba la cabeza como un confesor turbado por lo que oye, resultándole, sin embargo, de este juego de fisonomía una gran ventaja, pues no veia brillar los ojos de la reina y crisparse cada uno de sus nervios ante las enunciaciones tan positivas de sus entuertos conjugales.

Margarita no ignoraba la maldad refinada de su hermano; bastantes ocasiones se lo habian demostrado; sabia tambien, pues no era capaz de disimularse nada á si misma, sabia á que atenerse sobre los pretextos que habia dado y sobre los que aun podia dar; asi es que á medida que Chicot leia, se establecia en su espiritu la balanza entre la cólera legitima y el temor razonable.

Indignarse á punto, desconfiar oportunamente, evitar el peligro rechazando el daño, probar la injusticia aprovechando el consejo, este era el gran trabajo mental de Margarita mientras Chicot continuaba su narracion epistolar.

No se crea que Chicot permanecia con la cabeza siempre baja; nada de eso: de vez

en cuando la alzaba con la debida prudencia, miraba alternativamente con uno y otro ojo, y se tranquilizaba al observar las cejas medio fruncidas de la reina y al adivinar que esta habia tomado dulcemente su partido.

Acabó, pues, con bastante calma las saluciones de la régia epistola.

—Por la santa comunión, dijo la reina cuando terminó Chicot su relato, mi hermano escribe lindamente en latin. ¡Qué vehemencia, qué estilo! Jamas lo hubiera creído de él.

Chicot guiñó un ojo y abrió las manos en ademan de aprobar por mera politica lo que no comprendia.

—¿No comprendéis? preguntó la reina, á quien todos los lenguajes eran familiares, hasta el de la mímica. Os tenia no obstante por muy latino.

—Señora, lo he olvidado; todo lo que hoy sé, todo lo que me queda, en fin, de mi antigua ciencia, es que el latin no tiene artículo, que tiene vocativo, y que la cabeza es del género neutro.

—¡De veras! exclamó entrando un perso-

naje todo alborozado y contento.

Chicot y la reina volvieron la cara simultáneamente.

Era el rey de Navarra:

—¡Cómo! exclamó Enrique aproximándose: ¿la cabeza en latin es del género neutro, señor Chicot? ¿Y por qué no es del género masculino?

—No lo sé, señor, contestó, Chicot, puesto que me admira esto tanto como á V. M.

—Y á mí tambien, dijo Margarita pensativa, me admira mucho.

—Eso debe consistir, dijo el rey, en que tan pronto es el hombre como la mujer los soberanos, segun el temperamento del hombre ó de la mujer.

Chicot saludó y dijo:

—Esa es la mejor razon que conozco, señor.

—Tanto mejor: me alegro de ser mas profundo filósofo de lo que yo creia; ahora volvamos á la carta; sabed, señora, que no puedo resistir al deseo de saber noticias de la córte de Francia, y he ahí precisamente que ese buen Chicot me las trae en una lengua desconocida; y á no ser por esto...

—¿Qué sucedería? preguntó Margarita.

—¡Pardiez! me deleitaria, pues bien sabéis cuanto me gustan las noticias, y sobre todo las noticias escandalosas, como sabe contarías mi hermano Enrique de Valois.

Y Enrique de Navarra se sentó frotándose las manos.

—Vamos, señor Chicot, añadió el rey como quien se prepara á tener un rato de placer, habeis dicho esa famosa carta á mi esposa, ¿no es verdad?

—Sí, señor.

—Pues bien, querida, decidme algo de lo que contiene esa famosa carta.

—¿No temeis, señor, dijo Chicot con cierto desembarazo debido á la libertad de que le daban ejemplo los dos esposos coronados, no temeis que ese latin en que está escrita la misiva en cuestion sea un mal pronóstico?

—¿Por qué? preguntó el rey.

Y volviéndose hácia su esposa, añadió:

—Vamos, hablad.

Margarita se recogió un instante como si tratase de recordar una á una, para comentarlas, todas las frases que Chicot había pronunciado.

—Nuestro mensajero tiene razon, señor, dijo cuando terminó su exámen y hubo tomado su partido: el latin es mal pronóstico.

—¡Cómo! exclamó Enrique, ¿podrá contener esa carta frases indignas? Mirad, querida, que el rey vuestro hermano es un clérigo muy entendido y político.

—Hasta cuando hace que me insulten en mi litera, como ya ha sucedido á pocas leguas de Sers, cuando salí de París para venir á unirme con vos.

—Cuando tenemos un hermano de costumbres severas, dijo Enrique con ese tono indefinible que participaba del género serio y burlesco, un hermano rey, un hermano puntilloso....

—Debe serlo para el verdadero honor de su hermana y de su casa; por que al fin yo no supongo, señor, que si Catalina de Albret, vuestra hermana, os causara algun escándalo, fuérais á revelar este escándalo por medio de un capitan de guardias.

—¡Oh! yo soy un ciudadano patriarcal y benigno, dijo Enrique: no soy rey, ó si lo soy, es para reirme, y á fe que no lo ha-

go mal: pero la carta, en fin, la carta; puesto que es á mí á quien viene dirigida, deseo saber lo que contiene.

—Es una carta pérfida, señor.

—¡Bah!

—¡Oh! sí, y que contiene mas calumnias de las necesarias para indisponer, no solo á un marido con su mujer, sino á un amigo con todos sus amigos.

—¡Oh! ¡oh! dijo Enrique incorporándose y armando su rostro, naturalmente tan franco y abierto, de una desconfianza afectada, ¿indisponer á un marido con su mujer, á vos y á mí, por ejemplo?

—A vos y á mí, señor.

—¿Y en qué, querida mia?

Chicot estaba en ascuas, y se hubiera alegrado, á pesar del hambre que tenia, de poder ir á acostarse sin cenar.

—¡La nube vá á reventar, dijo para sí, la nube vá á reventar!

—Señor, dijo la reina, mucho siento que V. M. haya olvidado el latin, que sin embargo han debido enseñarle.

—No me acuerdo mas que de una cosa de todo el latin que he aprendido, y es esta

frase: *Deus et virtus æterna*; singular conjunto de masculino, femenino y neutro, que mi profesor jamás pudo explicarme sino por medio del griego, que comprendia mucho menos que el latin.

—Señor, continuó la reina, si comprendierais, veriais en la carta toda clase de cumplimientos para mi.

—¡Oh! muy bien, dijo el rey.

—¡*Optime!* añadió Chicot.

—¿Pero en qué, replicó Enrique, pueden los cumplimientos dirigidos á vos indisponernos? Porque al fin mientras mi hermano Enrique no haga mas que dirigiros cumplimientos, seré del parecer de mi hermano Enrique; si en esa carta se hablára mal de vos, ¡oh! sería otra cosa, y comprenderia la politica de mi hermano.

—¡Ah! si hablára mal de mi, ¿comprenderiais la politica de Enrique?

—Si, de Enrique de Valois, pues tiene para indisponernos motivos que yo conozco.

—En ese caso esperad un poco, señor, porque esos cumplimientos no son mas que un exordio insinuante para llegar á indicaciones calumniosas contra vuestros amigos y los míos.

Y despues de estas palabras, atrevidamente pronunciadas, Margarita esperò un mentis.

Chicot bajó la cabeza y Enrique se encogió de hombros.

—Mirad ante todo, querida mia, dijo, si habeis comprendido bien ese latin, y si esa intencion mala está en la carta de mi hermano.

A pesar de la estremada suavidad y dulzura con que Enrique pronunció estas palabras, la reina de Navarra le lanzó una mirada llena de desconfianza.

—Comprendedme hasta el fin, dijo Margarita.

—Dios sabe que no deseo otra cosa, señora.

—¿Teneis necesidad ó nó, de vuestros servidores?

—¿Qué si los necesito, decís? ¡Donosa pregunta! ¿Que haria sin ellos, reducido á mis propias fuerzas?

—Pues bien, señor; el rey quiere separaros de vuestros mejores servidores.

—Le desafio á que lo haga.

—¡Bravo, señor! murmuró Chicot.

—Si, ¡pardiez! exclamó Enrique con ese admirable candor que le era tan peculiar, y que

hasta el fin de su vida fué el encanto de cuantos le trataron, porque mis servidores son adictos á mi persona por cariño y no por interés, puesto que nada tengo que darles.

—Les dais todo vuestro corazon, toda vuestra fé, señor. ¡Qué mejor paga puede dar un rey á sus amigos!

—Así es la verdad, querida mia.

—Pues bien, no tengais ya fé en ellos.

—¡Voto á Cribas! no haré tal si no obligándome ellos mismos, es decir, si desmerecen de mi confianza.

—En ese caso, señor, contestó Margarita, se os probará que desmerecen de ella.

—¡Ah, ah! exclamó el rey, ¿en qué?

Chicot bajó otra vez la cabeza, como acostumbraba hacer en todos los momentos escabrosos.

—No puedo contaros eso, señor, respondió Margarita, sin comprometer....

Y como mirase á su alrededor, comprendió Chicot que estorbaba, y retiró un poco su sillón hácia atrás.

—Querido mensajero, le dijo el rey, pasad á mi gabinete y esperadme allí; la rei-

na tiene que decirme algo de particular, alguna cosa muy útil á mi servicio, segun veo.

Margarita permaneci6 inmovil, á escepcion de un ligero movimiento de cabeza que Chicot crey6 haber percibido solo.

Conociendo, pues, que complacia á los dos esposos marchándose, se levant6 y sali6 de la estancia despues de hacer un reverente saludo.



CAPITULO XIX.

COMPOSICION TRADUCIDA.

 LEJAR aquel testigo, que Margarita suponía mas fuerte en latin de lo que él quería confesar, era ya un triunfo, ó á lo menos una prenda de seguridad para ella; porque, como ya hemos dicho, Margarita no suponía á Chicot tan poco instruido como él mismo aparentaba, al paso que con su marido á solas podia dar ella á cada palabra latina mas estension ó comentarios que cuantos escoliadores en us dieron ja-

más á Plauto ó á Persio, esos dos enigmas en grandes versos del mundo latino.

Enrique y su mujer tuvieron, pues, la satisfaccion de conferenciar á solas.

Ninguna apariencia de inquietud ni sospecha de amenaza alteraban las facciones del rey, prueba infalible que ignoraba el idioma del Lacio.

—Señor, dijo Margarita, espero que me preguntéis.

—Mucho embarga vuestra atencion esa carta, querida mia, dijo Enrique; no os alarmeis de ese modo.

—Señor me alarmo, porque esa carta es, ó deberia ser un acontecimiento, pues un monarca no envia asi un mensajero á otro monarca sin razones de la mas alta importancia.

—Enhorabuena, dijo Enrique, dejemos entonces mensaje y mensajero, amiga mia: ¿no teneis baile esta noche?

—Solamente en proyecto, señor, dijo Margarita admirada, pero nada hay en esto de extraordinario; bien sabeis que bailamos casi todas las noches.

—Pues yo tengo cacería mañana, una

gran cacería.

—¡Ab!

—Sí, una batida de lobos.

—Cada uno tiene su capricho, señor; vos sois aficionado á la caza y yo al baile; vos cazais y yo bailo.

—Sí, amiga mia, dijo Enrique suspirando, y á la verdad que no veo mal alguno en esto.

—Ciertamente, pero V. M. lo dice suspirando.

—Escuchadme, señora.

Margarita prestó toda su atención.

—Tengo cierta zozobra.

—¿Sobre qué, señor?

—Sobre un rumor que corre.

—¿Sobre un rumor? ¿V. M. se alarma por un rumor?

—¿Qué cosa mas natural, amiga mia, cuando este rumor puede causaros pena?

—¿A mí?

—Sí, á vos.

—Señor, no os comprendo.

—¿No habeis oido decir nada? preguntó Enrique en el mismo tono.

Margarita empezó a temer seriamente que

estas preguntas fuesen un plan de ataque de su marido.

—Soy la mujer menos curiosa del mundo, señor, dijo, y jamás oigo si no lo que viene á zumbiar en mis oídos. Por otra parte, doy tan poca importancia á lo que llamo rumores, que apenas los oigo escuchándolos, y con mas motivo tapándome los oídos cuando pasan.

—¿Segun eso sois de parecer que deben despreciarse todos esos rumores?

—Sí, señor, y especialmente nosotros los reyes.

—¿Y porqué?

—Porque si nos ocupáramos de todo lo que se habla, tendríamos demasiado que hacer.

—Creo que teneis razon, amiga mia, y voy á proporcionaros una escelente ocasion de aplicar vuestra filosofia.

Margarita creyó llegado el momento decisivo; llamó en su auxilio á todo su valor, y dijo en tono firme y resuelto:

—La acepto.... con mucho gusto.

Enrique adoptó para empezar el tono de un penitente que vá á confesar un pecado gordo, y dijo:

—Ya sabeis el gran interés que me tomo por mi hija Fosseuse.

—¡Ah, ah! exclamó Margarita, viendo que no se trataba de ella.

Y tomando cierto aire de triunfo, añadió:

—Sí, sí, á la linda Fosseuse, vuestra amiga.

—Sí, señora, respondió Enrique siempre con el mismo tono, sí, á la linda Fosseuse.

—¿Mi dama de honor?

—Vuestra dama de honor.

—Vuestra locura, vuestro amor.

—¡Ah! observo que hablais, querida mia, como si diéseis asenso á uno de esos rumores que ahora mismo condenábais.

--Es verdad, señor, dijo Margarita sonriéndose, y os pido perdon humildemente.

--Amiga mia, teneis razon: el rumor público miente casi siempre, y nosotros los reyes, sobre todo, tenemos gran necesidad de establecer este teorema en áxioma. ¡Cáspita, señora, creo que hablo en griego!

Y Enrique soltó una carcajada.

Margarita tuvo por verdadera ironía aquella risa, y sobre todo la mirada tan fina que la acompañaba, y preguntó no sin inquietud:

--¿Qué deciais de la Fosseuse?

--Que está enferma y los médicos no comprenden su enfermedad.

--Es extraño, señor: Fosseuse, que, al decir de V. M., ha sido siempre la misma prudencia, Fosseuse, que, según vos, hubiera resistido á un rey, si un rey le hubiese hablado de amor; Fosseuse, esa flor de pureza, ese cristal límpido, no permite al ojo de la ciencia penetrar hasta el fondo de sus alegrías y de sus dolores.

--¡Ay no es así, dijo Enrique tristemente.

--¡Cómo exclamó la reina con esa impetuosa malignidad que la muger mas prudente y sufrida no deja nunca de lanzar como un dardo sobre otra muger. ¡Cómo! ¿Fosseuse no es una flor de pureza?

--No digo eso, respondió Enrique secamente, Dios me libre de acusar á nadie. Digo que mi hija Fosseuse está atacada de un mal que se obstina en disimular á los médicos.

--A sus médicos, pase....pero á vos, que sois su confidente, su padre, me parece muy extraño.

--No sé mas de esto, amiga mia, res-

pondió Enrique con la dulce sonrisa que le era habitual, y si sé mas, juzgo á propósito pararme aquí.

—Entonces, señor, dijo Margarita, que por el giro de la conversacion tuvo por suya la ventaja, y creyó que le correspondia á ella otorgar el perdón en vez de solicitarlo como habia pensado, entonces, señor, no sé ya lo que desea V. M., y espero sus esplicaciones.

—Bien, puesto que esperais, amiga mia, voy á contaros todo.

Margarita hizo un movimiento indicando que estaba dispuesta á oirlo todo.

—Será preciso, continuó Enrique; pero es exigir demasiado de vos, amiga mia....

—Hablad no obstante, señor.

—Necesario será que tengais la bondad de trasladaros al lado de mi hija Fosseuse.

—¡Yo hacer una visita á esa jóven de quien dicen que tiene el honor de ser vuestra querida, honor que no declináis!

—Vamos, hablad mas quedo, querida mia, dijo el rey, porque vais á causar escándalo con esas exclamaciones, y no sé si el escándalo que armaseis regocijaria á la córte de

Francia, pues en esa carta del rey, mi cuñado, que Chicot me ha recitado, se dice: *Quotidie scandalum*, es decir, para un pobre humanista como yo, *quotidiennement scandale*.

Margarita hizo un movimiento.

—No hay necesidad de saber el latin para eso, continuó Enrique: es casi francés.

—¿Pero, señor, á quien se aplicarian esas palabras? preguntó Margarita.

—Hé abí lo que no he podido comprender; pero vos, que sabeis el latin, me ayudareis cuando lleguemos á ese párrafo.

Margarita se llenó de rubor, mientras que con la cabeza inclinada y la mano en el aire buscaba Enrique al parecer la persona de su cóрте á quien pudiera aplicarse el *quotidie scandalum*.

—Está bien, señor, dijo la reina: quieres en nombre de la concordia obligarme á cometer un acto brillante; en nombre de la concordia obedeceré.

—Gracias, amiga mia, dijo Enrique, gracias.

—¿Pero qué objeto tendrá esa visita?

—Uno muy sencillo señora.

—Aun así es necesario que se me diga, pues soy demasiado torpe para adivinarlo.

—Pues bien; hallareis á Fosseuse en medio de las camaristas acostada en su cuarto, Ya sabeis que son tan curiosas é indiscretas que no se sabe á qué extremo va á ser reducida la pobre Fosseuse.

—¿Luego teme alguna cosa, exclamó Margarita con marcadas señales de cólera y de ódio, y quiere ocultarse?

—No sé, dijo Enrique; solo sí que necesita dejar el cuarto de las camaristas.

—Si quiere ocultarse, que no cuente conmigo. Yo puedo cerrar los ojos á ciertas cosas, pero jamás seré cómplice en ellas.

Y Margarita esperó el efecto de su ultimatum; mas nada al parecer habia oido Enrique; inclinando otra vez su cabeza, habia tomado esa actitud pensativa que poco antes habia alarmado á Margarita.

—*Margota*, murmuró, *Margota cum Turennio*. Hé aquí las dos palabras que buscaba, señora; *Margota cum Turennio*.

En esta ocasion el rostro de Margarita se puso encendido como la grana, y exclamó:

—¡Calumnias señor, calumnias! ¿Os complacéis en repetirmelas?

—¿Qué calumnias? exclamó Enrique con la mayor naturalidad del mundo. ¿Dónde veis la calumnia, señora? Es un párrafo de la carta de mi hermano que recuerdo en este momento: *Margota cum Turennio conveniunt in castello nomine Lorgnac*. Decididamente será preciso que dé á traducir esta carta á un clérigo.

—Vamos, dejemos á un lado la broma, señor, replicó Margarita toda trémula, y decidme claramente lo que esperais de mí.

—Desearia, querida mía, que separáseis á Fosseuse de las demás camaristas, y que poniéndola en una habitacion sola, le enviáseis un solo médico, un médico discreto, el vuestro por ejemplo.

—¡Oh! comprendo todo, exclamó la reina. Fosseuse, que hacia tanto alarde de su virtud, Fosseuse, que ostentaba una mentida virginidad, se halla en cinta y próxima á ser madre.

—No digo eso, amiga mia, exclamó Enrique, no digo eso; vos sois quien lo afirmáis.

—Esa es la verdad, señor, contestó Margarita; vuestro tono insinuante, vuestra fal-

sa humildad me lo prueban; pero el sacrificio que me imponeis son de esos que nadie, ni un rey, pide á su muger. Reparad vos mismo la desgracia de Mlle. de Fos-seuse; sois su cómplice, señor, y os incumbe hacerlo así; la pena debe caer sobre el culpable, y no sobre el inocente.

—Sobre el culpable, bueno: volveis á recordarme los términos de esa carta horrible.

—¿Y como?

—Sí, culpable en latin es *nocens*, ¿no es verdad?

—Sí, señor, *nocens*.

—Pues bien; en la carta se dice: *Margota cum Turennio, ambo nocentes, conveniunt in castello nomine Lorgnac.* ¡Dios mio, cuánto siento no tener el entendimiento tan cultivado como tengo segura la memoria!

—*Ambo nocentes*, repitió Margarita en voz baja mas pálida que su cuello de encaje; ha comprendido, ha comprendido.

—*Margota cum Turennio, ambo nocentes.* ¿Qué diablo ha querido decir mi hermano con *ambo*? prosiguió inhumanamente Enrique de Navarra. ¡Pardiez! Es admirable que sabiendo el latin, como le sabeis, no hayais

explicado todavía esta frase que tanto ha llamado mi atención.

—Señor, ya he tenido el honor de decirlos....

—¡Ah! ¡Diantre! interrumpió el rey, hé ahí á *Turennius*, que se pasea por debajo de vuestras ventanas mirando con cierto aire, como si el pobre mancebo os aguardara. Voy á hacerle señas que suba; él es muy sabio, y me dirá lo que deseo saber.

—¡Señor! ¡señor! exclamó Margarita levantándose sobre su sillón y juntando las dos manos: sed mas grande, señor, que todos esos chismosos y calumniadores de Francia.

—¡Ay! amiga mia, me parece que no hay mas indulgencia en Navarra que en Grecia, y ahora poco vos misma... os mostrabais muy severa con esa pobre Fosseuse.

—¿Severa yo? exclamó Margarita.

—¡Diablo! apelo á vuestra memoria: aquí, sin embargo, deberíamos ser indulgentes, señora. ¡Pasamos tan dulce vida, vos en los bailes, que tanto os gustan, y yo en la caza, que es mi pasión favorita!

—Si, si, teneis razon, contestó Margarita; seamos indulgentes.

—¡Oh! estaba muy seguro de vuestro corazón.

—Porque me coneceis bien, señor.

—Sí. ¿Conque vais á ver á la Fosseuse, no es verdad?

—Sí, señor.

—¿Y á separarla de las demás camaristas?

—Sí, señor.

—¿Y á darle vuestro médico?

—Sí, señor.

—Y nada de enfermeras. Los médicos son discretos por estado, las enfermeras son habladoras por costumbre.

—Verdad es, señor.

—¿Y si por desgracia fuese cierto lo que se dice, y realmente la pobre niña hubiese sido débil y sucumbido....

Enrique alzó los ojos al cielo.

—Lo que es posible, continuó. La muger es cosa frágil: *res fragilis mulier*, como dice el evangelio.

—Señor, yo soy muger, y sé la indulgencia que debo tener á las demás mugeres.

—¡Ah! sabeis todas las cosas, querida mia: sois á la verdad un modelo de perfeccion, y...

—¿Y?....

—Y os beso las manos.

—Pero creed, señor, replicó Margarita, que solo por amor á vos, hago semejante sacrificio.

—¡Oh! ¡oh! dijo Enrique, os conocia bien, señora, y mi hermano de Francia tambien, él, que] tanto bueno dice de vos en su carta y que añade: *Fiat sanum exemplum statim, atque res certior eveniet*. Este buen ejemplo sin duda, amiga mia, es el que dais.

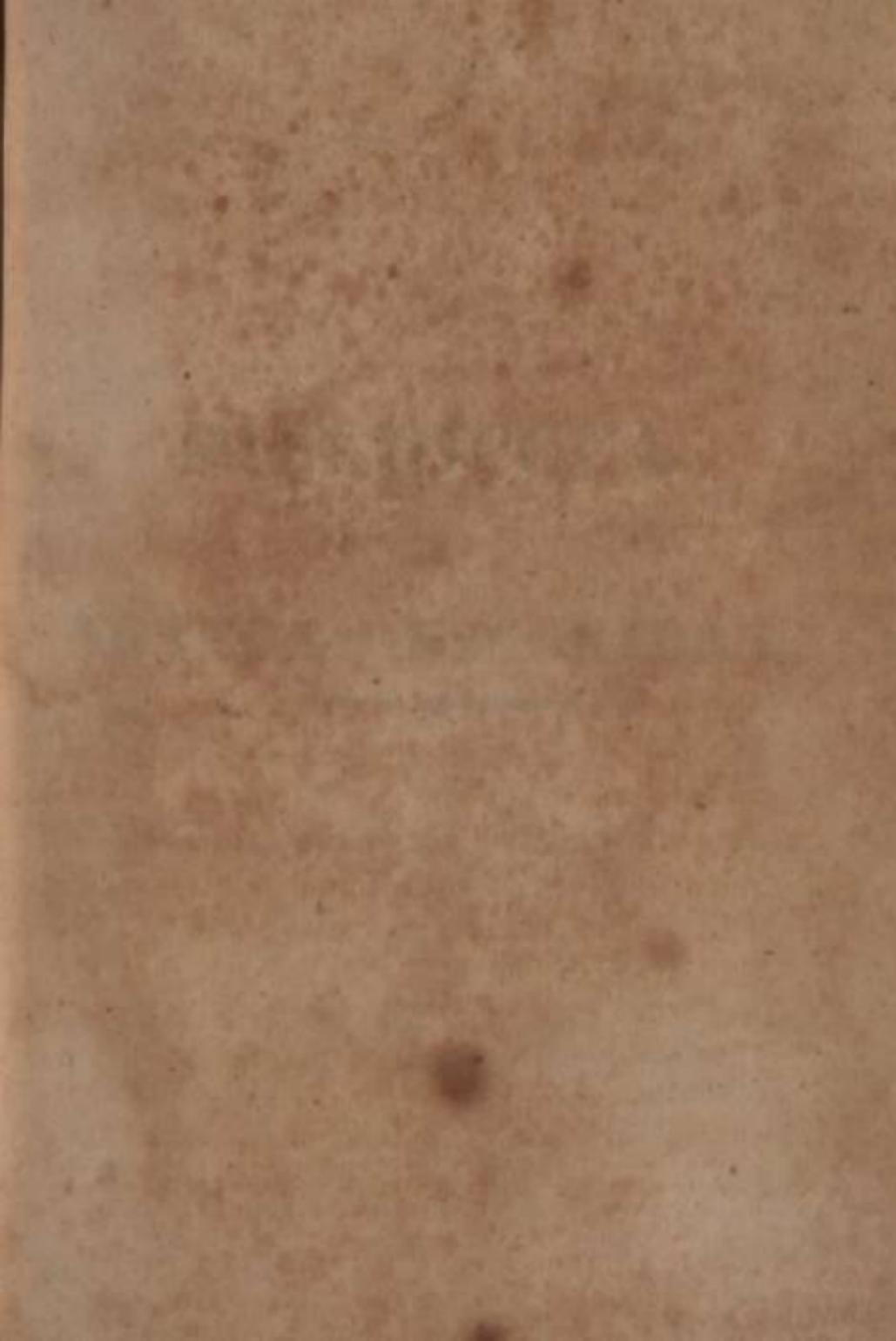
Y Enrique besó la mano medio helada de Margarita.

Parándose despues en el umbral de la puerta, añadió:

—Mil ternuras de mi parte á Fosseuse, señora; ocupaos de ella como me habeis prometido hacerlo: marchó á la caza; acaso no os veré ya hasta la vuelta, acaso sea esta la última vez... esos lobos son unas fieras muy malas, venid y os daré un abrazo, querida mia.

Abrazó casi afectuosamente á Margarita, y salió dejándola asombrada de todo lo que acababa de oir.

FIN DEL TOMO TERCERO.





BIBLIOTECA
DE
NOVELAS ESCOGIDAS.



BIBLIOTHECA

PHYSICAE ET ANATOMIAE